ESCRITORA LOLA POP

# LO NUESTRO ES un Sin SABOR



TRILOGÍA ADONIS 2

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1. MIEL EN LOS LABIOS
CAPÍTULO 2. DESCALZOS
CAPÍTULO 3. A TIENTAS
CAPÍTULO 4. VIERNES DE LOCOS
CAPÍTULO 5. DOS GOTAS DE AGUA
CAPÍTULO 6. GOTAS DE LLUVIA
CAPÍTULO 7. LOLA YA NO TIENE MIEDO
CAPÍTULO 8. ABANDONO DEL HOGAR
CAPÍTULO 9. CONTIGO, SIEMPRE
CAPÍTULO 10. DESPERTANDO A LOLA
CAPÍTULO 11. NI OLVIDO, NI PERDÓN
CAPÍTULO 12. UTOPÍA
CAPÍTULO 13. ETERNAMENTE TUYA
AGRADECIMIENTOS

SEGUNDO LIBRO DE LA TRILOGÍA ‘ADONIS’
Escritora Lola Pop es mi seudónimo. Publico textos en redes sociales como @escritora.lola.pop
La ilustración de las manos de la portada son de mi BFF. Podéis ver su trabajo en su Instagram @anime_erika_
El fondo amarillo que representa una ventana es de Canva, con autoría de Drawcee.

***

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de la escritora o la ilustradora de la portada. Obra registrada en el Registro de la propiedad intelectual.

Se trata de una versión no revisada por editor profesional.

.

Si has llegado hasta el segundo libro
me siento increíblemente satisfecha.
No puedo estar más emocionada al saber que
quieres continuar con la historia
de Mario y Lola. Gracias, de corazón.

# PRÓLOGO

Este desafío se vuelve cada vez más fascinante. Cuando presenté el primer libro de la trilogía Adonis, sentía inquietud; me preocupaba profundamente el resultado. Cuestionaba demasiado la calidad que podía ofrecer en un mercado editorial tan competitivo y sin un editor detrás que respaldara mis escritos. Sin embargo, resultó ser una adrenalina adictiva. De otro modo, no volvería a experimentar estas sensaciones con el segundo libro.

‘Lo nuestro es un sinsabor’ consolida la trama.

Los capítulos son más crudos, más intensos y con un punto más de complejidad en la relación entre personajes. La cosa “se pone fea”. Mario se sumerge en un pasado difícil de olvidar, mientras que Lola enfrenta un presente doloroso. Se introduce un elemento novedoso: el contenido sexual explícito, que hasta el momento solo había sido un sueño o un momento incómodo entre personajes. Alexia, por su lado, cobra fuerza y tiene un papel crucial en uno de los principales conflictos, al igual que la familia de Lola. Por otro lado, Gero tiene una escena muy arriesgada que podría herir la sensibilidad del lector, y es, además, a la que tengo mucho respeto por su contenido.

Por otro lado, el entorno de Mario cobra aún más relevancia en esta parte de la trama, ofreciéndole muchas respuestas a Lola. Confieso que estos son mis capítulos favoritos, con Mario tengo una conexión especial como autora, aunque sean los mismos capítulos que me hacen sufrir porque, valga la redundancia, él sufre. En paralelo, Lola crece, evoluciona, impacta con su empoderamiento, en las nuevas decisiones de vida. A esta Lola le tengo un cariño especial.

Recomendaría leer esta parte con calma y disfrutar de los diálogos poco a poco. Confieso que he tenido que dejar varias veces de leer mi propio libro, despejar la mente, liberarme del dolor que transmiten las escenas más difíciles, violentas (sí, violentas) e incómodas, para volver al texto con mayor entereza.

¿Os he dicho ya que adoro esta trilogía?

# CAPÍTULO 1. MIEL EN LOS LABIOS

Aún quedan seis días completos en Madrid.

— El miércoles, terminaremos el ochenta por ciento del trabajo. — Intento convencerle de que puedo marcharme de Madrid — . No te preocupes por el billete de tren; hablaré con Pablo y nos haremos cargo.

— ¿El miércoles? — Mario levanta la vista, sorprendido con el poco tiempo — . ¿En tres días? Es imposible.

— Continuaré trabajando una vez que llegue al hotel. — Me centro en mi desorganizado estuche de rotuladores, esquivando su perpleja mirada — . No me importa dedicar más horas para finalizarlo el miércoles.

— A ese ritmo, ni siquiera tendrás tiempo para dormir. Oye, Lola…, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Deja el boceto sobre la mesa para fijarse en mis movimientos.

— No tiene sentido que siga en Madrid tantos días.

Mario se queda en silencio, analizando lo inquieta que me estoy mostrando ante él.

Me siento la peor persona del mundo por estar mintiéndole.

Necesito escapar de aquí. Estar a su lado me está destrozando.

— ¿Qué tal si hacemos una pausa para comer? Estás empezando a desvariar un poquito.

— Tomaré un bocadillo de la máquina del *office*. Gracias por…, ya sabes…, por la invitación. — Quito pelusas imaginarias de mi camiseta, incapaz de mentirle a la cara — . Seguiré trabajando.

— Lola, dime la verdad: no vas a comer conmigo en toda la semana.

— No debo distraerme.

Deslizo los bocetos por la mesa, deshaciendo el orden de la secuencia que le mostraba hace cinco minutos, echándolo sutilmente para que pueda castigarme a mí misma por esta estúpida actitud.

Mario apoya sus antebrazos en sus rodillas, adoptando una postura desafiante.

— ¿Crees que quiero distraerte para que pases más días en Madrid? — No respondo. Soy incapaz de afrontar esto con madurez — . ¿Crees que lo hago por mi propio interés? Retenerte a mi antojo — exagera un tono dramático.

— Es solo que… quiero acabar con esto cuanto antes, Mario.

Vuelvo a mover los bocetos, sin sentido alguno.

Lo controlo a él de reojo.

— ¿No tienes hambre?

Se quita las gafas y muerde la pata con la presión de sus incisivos. Está empezando a molestarse conmigo.

— Un simple bocadillo es suficiente.

Guarda las gafas en el bolsillo de su chaqueta, dando por terminada la espera de una respuesta convincente. Lo peor de todo es que me creo capaz de engañar al chico listo, al tiburón del

sector.

— Perfecto. — Palmea sus rodillas antes de ponerse en pie.

— Deja la puerta abierta al salir, Mario.

Mi estómago decide rugir escandalosamente cuando me remuevo en la silla. Llevo mis manos sobre el vientre en un intento de disimular lo que acaba por escuchar.

— Vaya…, el bocadillo te sentará de maravilla — me reprocha — . Dejaré la puerta abierta, tranquila. Nadie te molestará, todos han salido a comer. Menos tú.

Recoloca la silla con un golpe seco.

Se dirige rápidamente hacia la puerta del despacho. La abre con ímpetu y la deja según mis órdenes.

Se marcha a paso acelerado, dando grandes zancadas, dejándome a solas con mi absurda actitud.

— ¡Mierda! ¡Joder! — lamento mi pésima manera de afrontar lo que siento por él — . ¡Mario! — grito mientras le persigo — . ¡Mario, espera!

No permite que lo alcance, zigzagueando por los pasillos que llevan al ascensor.

— Mario, escucha — insisto, tratando que se detenga.

Tenía razón. No hay nadie en la planta del edificio, todos han salido a comer. Me siento aún más absurda que hace unos segundos.

— Mario, por favor, escúchame.

Mis tripas vuelven a rugir justo al llegar a su lado.

— Joder… — maldigo en voz baja.

— ¿El miércoles, Lola? — Me encara — . ¿Te crees que no sé cómo se lleva a cabo una campaña de publicidad?

— Mario, lamento lo de ahí dentro.

— No merezco esto. Estoy intentando que te sientas cómoda y que todo lo que haya pasado entre nosotros no sea el centro de atención del maldito proyecto. Solo se trataba de comer. — Señala el pasillo que lleva a la zona completamente vacía de trabajadores — . Eres tú la que lo ha convertido en una cita romántica.

Golpea el botón del ascensor con la rabia que no quiere arrojarme con palabras.

— Tengo miedo a lo cómoda que me pueda sentir contigo fuera de estas paredes. — Detengo su mano antes de que vuelva a golpear el botón.

Las puertas del ascensor se abren. Mario entra en el cubículo, sin añadir ni una sola palabra más. Se posiciona cara al espejo, dándome la espalda. Espera a que las puertas me alejen de él.

— Mario. — Me lanzo a poner la mano en el sensor de las puertas para que no se cierren — . Es que no consigo quitarme de la cabeza lo que pasó en Barcelona — confieso mis temores — . Quiero enfocarme en el proyecto, pero tenerte cerca me está matando.

— Elige el bocadillo vegetal; el de salmón no vale la pena.

— Mario, no quería... — Las puertas insisten en cerrarse, pero las detengo para que no se aleje de mis disculpas — . No quería hacerte sentir mal.

— ¿Crees que soy tan estúpido como para no respetar las palabras de tu mensaje?

Me encara, de mala gana.

— A veces creo que no eres consciente de lo que sentimos.

Cierro los ojos al darme cuenta de la estupidez de mis palabras. Claro que lo sabe.

Al percibir su presencia frente a mí, abro los ojos y me encuentro con su imponente figura.

— Cuando esté en la oficina, seré el profesional que la Lola que tengo delante espera, pero...

— Suspira sonoramente, agobiado de esta conversación — . Solo si tú lo deseas, puedes quedar con el Mario que no está al mando de la campaña de publicidad. Ahora estaba siendo el director, el anfitrión, el que va a comer con la publicista, con la voluntad de trabajar mejor juntos. — Niega con la cabeza, mostrándose decepcionado — . Respetaba hasta la última coma de lo que escribiste.

— Mario.

— Y sí, Lola, soy consciente de lo que siento por ti — interrumpe, tajante — . Demasiado consciente. Pero, no quiero perderte de un plumazo por un puto error.

Avanzo con determinación, forzando a Mario a retroceder hasta que su espalda topa con el espejo.

Las puertas del ascensor se cierran, quedándonos a solas.

Presiono el botón que nos llevará al *hall* del edificio. Tengo por delante diez plantas para disculparme.

— No puedo ver al Mario del que hablas. Lo intento, ¡pero no puedo! Solo veo del que estoy enamorada.

Relaja su expresión. Soy incapaz de sostener la mirada tras confesarle lo que le quiero.

— Lola.

— Mi vida está afectada desde hace catorce años. — Acorto las distancias y acaricio su hombro, su brazo y su mano. Tanteo entrelazar nuestros dedos — . Desde que tú te fuiste jamás volví a ser la misma — musito — . Sigo sintiendo que eres tú lo que me conviene, Mario. No puedo dejar de sentir lo que siento, aunque me fuerce a escribir lo contrario — pronuncio en un hilo de voz.

Sus ojos se humedecen de lágrimas en cuanto entrelazo los dedos de su mano y me acerco más a él.

— ¿Qué sientes ahora mismo? — Su voz se quiebra.

— Todo, siento todo por ti. Mario, tienes razón: quizás esa hora libre es lo que nos debemos. — Bajo la mirada a nuestras manos unidas — . Ser nosotros, sin que nadie de nuestro alrededor nos juzgue.

— ¿Con quién prefieres ir a comer? Necesito saberlo.

— ¿Cómo? — Alzo la vista, desconcertada.

— Tienes dos opciones: olvidar al señor Vila y disfrutar de lo que sí soy consciente de lo que nos pasa, o comer con tu cliente y hablar solo del proyecto.

— ¿Y tú qué prefieres?

— Lola, te quiero a ti. — Sus ojos se humedecen más al pronunciar esas palabras — . No estoy siendo yo mismo desde las siete de la mañana, cuando os he ido a buscar en coche a ti y a Pablo. Imagina lo torpe que me he sentido cuando se ha ido tu jefe y nos hemos quedado a solas, en mi despacho. Lola, estoy abrumado por intentar ser el cliente que quieres que sea.

— Mario, abrázame.

— ¿Qué?

— Abrázame.

— Lola… — Suspira aliviado en cuanto tiro de su mano para que pueda envolverme entre sus brazos.

— Es tan tú… — Por fin puedo oler su perfume sin sentirme culpable por olisquearlo cuando no se da cuenta — . Me he comportado como una idiota. Perdóname. — Entierro mi nariz en el cuello de su camisa, embriagada de su perfume.

— ¿Por qué intentas evitarme si los dos no queremos que eso pase?

Me aprieta más fuerte contra su cuerpo. Vuelve a rugir mi estómago. Se me escapa una risa nerviosa al sentirme aún más absurda por evitar comer.

— Llévame a un buen restaurante, Mario — pronuncio entre risas.

— ¿Sabes lo mucho que me ha molestado lo de marcharte el miércoles? — Al fin se ríe de lo absurdo que ha sido todo.

— ¿Crees que era precipitado? — bromeo sobre mi metedura de pata.

El timbre que indica la llegada al vestíbulo interrumpe nuestro abrazo, obligándonos a retomar el papel del cliente y la *Project manager* de la campaña de publicidad.

Mario ajusta su corbata mientras peino mis cabellos frente al espejo. Intercambiamos sonrisas de complicidad. A solas, es imposible que ocultemos lo que sentimos el uno por el otro.

***

Es como estar en un invernadero de una lujosa mansión. La decoración es un equilibro entre el paso del tiempo y las nuevas tendencias.

Aquí, no hay rastro de coches, ni de la bulliciosa avenida, ni gente apresurada.

Observo detenidamente las plantas colgantes del techo de cristal. Me transmiten paz y calma.

Las lámparas de hierro antiguas se mezclan con las hermosas hojas de enredadera que me hacen alejarme de la moderna ciudad de Madrid. Me encantan.

— Mario, ¡qué alegría volver a verte! — saluda con entusiasmo la camarera.

— Marlen, ¿cómo estás?

— Hoy tengo doble turno — lloriquea — . Espero que tú estés mejor que yo. Os dejaré unos minutos para que reviséis nuestra carta mientras esperáis a Helena. — Nos entrega el menú — . El chef ha cocinado unas fabulosas sugerencias. A veces creo que las cocina para ella — se burla mientras retira los cubiertos de un supuesto cuarto comensal.

Me quiero morir ahora mismo. Helena sentada a mi lado y frente a Mario.

— Solo seremos nosotros dos, Marlen. Para beber, ¿puedes traernos una botella de agua? Natural, gracias.

— Pero la mesa está a nombre de Helena.

— La reserva está a mi nombre.

— Bueno, sí… Pero es ella la que quiere esta mesa.

— Marlen. — Mario desliza la montura de sus gafas hasta el final del puente de la nariz — . A partir de ahora, las reservas serán a nombre de Mario Vila Font y esta mesa también. Si Helena quiere una mesa en este maravilloso restaurante, que se siente lejos de la mía. Puedes retirar estos cubiertos. — Le ofrece el cuchillo y el tenedor del tercer comensal, siendo más gráfico.

— ¿Y si aparece? — insiste, preocupada.

— No, no va a venir.

Marlen se retira en cuanto Mario vuelve a acomodarse las gafas y se concentra en la carta de platos, sugiriéndole en tan solo un gesto que se calle.

— ¿Qué te parece si compartimos varios aperitivos, Lola?

— ¿Va a sentarse Helena?

Estoy empezando a entrar en pánico.

Esa mujer me detesta. Es evidente que va a destrozarme viva durante la comida.

— No — responde sin levantar la vista de la carta — . Creo que alguna vez he probado el pulpo a la brasa. Me gusta el toque ahumado en el pescado. ¿Y a ti?

— Mario, ¿piensas golpearla con la pata de pulpo si intenta desfigurarme la cara con sus largas uñas? — Hace rodar los ojos y niega con la cabeza — . ¡A qué coño estás jugando! — Sigue en silencio y leyendo la carta — . Mario, te estoy hablando: ¿ella te ha pedido que comamos juntas?

— He respondido, aunque parece que no quieres escucharme: Helena no va a venir a comer.

— Es su mesa, lo ha dicho Marilyn.

— Marlen — me corrige.

— ¡Cómo sea!

— Oh… — gime — . Verduras a la brasa. Me apetecen.

Le arrebato la carta para que me preste atención. Estoy enfurecida por esta encerrona.

— ¿Me la devuelves, Lola?

— ¡Mario, deja de recitarme el puto menú!

— ¿Qué? — me reta a seguir hablándole así.

— Será mejor que vuelva a la oficina a por ese bocadillo. No pienso sentarme con…

— Helena y yo ya no estamos juntos — me espeta en cuanto me pongo en pie — . Le he pedido el divorcio.

— ¿Cómo? — titubeo mientras vuelvo a sentarme frente a él.

— Tomé la decisión justo antes del veredicto.

— Mario, pero…

— Y ahora, ¿puedes devolverme la carta, por favor? — pregunta en un tono condescendiente.

Se la devuelvo mientras no le quito ojo a su expresión de tristeza.

— ¿Es por lo que ocurrió entre nosotros en Barcelona?

— Por muchas cosas de las que no me apetece hablar. Necesito desconectar de todo eso.

— ¿Estás seguro de que quieres divorciarte?

— Sí.

— Creo que te has precipitado al…

Tira la carta encima del plato, molesto por mi insistencia.

Se quita las gafas en un gesto brusco.

— Sí, Lola, estoy más que seguro.

— Mario.

Observo su ruda reacción.

— ¿Crees que no lo estoy porque intento pedirme un plato de pulpo a la brasa para comer? — Arquea una ceja, retándome a responder — . Lo que quiero es no tener que hablar de Helena.

— ¿Dónde estás… durmiendo? ¿Vives con ella aún?

— He estado en un hotel porque necesitaba estar solo, pensar, ordenar mis sentimientos y darme cuenta de que tengo que cambiar mi vida y hacer lo que me apetece en cada momento. Vivir, Lola. — Mira a su alrededor al darse cuenta de que ha alzado levemente la voz — . He sido siempre demasiado obediente con las instrucciones, me he dejado pisar por ellas, y eso me ha llevado a obligarme a tomar malas decisiones. — Se recuesta en el respaldo de la silla — . Helena era una instrucción más de mi cabeza. Apuesto a que sabes por qué.

— ¿Estás en mi hotel?

— No, lo dejé al saber que tú venías y porque un amigo me ofreció un precio especial por un

piso de alquiler que tiene en el centro de Madrid, así que comencé a mudarme allí hace un par de días. Además de un buen amigo, es mi abogado.

— ¿Por qué no me lo contaste? Quiero decir…, es importante para ti y me interesa todo lo que te pase.

— Lola, te recuerdo que querías otro tipo de trato entre nosotros. Estaba cumpliendo lo que me pedías en el mensaje que me escribiste.

— Detesto ese mensaje — mascullo.

Me arrepiento tanto de ese día. Me dejé llevar por la furia que sentí con el encuentro con Helena. Ella se encargaba de que Mario siguiese sus instrucciones y que me llegasen a mí también. Ahora comprendo a lo que se refiere con ser obediente, en el mal sentido de la palabra.

— El día que me marché de casa, a las dos horas tenía ese mensaje tuyo pidiendo otro Mario. — Vuelve a revisar la carta; evita mirarme a los ojos — . Me moría de ganas de llamarte y contarte lo mal que lo había pasado antes de marcharme por la puerta de mi casa, pero no lo hice.

— Mario… — musito, rota de dolor.

— No te he ocultado nada, solo que no era un asunto que contarle a la *Project manager*. Hasta hace diez minutos, lo seguías siendo para mí.

— Debiste pasarlo horrible. — Se coloca las gafas para no tener que responderme y parecer entretenido con la carta — . Lo que no me entra en la… — Detengo mis palabras al darme cuenta de que no lleva la alianza en el dedo. Tenía todas las respuestas delante de mí desde ayer — . Tu anillo. No está.

— Me lo quité en el ascensor, huyendo de mi propia casa.

— ¿Cómo te sentiste al decírselo? — Acerco mi mano a la suya. Rozo su dedo anular, donde la alianza ha dejado una marca — . Es una sensación… ¿buena?

— Me siento mejor que nunca, Lola. — Suspira sonoramente — . Es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Quitarme el anillo fue liberador; ese pequeño tenía mi vida bajo control. Luego llegaron las cajas cargadas con mis cosas y reafirmé que había tomado la decisión correcta.

Imágenes de mí misma embalando mis cosas, saliendo por la puerta de casa, durmiendo en casa de mis padres, llorando en mi antigua habitación, me retuercen el estómago. Cada vez veo más cerca esa escena. Creo que no tomo la decisión porque temo al Gero furioso, al que me alza la voz y me hace sentir que soy una absurda por expresar cómo me siento. Alexia tenía razón: Gero me da miedo.

— ¿Helena se acabó para ti? — tanteo una reconciliación.

— Se acabó fuera de las paredes de Cócó. Para mi desgracia, trabaja en el mismo departamento que el mío. Me la tendré que cruzar cuando vuelva de la baja médica. Por lo visto, lo está pasando muy mal.

— ¿Qué ella lo está pasando mal?

— Lola, en una ruptura cada parte cree tener la razón. Mi divorcio va a ser una carnicería, pero no quita que es difícil ser el dejado en una relación.

— Mi madre dice que no conoces de verdad a tu pareja hasta que llega el divorcio.

Sonrío al pensar en mi alocada madre en su papel de abogada seria.

— Muy sabia. Ojalá tenerla al lado cuando empiece mi peor pesadilla.

— Me tienes a mí. Aunque mi madre es la mejor para hacer entrar en razón a alguien.

— Tu madre se portó maravillosamente bien conmigo cuando era un crío. — Al fin sonríe.

— Te quería mucho, ¿sabes?

— Y yo a ella. Ojalá, mi madre se hubiese parecido a la tuya.

— ¿Por qué dices eso?

Mario aparta su mano de mí al notar la presencia de Marlen.

La camarera interrumpe la conversación dejando la botella de agua en la mesa.

— ¿Ya sabéis lo que queréis comer? — Fuerza un tono amable después de que Mario haya sido tan duro con ella.

— Lo siento, no me ha dado tiempo a mirar la carta. ¿Puedes darme 1 minuto? — Me apresuro a elegir algo del listado.

— Mario, ¿sabes lo que quieres, mientras le dejo tiempo a ella para pensárselo?

— Hace tiempo que lo tengo claro.

Su tono seguro y directo llama mi atención.

Marlen desvía su vista hacia mí, desconcertada al ver que Mario está mirándome intensamente.

— Está bien, creo que me retiro a la barra y regreso en cinco minutos. Necesitáis más tiempo.

***

Sus palabras compartidas durante la comida han acabado por enamorarme más de su personalidad y de su fortaleza en los peores momentos. La tarde en su despacho ha transcurrido con un intercambio de dulces miradas, sonrisas tímidas y caricias tiernas durante los silencios cómodos. Me he olvidado del proyecto; no podía dejar de estar pendiente de sus gestos. Me he sentido atraída por el hombre que ha dado un giro completo a mi vida.

En el aparcamiento del hotel, ninguno de los dos estaba dispuesto a decir adiós. He girado la llave del coche para apagar el motor, diciéndole, sin palabras, que no podía separarme de su lado y que necesitaba unos minutos más juntos.

Me he liberado del cinturón de seguridad y me he acercado a él. He acariciado su mejilla para aliviar su expresión de preocupación. Cuando ha cerrado los ojos, sintiéndome a otro nivel, he dado el paso de sellar nuestros labios en un beso.

Al separarme de su boca, ha abierto los ojos de inmediato, tratando de entender mi decisión. Le he sonreído y he asentido con la cabeza para que supiese que todo estaba perfecto entre nosotros. Estaba, por fin, escuchando mis sentimientos y olvidando los de Gero, por primera vez desde que aterricé en Madrid.

No me arrepiento de haberle robado un beso.

# CAPÍTULO 2. DESCALZOS

Hace dos horas que Mario permanece en silencio. Está abrumado por el bloqueo creativo que hemos tenido hoy. Sus gafas han viajado de la mesa a sus ojos al menos doscientas veces. Estresado e inquieto, ya no sabía cómo sobrellevar la situación.

— Mario, dime — Me acomodo sobre el escritorio, llamando su atención — , ¿Qué te ocurre?

— Estoy atascado con la campaña de Madrid. Rehacer todo lo que escribió Helena, en la anterior campaña, me está poniendo muy nervioso.

Está prácticamente acabando mi segundo día en la oficina.

Nuestra complicidad solo ha ido a más desde que ayer lo besé en el coche.

— ¿Por qué esa cara de agobio?

— La campaña tiene muchos errores.

— Siempre los hay en los borradores. No sabía que eras tan perfeccionista.

— No soporto tantos fallos.

Se lleva las manos a la cabeza y entrelaza sus dedos para sostener el peso de sus brazos.

— Mario, tiene que haber algo más detrás.

Baja la mirada a sus piernas. Por su silencio, esas cosas son un tema bastante preocupante.

— Mario. — Aparto las hojas y las carpetas de su escritorio para acercarme más a él — . Lo que me cuentes no va a salir de aquí. Lo sabes, ¿verdad? — Suspira con fuerza y cierra los ojos unos segundos — . La puerta está cerrada, así que nadie se va a enterar de lo que estamos hablando. — Tomo su mentón para obligarlo a mirarme. Abre los ojos para dar con los míos — . ¿Confías en mí?

Me mantengo a la espera.

Deshace la unión de sus manos y deja caer sus brazos a plomo.

— Eres en quien más confío — musita.

— Mario, quizás sea bueno hablarlo con alguien. Tiene que ser algo grave, seguro.

Asiente con la cabeza.

— Entonces… — Aparto el teclado para sentarme justo delante de él — . ¿Vas a contármelo? — Apoyo mis tacones en el reposabrazos de su silla, atrapándolo con mi cuerpo para que no huya de la verdad — . ¿Voy a tener que sonsacártelo a mi manera?

Mario deja caer su peso en el respaldo de la silla y echa la cabeza hacia atrás, descansando su nuca en el borde.

— ¿Qué está pasando por tu mente ahora mismo?

— Cócó arrastra pérdidas millonarias — me espeta. Me tenso ante él, estupefacta — . Hace seis meses, la gerencia me enseñó las cifras de beneficios de los tres últimos años, y tras salir la verdad a la luz, me responsabilizaron de las ventas de Navidad, como medida de recuperación económica para la empresa. Es acelerada y muy arriesgada. Me ha llevado a liderar una campaña de publicidad en menos de tres meses, tomando de referencia la ciudad donde tenemos mejores cifras de ventas: Barcelona. — Por fin me mira, aunque sea con una expresión debilitada — . Me pidieron que contratara a una empresa de publicidad y copiara la idea exacta de Barcelona para Madrid, pero al mismo coste. — Abro los ojos, abrumada con toda esa información — . Me

hicieron firmar un documento en el que juraba que iba a salvaguardar esta grave incidencia, y que, a la empresa de publicidad, no les diría nada sobre copiar su modelo para crear la idea de Madrid.

Me llevo la mano al corazón. Bombea demasiado deprisa.

De este dolor en el alma no me recupero.

— Estuve día y noche buscando una posible solución, pero me di cuenta de que solo no podía hacerlo. — Acaricia mis piernas por la parte de los gemelos — . A las semanas, volví a Belfast para reunirme con la gerencia y pedir que Manuel fuera mi apoyo en todo esto. Claro que jugaba con ventaja, porque sabía que Manuel iba a estar a mi lado de manera incondicional. — Repasa con la yema de los dedos el bordado de mis medias, concentrado en el dibujo — . Cuando te vi y vi tu fabuloso borrador, les pedí una partida de dinero más alta para afrontar la campaña de Madrid, sin aprovecharme de ti, a cambio de duplicar las cifras de ventas que me habían pedido. Me vi incapaz de hacerte esto.

Suspiro sonoramente, aliviada al escucharlo. En el fondo, esperaba que no me decepcionase así.

— Lola, aceptaron esas desorbitadas cifras.

— ¿Sergio y Mamen lo sabían?

— Manuel y yo acordamos que delante de los demás, incluso delante de los publicistas, él era la cabeza fría del proyecto, mientras yo controlaba a Helena para que no supiese que yo estaba al mando de todo el departamento y copiaba la campaña para Madrid. Helena ha provocado esas cifras por culpa de la anterior campaña, pero en Belfast saben quién es su padre. Han preferido hacerte daño a ti, que despedirla a ella.

Sigue concentrado en una de las rosas bordadas cerca de mi rodilla mientras piensa en la situación.

— Me alegro de que, al final, hayas sido honesto conmigo.

Retuerce el gesto, decepcionado.

— Hablo en serio.

Alza la vista para encontrarse con mis ojos.

— Me mata saber la escalofriante cifra de despidos que podrían darse en pocos meses si no consigo mejores cifras de ventas.

Sus ojos se humedecen de lágrimas.

— Mario, vamos a intentar evitarlo.

Sus ojos se humedecen más de lágrimas.

— ¿Cuántos empleados serían despedidos?

— Dos mil.

Mario se incorpora y apoya su mejilla sobre mi muslo. Abraza mi pierna con fuerza. Acaricio sus cabellos para tranquilizarlo.

— No quiero asumir esos despidos, Lola. Lo estoy pasando muy mal. — Sorbe por la nariz, frenando el llanto — . Saldremos en todos los periódicos, habrá huelgas, habrá denuncias… Tengo pesadillas con todo eso.

— Debe asumirlo Cócó por permitir que Helena hiciese lo que le vino en gana. Esa campaña era realmente una mierda — me burlo de esa desfasada propuesta de gente adinerada en una mansión.

Abraza mi pierna y besa mi rodilla, con ternura.

— Ningún cliente ha tenido las ideas tan claras como tú.

— No es verdad.

— ¡Siempre me vuelven loca con sus improvisaciones, su falta de visión de futuro y sus peleas internas!

— Eso es porque tengo mis propias peleas conmigo mismo.

— Estás dirigiendo esta campaña con una sensibilidad alucinante. — Acaricio su mejilla para que conecte con mi apoyo incondicional — . Sientes el producto como si te encargases personalmente de fabricar a mano cada uno de esos bombones. Haces que quiera comerme una caja entera, todos los días, solo por cómo hablas del chocolate, de la forma de las piezas, del sabor... ¡Te fijas tanto en los detalles que nadie ve! ¿Crees que eres tú el que copia mi campaña? Soy yo la que se empapa de lo que me cuentas para conseguir los resultados que tanto te gustan.

— Lola, es por ti el motivo por el que hablo así de los bombones.

Me lanzo sobre él. Nos tambaleamos sobre la silla. Paso mis brazos por su cuello y acaricio su nuca.

— Me equivoqué — musito.

— ¿Por qué dices eso?

— Esto es un ascenso, pero no en Imagine solutions.

Me recoloco sobre sus piernas, a horcajadas.

— Dale carnaza a Helenita y que se entretenga mientras nosotros nos centramos en la campaña de Madrid y Barcelona, uniendo filosofías.

— No puedo dejar que hagas eso.

— Tendrás la campaña perfectamente encajada. Trabajando juntos, Mario. Mano a mano. Técnicamente, nos copiaremos el uno del otro. — Consigo que sonría, aunque en una muesca aun entristecida — . Sabes que podemos hacer que esto valga la pena, ¿verdad?

— ¿Esto?

— Hagamos que Madrid sea la mejor decisión que hayamos tomado en nuestra vida. — Dejo un beso en su mejilla — . No estoy hablando solo de la campaña — susurro a su oído — . Hablo de ti y de mí.

***

No queda nadie en la oficina. Son las ocho y al otro lado de la ventana ha empezado a oscurecer.

Mario ha abierto tres cajas de bombones para invitar a las musas, buscando la inspiración para crear una frase que capte la atención de los consumidores. Ha comprado una botella de vino blanco en una tienda que está al lado de la oficina, para compensarme por renunciar a mi tarde de copas por el barrio de La Latina de Madrid.

— ¿Te importa que me descalce? — Le muestro mis tacones altos. Estoy exhausta después de más de diez horas con ellos puestos — . No puedo más — lloriqueo.

— Claro. — Deja la caja de bombones al lado de nuestras libretas. Aspiro el olor a chocolate. Me relaja — . También es tu despacho, Lola.

Elige un bombón y se lo lleva a la boca. Gime de placer.

— ¿Y eso? — me burlo de su expresión de disfrute.

— En los días de más estrés, a menudo intento recordar porqué trabajo aquí. Porque están buenísimos — aclara.

Sirvo vino en los dos vasos desechables de la máquina de café.

Ambos damos un buen trago, fijándonos en las tres cajas de bombones.

— Aish… — me quejo al apoyar la planta del pie en el suelo.

Mario toma asiento y observa cómo masajeo mi pie derecho.

— ¿Te duele?

— Terriblemente.

— Sé cómo arreglarlo. — Da golpecitos encima de su rodilla, invitándome a apoyar los pies sobre él.

— ¿Qué?

— Ponte cómoda. — Vuelve a invitarme a apoyar mis pies en sus rodillas.

— También llevas doce horas trabajando con ese traje y esa corbata, Mario.

— Si lo que quieres decir es que sientes mucha pena porque voy a recibir el tufo de tus pies, tranquila que ya los he olido antes — bromea.

— Eres idiota — pronuncio entre risas.

— Te necesito descansada para que pensemos en la frase de la campaña.

Vuelve a golpear sus rodillas. Poso mis pies sobre él, obediente. Acaricia mi tobillo mientras da otro sorbo a su vaso de cartón.

— ¿Vas a deshacerte de ese traje de director? — Observo cómo se seca los labios con el reverso de la mano al mojarse por atragantarse por mi pregunta directa — . También puedes ponerte cómodo. — Señalo su cuello de la camisa.

— La verdad es que estoy bastante agobiado de los trajes. Los detesto.

Me acerco a él, y sin apartar mi mirada de sus ojos, deshago lentamente el nudo de la corbata. Mario se relame los labios y traga en gordo al sentir mi tirón y el roce de mis dedos en su cuello. Dejo caer las puntas de la corbata sobre su torso.

— Así está mejor, ¿no crees? — Bajo mi mirada a sus labios — . Creo que… Ehm… — Al volver a encontrarme con sus ojos, siento que tira de mí como un imán — . Debemos empezar a trabajar.

— Eso parece…

Llevo mis manos al cuello de su camisa y desabrocho el botón que le presiona. Ninguno aparta la mirada.

— Creo que estoy lista — musito en cuanto libero el botón.

— ¿Para?

Vuelvo a sentarme en la silla antes de que mi lado visceral gane la batalla.

Mario sigue desabrochando un par de botones más.

— Vale… — mascullo al darme cuenta de que estoy empezando a descontrolar.

Sus lunares me están pidiéndome que vaya a por ellos y los muerda, los bese, los lama. Me atraen; siempre fueron mi debilidad en su tostada piel.

— ¿Qué pasa por tu cabeza, Lola?

— ¿Qué?

Mario vuelve a acariciar mi tobillo, suavemente, mientras ladea la cabeza y espera una respuesta.

— ¿En qué piensas?

— ¿Sobre…?

— La frase.

Mis ganas de lanzarme encima de esa pose despreocupada y colar mi boca por la obertura de su camisa, me están destrozando. Su torso, terso y firme, está atropellando mi fuerza de voluntad.

— ¿Por qué no me cuentas algo sobre los bombones?

— Ehm…, el bombón "Capri", a pesar de que mi exmujer se creía que representaba lo exclusivo de unas tierras italianas que le encantan, es algo muy personal, muy mío, muy tú. — Baja la mirada a mi tobillo — . Lo llamé "Capri" de "Capricho". Es una taza de chocolate compartida contigo, esos domingos por la tarde que me acompañabas a ver a mi abuela.

— ¿Es en serio? — Detengo el camino del vaso a mi boca, atónita.

— Mi trabajo de fin de carrera, tras mis impecables calificaciones, fue proponer cuatro bombones que conforman estas cajas. — Alza la vista — . Cócó me permitió estar tres meses con los maestros chocolateros de la fábrica d Irlanda, y les expliqué que quería hacer posible que esos bombones fuesen mi lado feliz del pasado. Luego, Cocó me contrató como director de marketing al ver el resultado.

— Mario, ojalá un día pienses un bombón que represente a un chico como tú y una chica como yo, en casa, sin preocuparnos por nada más que pasar tiempo juntos después del instituto.

— Es el bombón 'Hechizo de invierno'.

— ¿Qué?

Busca ese bombón de la caja y se lo lleva a la boca.

— Necesito más vino. — Me lanzo a por la botella.

— Dijiste que hablaba de los bombones con mucha pasión e ilusión, con mucho cariño, pero eso es porque somos tú y yo.

Me ofrece el bombón 'Hechizo de invierno' en la palma de su mano. Observo la pieza mientras doy un sorbo más de vino. Es de chocolate con leche, con pequeñas piezas transparentes que simulan copos. Destellan con la luz del techo.

— ¿Existe un bombón de Mario y de Lola?

— Averígualo por ti misma. — Me ofrece el dulce.

Cuántas veces he comido estos bombones, pero 'Hechizo de invierno' siempre lo dejaba dentro de la caja.

Mastico el bombón sin quitarle el ojo de encima. La explosión de sabor a chocolate con leche invade mi paladar. El copo es salado y potencia el chocolate. Doy con pequeñas piezas crujientes escondidas en el interior del bombón; son frutos secos.

— ¿Elegiste nueces de macadamia?

— No.

Cierro los ojos y dejo caer mi peso sobre el respaldo de la silla mientras relamo mis dientes para dar con esos pequeños trozos crujientes. Viajo a esos días en la habitación de Mario, a solas.

— Son…

— Dame un segundo, Lola. No te muevas.

Escucho que mueve la caja de bombones.

— ¿Avellanas?

— Tengo el mismo bombón justo delante de ti. Abre la boca; te dejaré morderlo poco a poco para que pienses en ese momento de nuestra vida, tan especial como para hacerlo posible con un bombón.

— ¿Es…? — Relamo mis incisivos — . ¿Por qué me resulta tan familiar? — mascullo, molesta conmigo misma por no dar con el nombre.

Mario recoloca mis pies sobre él para poder acercarse a mí.

— Abre la boca, Lola.

Roza mis labios con la pieza de chocolate. Intento mordisquearlo, pero Mario me lo aparta

antes de que lo alcance.

— No tan deprisa... — susurra en tono seductor —. Este bombón sabe a dos años de amistad, queriéndote en silencio. Si pude esperar, puedes hacerlo tú también. Sabe a miedo a arriesgar, a vergüenza, a falta de valor para atreverme a besarte. Son ganas, muchas ganas de ti, pero alejándome hacia una esquina de tu cama por temor a que me rechazases.

— Deja que lo muerda — suplico.

— Abre ligeramente la boca. — Sigo sus órdenes. Posa el bombón en mi labio inferior —. Muerde lentamente. Esta vez no voy a apartarlo, quiero verte disfrutar de él.

Pinzo mis dientes en el bombón y me lo llevo con la punta de la lengua. Saboreo el chocolate, los copos, y finalmente el crujiente interior.

— ¿Son… catanias?

Abro los ojos para encontrarme con Mario.

— Sí. — Sonríe plenamente —. Es el sabor de las vacaciones de Navidad, a solas en tu habitación, a pocos meses de habernos conocido. Cubiertos con una manta. Tus piernas encima de las mías, como mesa para el bol del montón de catanias.

— Mi madre nos las compró. Al verte sonreír con esos *brackets* que tanto te avergonzaban, no dejó de comprar más bolsas para ver de nuevo esa ilusión en ti.

— Al maestro chocolatero le expliqué el domingo de 1999, cuando nevó en Barcelona. Caían copos de nieve mientras compartíamos esas catanias. — Me muestra las figuras que simulan los copos —. Me dijiste que me quedase contigo a dormir para que no me helase de camino a casa. Cuando pensaba que íbamos a pasar la noche juntos, mi padre me vino a buscar para ir a casa, así que sentí que perdía la oportunidad de decirte lo que sentía, mientras estábamos recostados en tu cama.

— Ojalá te hubieses quedado a dormir. También nos imaginé bajo las sábanas.

— El sabor salado son mis lágrimas de camino a casa, y el dulce de las catanias es lo que me hubiese gustado saborear de los besos de tu boca.

Me lanzo sobre él, encajando nuestros cuerpos, a horcajadas. Tiro de ambos lados de su corbata para acercarlo a mí.

— Ojalá me hubieses besado. — Muerdo mi labio inferior en cuanto su mirada se desvía hacia mi boca.

— Hueles a chocolate — gime.

— ¿Hay más bombones sobre nosotros? — Me acerco a sus labios y ladeo la cabeza para encajar nuestras caras.

— Sí.

— Quiero saberlo.

Mario esquiva mi boca y acerca la suya a mi cuello.

— No quiero ser un error — responde en tono suplicante.

Cierro los ojos al sentir que roza sus labios sobre mi cuello.

— Mario — gimo.

— Me gustas mucho — confiesa en las pausas que deja entre beso y beso en mi cuello —. Mucho — gime —. Cada vez me cuesta más reprimirme.

Tiro de las puntas de su corbata para atraerlo hacia mí. Hago una muesca más para tensar la tela.

Echo la cabeza hacia atrás cuando sigue con el reguero de besos, dejándole paso, pidiendo que siga rompiendo mis límites.

— No serás jamás un error.

— ¿Me lo prometes?

— Sigue hablándome de nosotros. Sigue — gimo.

— Mójate los labios, Lola. El siguiente bombón es sobre ti. Voy a dártelo.

Los humedezco tal como me ordena.

Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pida.

— ¿Estás preparada? .

— Sí.

Apoya el bombón sobre mi labio inferior.

— Muerde la mitad.

Soy cauta en la mordida. Mastico lentamente el trozo que he conseguido.

— Es el primer día que te conocí.

Sus manos suben por mis caderas. Siento que mi cuerpo responde demasiado rápido al tacto de sus manos por encima de mis medias. El calor de ellas me excita.

— Mario — gimo de placer.

— Te olí. — Cuela su nariz por el escote de los botones desabrochados de mi blusa — . Nunca me gustaron las fresas.

— Quiero más…

Mario me ofrece el resto del bombón, posándolo en mi labio inferior al abrir la boca para él. Saboreo lo que queda en cuanto el chocolate cae dentro de mi boca.

— Es una fresa. Ácida y dulce al mismo tiempo — describo.

— Bien, Lola — susurra mientras intenta hacerle hueco a su boca por entre la tela del escote de mi blusa — . Estábamos en clase de física y química. Te sentaste a mi lado y vino a mí el perfume a fresas; tu perfume. — Sonrío al pensar en esa estúpida moda de comprar frascos con perfume de frutas — . Fuiste ácida en tus comentarios y dulce al tratar conmigo. — Atrapa el tirante de mi sujetador con el pinzar de sus labios — . Venciste a mi peor versión. — Ahora lo atrapa con el suave pinzar de sus dientes — . Tu piel…, blanca…, tan suave…, es el chocolate que cubre la fresa. El primer día que quisiste que te desnudara, pensé que no sabría controlar lo mucho que me excitabas.

Besa mi pecho mientras sus manos recorren mis caderas deslizándose por debajo de mi falda pantalón. Quiero que continúe hasta alcanzar mis nalgas, que hunda las puntas de los dedos en ellas y me apriete contra su cuerpo. Arqueo mi espalda y hago sobresalir mi culo para invitarlo a seguir recorriéndome por debajo de la falda.

— Me sentí muy torpe al desnudarte, ¿sabes? — Aprieto con fuerza las puntas de la corbata al sentir tan vivo el recuerdo de mi primera vez con él — . Pero, cuando te quité la ropa en la cancha de baloncesto…, yo… — Lame mi pecho con la punta de la lengua — . Supe que...

— ¿Qué? Dime… ¿Qué pensaste? — Dejo caer la cabeza hacia atrás, aturdida por las miles de sensaciones recorriendo mi cuerpo.

— Masticando ese bombón te siento real; a horcajadas sobre mí, desnuda, oliendo a fresas y…

Abro los ojos de inmediato.

— Mario, la tengo. — Me encara, desconcertado — . ¡La frase! ¡La tengo!

Libero su corbata y me lanzo a por la libreta y el bolígrafo.

Escribo lo más rápido que puedo.

Le planto la libreta en la cara.

— Basados en hecho reales — lee el escrito en voz alta — . ¿Qué?

— No se trataba solo de satisfacción, estaba equivocada. La gente quiere hechos reales, buenos recuerdos, cosas que puedan revivir una y otra vez, a través de algo tan accesible como un simple bombón de chocolate. Puede que esos sabores que creaste sean también recuerdos de otras personas, con otros hechos reales que no saben contar con palabras. Puede que… — Lanzo la libreta sobre la mesa y lo vuelvo a atrapar por las puntas de la corbata. Tiro para que su boca se acerque a la mía — . ¿Entiendes a lo que me refiero? Lo que sientes real, tuyo, es imposible olvidarlo. Ahora no voy a poder comer ese bombón sin pensar en el pasado y en nosotros, ahora mismo, así, tan cerca.

— Joder, Lola…, eres… — Algo metálico golpeando la puerta del despacho lo interrumpe. Es el de seguridad, mirándonos.

— ¡Hola, Serafín! — saluda Mario aún con sus manos acaparando mis nalgas y su boca prácticamente metida en mi escote.

— Disculpe las molestias. No quería interrumpir, señor Vila. Pensé que estaba solo, como siempre que se queda trabajando — titubea.

Me aparto de Mario lo más rápido que puedo.

Caigo torpemente sobre mi silla.

— No te preocupes, Serafín. ¿Qué ocurre?

— Señor, la puerta principal ya está cerrada. Como son las ocho y media de la noche, tendrá que salir por la puerta que da al almacén. Tendrán, quiero decir... Ambos.

Repongo mi blusa en cuanto los ojos del vigilante se desvían hacia a mí.

— Tengo el coche en el aparcamiento. Iremos directos desde el ascensor. No te preocupes.

— Buenas noches, señor Vila. Señorita… — Asiente para despedirse de mí — . Voy a seguir con la ronda.

— ¡Buenas noches, Serafín! ¡Dale recuerdos a tu hijo!

Abrocho los botones de mi blusa, avergonzada.

El vigilante cierra la puerta para dejarnos a solas otra vez.

— Hechos reales — murmura Mario — . Me gusta, Lola. Así los pensé.

— No soy Helena. — Señalo la puerta.

— ¿Qué? — pregunta entre risas — . ¿A qué viene eso?

— ¿No te preocupa lo que pueda ir contando por la oficina?

— ¿Serafín? No, qué va... Lleva trabajando muchos años aquí. Estuve ayudando a su hijo con los deberes cuando se lo traía a las rondas. Es de confianza.

— Nos ha visto…, ya sabes… — Señalo mi pecho y mi culo.

— Lo que me molesta es que nos haya interrumpido. — Se encoge de hombros.

— Mario, ¿es que te da igual que...? ¡Ay! ¡Eso!

— ¿Te refieres a los hechos reales? — Se carcajea de sus dobles intenciones.

— Mario, hablo en serio.

— Te llevaré al hotel. Creo que es hora de descansar — pronuncia entre risas — . ¿Sabes? Ahora me gusta más mi matrícula de honor. Este final de proyecto ha sido mejor que la bibliografía que termina el documento — se burla mientras recoge las cajas de encima de la mesa comunal.

# CAPÍTULO 3. A TIENTAS

Jueves. Descanso en uno de los acogedores sillones de ratán en el pequeño balcón de la habitación. Contemplo la tormenta ante mí.

Madrid queda bajo mis pies, y me siento diminuta ante los imponentes edificios, las largas avenidas y el cruce de carreteras.

— Durante mucho tiempo, pensé esta ciudad como un lugar de otro planeta dentro del universo. Se tragó a mi adonis.

La pantalla de mi teléfono se ilumina; es la notificación de un mensaje.

— ¿Todavía estás despierta? ¡No había visto tu mensaje! Por cierto, bellas palabras, aunque no creo que sea tan perfecto como dices. Perdona si es tarde; salí a hacer *running* sin mi teléfono y no le presté atención hasta después de cenar. — Leo en voz alta sus palabras.

No he dejado de pensar en lo poco que me queda en la ciudad. Pasado mañana tendré que hacer la maleta, subirme a ese tren el domingo y llegar a una casa que no siento como mía, si Gero está allí.

Mi marido no me ha enviado un solo mensaje desde que me marché, ni tampoco me ha llamado para saber si estoy bien. No sé cómo me recibirá después de lo que ocurrió en nuestra última noche juntos. No puedo ni imaginar enfrentándome a él y decirle que quiero el divorcio porque Mario es al hombre al que amo.

Le contesto a mi adonis: «Aún estoy despierta. Disfruto de Madrid desde las vistas de un undécimo piso. Me quedaré un rato en el balcón».

Mario responde a mi mensaje: «¿Quieres que te llame? Sé que es muy tarde, pero si sigues despierta después del día que hemos tenido hoy, es que algo te preocupa».

Me fijo en el *skyline* de la capital mientras escucho a las dos voces internas que discuten en mi mente. Hay una parte de mí que me frena y me advierte que esta llamada no va a ser pura cortesía.

Respondo el mensaje desde lo que me dicta el corazón: «Me encantaría hablar contigo, Mario».

A los dos segundos, veo la llamada entrante.

— Hola — respondo tímidamente.

— Hola, Lola.

Un trueno retumba al otro lado de la ciudad. Ambos permanecemos en silencio mientras termina de romperse en el cielo.

— Cuando te he escrito, estaba mirando las fotografías que te he hecho esta mañana, para el diseño del cartel.

— Ha sido un día magnífico, Lola. Cada día es mejor que el anterior.

— Mario, me inspiras. Ayer me hiciste crear esa frase y hoy la imagen del cartel.

— Ayer fue… brutal — pronuncia en un suspiro.

— Mario, yo…

— ¿Y si te dijera que no soportaría separarme de ti ahora? — interrumpe mi titubeo — . No quiero dejar de verte todos los días. Si cuando llega la hora de llevarte al hotel, es el peor

momento del día, imagina el domingo por la mañana cuando te acompañe a la estación de tren.

Una vida junto a él no hubiese existido si este proyecto no se hubiera cruzado en nuestro camino. Él seguiría con Helena y yo con Gero, castigándonos por nuestra cobardía. Me preocupa que las palabras de Mario sean un oasis que nace de la tensión sexual, y que nuestro encuentro termine simplemente un intento nostálgico de revivir lo que comenzamos siendo unos críos. Si solo somos el deseo sexual de cuando éramos unos críos, me destrozaría el corazón.

— Tengo que poner en orden mi vida.

— ¿Formo parte de ese orden? Dime la verdad.

— Mario, tú eres mi perfecto caos para luego llegar al orden.

Necesito pasar más tiempo en Madrid, donde estoy en paz con el mundo, soy feliz y me siento bien conmigo misma. Me gusta la Lola que veo en el reflejo del espejo, radiante, bella con la ropa que se viste, con una espléndida sonrisa y una mirada de ilusión desde que despierta. Sé que Gero apaga a esa Lola.

He llegado a pensar que a Gero le gusta verme infeliz, aunque sea un pensamiento cruel viniendo de alguien que dice quererme.

— Hoy estabas preciosa con ese vestido verde. Durante la sesión de fotos improvisada, debería haberte tomado algunas a ti.

— Gracias.

— ¿Qué ocurre, Lola? — Intuye mi malestar.

— Mario, aún tengo dudas de lo que quieres que ocurra esta semana.

— Entiendo… No quiero que pienses mal por mis palabras... Por supuesto que te deseo; es evidente que cada vez que te acercas a mí, me muero por ti. Pero no pienso solo en el sexo cuando estoy contigo.

— Entonces, ¿qué es lo que quieres?

— Quiero una vida junto a ti, la que me debo a mí mismo, la que ambos nos debemos desde hace años. — Cierro los ojos para asimilar esas palabras, sintiéndome aliviada con su respuesta — . Eres mi mejor amiga, mi confidente, en quien confío a ciegas; eres la mujer que me excita, con la que ardo en deseo, y te prometo que eres la persona a la que amo con toda mi alma.

— Pero vuelvo a Barcelona. — Abro los ojos lentamente — . Me da miedo que, si ya no estoy aquí, tus sentimientos por mí se apaguen. Puede que incluso te nazca volver a estar con Helena. No quiero ser parte de una tensión sexual no resuelta tras una semana fuera de lo común. No va a volver a pasar algo así, en la vida.

— He pensado miles de veces en invitarte a subir aquí, a mi casa, y estar más tiempo juntos después de la oficina, para...

— ¿Para…?

— Para estar contigo, Lola. Si solo pensase en el sexo, no me daría tanto respeto invitarte a subir a casa. Tienes que volver a Barcelona, Gero sigue estando en tu vida, y mis sentimientos también están siendo sentenciados, si él acaba por ser tu decisión.

— No quiero una vida con Gero.

— Me he imaginado preparándote la cena mientras te das una ducha, bailas en pijama mientras cocino, nos sentamos en el sofá y nos relajamos tras un día duro de trabajo… — Suspira — . Y te imagino haciéndote el café por las mañanas para desayunar juntos antes de ir a la oficina. Te veo recostada en mi torso, dando sorbos al café mientras amanece al otro lado de la ventana. Lola, si subes a casa, no podré olvidar la imagen de ti aquí, siendo el hombre más

feliz del mundo. ¿Comprendes por qué temo perder todo eso de un plumazo si decides reconciliarte con Gero? Yo seguiría viviendo aquí y con ese recuerdo entre estas cuatro paredes. ¿De qué me serviría el sexo, entonces, si no puedo tenerte en todos los sentidos de mi vida?

— Mario...

— Imagínate, durante solo cinco minutos, viviendo juntos en Barcelona, en esa casa que deseas. Estamos sentados en el sofá, una noche cualquiera después del trabajo.

— No será difícil. Lo deseo de verdad — respondo mientras entro en la habitación.

Elijo la mitad de la cama.

Me estiro bocarriba.

— Dame solo cinco minutos para hacerte ver lo que siento por ti.

— ¿Solo cinco?

— Deja el teléfono en manos libre sobre la almohada y déjate llevar.

— Vale…, ahora ya hemos cenado, estamos en nuestro sofá y…

— Y te estoy prometiendo pasar el resto de mis días contigo mientras suena música de fondo. — Sonrío al escuchar sus palabras — . Lola, coloca el teléfono sobre la almohada y continúa imaginando la escena, el final que quieres para esa noche de lunes. Decide por ti misma si somos solo tensión sexual por el hecho de pasar todo el día juntos, viéndonos. Durante esos cinco minutos no diré nada, si no me lo pides. Me mantendré al otro lado del teléfono, imaginando mi propio final a un lunes cualquiera.

Coloco el teléfono en el colchón después de conectar el manos libres.

— Creo que estaría en albornoz porque sería después de una ducha de agua caliente.

— Tu cabello mojado está esparcido por mi torso. Huelo tu champú mientras acaricio tus cabellos. — Gime de placer — . Así hueles todas las mañanas. Me gusta que ese perfume se quede dentro del coche y me envuelva mientras me besas la mejilla. Lo siento a mi alrededor.

— ¿Qué canción sonaría de fondo mientras estamos en el sofá, Mario?

— Norah Jones.

— Buena elección.

— Te imagino tarareando la letra mientras te acaricio los húmedos cabellos. Estoy leyendo un libro, sonriendo al escuchar cómo cantas tu trozo favorito.

— Nos miramos.

— Claro que nos miramos. No puedo dejar de hacerlo.

— Me gusta que me mires.

— Entonces, siente que lo estoy haciendo ahora mismo.

— ¿Qué miras exactamente?

— Si te girases hacia mí, probablemente, tus ojos, tus labios…

— Voy hacia ti para desearte buenas noches.

Desato el nudo del albornoz, imaginando que son sus manos. Deslizo la tela por mis brazos, desnudándome poco a poco. Dejo el albornoz sobre la cama. Recorro mi cuello con los dedos, recreando en mi cabeza los besos de Mario, sus pellizcos con los dientes y su cálido aliento recorriendo mi erizada piel. Bajo lentamente mis manos hasta mi pecho. Mis pezones se endurecen bajo la yema de mis dedos. Arqueo mi espalda al disfrutar de esa sensación de pellizcarlos.

— Me encanta tu forma de darme las buenas noches. Me besas.

— Todas las noches, sin falta.

— Eso suena demasiado bien.

Abro mis piernas, dejando paso a las yemas de mis dedos para llevarme la humedad por los pliegues de mi sexo. Está caliente. Me excita más aún. Hace demasiado que no notaba esta calidez.

Conectada a él, a pesar de la distancia de las calles de Madrid, rozo el clítoris con la yema de dos dedos como si fuesen sus dedos.

— Estamos en la cama.

— Tus cabellos mojados cubriendo cada lado de mi cara — responde con la respiración entrecortada.

Hago círculos, rápida, presionando mi clítoris. Acelero el movimiento en cuanto escucho otro gemido roto en su garganta.

— ¿Estoy a horcajadas encima de ti?

— Sí. No quiero que las sábanas te cubran. Quiero verte.

— Encendería la luz de la mesita de noche para verte a ti también.

Fricciono mi clítoris con más intensidad, cambiando el rumbo de mis dedos de izquierda a derecha. A pesar del hormigueo en el brazo y la mano adormecida, sigo dándome placer.

— Esto me gusta demasiado — escapa en un tono suplicante.

Me doy la vuelta, apoyando las rodillas en el colchón, y escondo mi cara en la almohada. Continúo con la fricción de mis dedos, excitada por el roce y, al mismo tiempo, por la postura que invita a ese Mario que vive conmigo a acercarse.

Ahogo los gemidos contra la almohada.

— Esto es brutal — musita Mario.

Y al arquear más mi espalda y alzar mis nalgas, consigo darme más placer, contra la voluntad de mis dedos, que me piden descansar, adormecidos. Acelero los movimientos al sentir que mi sexo se endurece y palpita, y que mi mano está completamente empapada de excitación.

— Te siento — gime.

— Yo también.

Llego al orgasmo y gimo de placer. No escondo mis gritos.

— Me gusta escucharte — pronuncia sin apenas aliento.

Me dejo caer sobre la cama, como si pesara una tonelada, mientras continúo acariciándome con los dedos, en calma tras correrme.

Mario escapa un gemido, entrecortado por la falta de aliento.

Me acerco al teléfono. Aún sigue disfrutando.

— Lola — suspira sonoramente — . Ah… — Vuelve a suspirar.

Escucho su acelerada respiración dando en el auricular.

— Te amo — me nace.

— Yo también te quiero — pronuncia sin apenas aliento — . Joder, te quiero… — Exhala — . Me faltas aquí.

— También me faltas. — Estiro la mano para tocar el colchón como si estuviese a mi lado.

— Lola.

— ¿Qué?

— Ahora apagaría la luz de nuestra mesita de noche, besaría tus labios y te abrazaría por la espalda. Lo nuestro no es solo sexo. Esto que siento no puede ser solo eso.

Me reconozco en sus palabras.

Tenía razón; no nos hace falta tenernos delante para seguir imaginando nuestra complicidad.

— Buenas noches, Mario. Abrázame fuerte hasta que me duerma.

— Buenas noches, Lola. No pienso soltarte en toda la noche. Arrima tus pies si están fríos.

He roto con la vergüenza de entregarme al placer de masturbarme. Me he desnudado sin sentirme incómoda con mi cuerpo. ¡He tenido un orgasmo! Y he confesado que lo amo.

— Es esto. Es él — musito.

## CAPÍTULO 4. VIERNES DE LOCOS

Guardo en mi maletín mi *laptop*, los rotuladores, la libreta y los bocetos. Ha llegado el final de un terrible día de mucho trabajo.

— Lola, quería decirte esto antes, pero estábamos demasiado absortos con la campaña. — Mario se entretiene con las mangas de la chaqueta del traje para evitar mi mirada — . Los viernes suelo quedar con unos amigos en un bar de copas cerca de mi casa. — Sigue jugando con los puños de su camisa y la chaqueta, mostrándose inquieto.

— No te preocupes. Puedo pedir un taxi y vas directo al…

— Quizás quieras venir con nosotros. Bueno…, conmigo.

— ¿No crees que es un poco extraño?

— A mí me encantaría que vinieras. — Alza la vista para encontrarse con mis ojos. Esconde una sonrisa con el pinzar de sus dientes en su labio inferior — . Sé que parece solo música, unas copas, algunas tapas…, pasar un buen rato…, pero también es dejarte un espacio en mi vida y con las personas que me importan. Todos saben acerca de mi divorcio, así que... —L ee perfectamente mi mente — . Así que, te presentaré como Lola, hasta que decidas cómo puedo presentarte en mi vida. — Baja la mirada a sus zapatos.

Me acerco a él y lo envuelvo en un abrazo. Se entrega a las caricias de mis manos en su espalda, complacido por las muestras de cariño y mi intento de regresar a ese lugar donde nos sentimos más cómodos: siendo nosotros mismos.

— Yo invito a esa copa — acepto su invitación.

— ¿Y la segunda?

— ¿Perdona? — Me hago la ofendida — . ¿Quién va a trabajar mañana, entonces? Dime. Dijiste de venir a la oficina, señor director. — Me acerco a él, forzándolo a retroceder en sus pasos — . Señor Vila, usted es el responsable de todo esto… — pronuncio en un tono seductor.

— La tercera la echamos a suertes.

— Pensé que ibas a proponerme que la tercera copa fuese en nuestra casa. — Le guiño un ojo con picardía. Escapa una risa al recordar las palabras de anoche — . Acompáñame al hotel, me daré una ducha y me cambiaré de ropa; huelo a Cócó, gracias al esfuerzo que he hecho para seguir el ritmo de tu cabecita lista. — Escapa otra risa — . Comencemos la noche con buen pie, perfumada y mejor maquillada. — Tiro de su corbata — . ¿Sabes que eres agotador en el trabajo? — Lamo sus labios con la punta de la lengua — . A ver si con una copa aflojas tu carácter. — Vuelvo a lamer sus labios — . Ve a por el coche mientras hago una llamada que creo que me debo a mí misma.

***

Gero responde a la llamada.

— ¿Lola? — pregunta extrañado. Obviamente no me esperaba.

Oigo a sus amigos. Seguramente estarán invadiendo la casa con pedos y eructos. Al menos,

en esta ocasión, no estoy en la otra habitación, escuchándolos.

— Hola, Gero.

— Se quedarán a cenar y luego se irán — se justifica ante sus amigos — . Ya sabes cómo son... ¡Sus mujeres los han echado de casa! — grita para provocarles — . Incluye a tu amiga Bea.

— Gero, escucha.

— ¡Puto orco! — grita a pleno pulmón. Se escuchan risas de fondo — . Lo siento, Lola. Perdona, es que…

— Gero, ¿puedes tomarte un segundo para escucharme?

— ¿Cuándo vuelves a Barcelona?

— El domingo al mediodía. Te lo dije.

Un incómodo silencio se hace espacio en la llamada. Era precisamente lo que necesitaba. Sabía que aquí encontraría las alas para volar.

— Gero, ni siquiera nos hemos llamado durante la semana. Solo te estoy pidiendo dos minutos.

— He estado muy ocupado.

Grita por encima de los abucheos de sus amigos.

La bocina al otro lado de la calle de la oficina me alerta de que Mario me está esperando en el coche. Es ahí donde quiero subirme. Ese tren no va a volver a pasar otra vez.

— ¿Estás ahí? — pregunta desconcertado.

— ¿Por qué quieres estar conmigo, Gero?

— ¿Qué? — se exalta.

— ¿Por qué?

— Lola, no estoy para tus escenas. Estoy con mis colegas, comenzando el fin de semana y…

— ¿Volverías a pedirme una carta blanca? — interrumpo, decidida a darme de bruces con la realidad.

— No.

— ¿Con qué intención me la pediste?

— Oye, yo…

— ¿Y si te la pido yo ahora?

— ¿Qué?

— ¿Qué pasa si te pido yo la carta blanca? ¿La aceptarías?

— Lola, eso fue una tontería… No debí decírtelo... Ya lo hablamos…

— Claro. Seguro que fue una tontería. — Mario está haciendo maniobras para aparcar en doble fila, tengo pocos segundos para subirme a ese coche — . ¿Qué pasaría si yo te pidiese esa tontería?

— No vas a hacerlo. Tú no eres así. — Escapa una risa irónica.

— ¿Te molesta por qué tú ya no estás en Tokio con Ari?

— Lola — masculla — . Basta. Estoy con mis colegas — sigue en el mismo tono comedido ante ellos. Sabe esconder su furia ante los demás — . ¿Qué coño te pasa?

— Quiero carta blanca. Quiero no tener que darte explicaciones sobre lo que haga en Madrid.

— ¿Qué? — Alza la voz, alarmado.

— Menudo susto, Gerónimo — le reprocho.

Con su reacción me doy cuenta de que yo siempre fui sumisa a todas sus decisiones. Él decía y yo acataba.

Tengo claro que no fue una tontería y que tenía un plan. Gero jamás improvisa. Detesta no controlarlo todo.

— ¿Qué pasó en Tokio, Gerónimo? ¿Usaste la carta?

— No te puedo creer… — masculla — . Madrid te está sentando muy mal.

— Darme cuenta de muchas cosas sobre ti y sobre mí. Estuve demasiado ciega, Gerónimo. Muy ciega. No he visto tan clara mi vida hasta hace tres días.

— No vas a cometer ese error.

— Y ahora es un error… Vaya… Curioso.

Los gritos de sus amigos se escuchan cada vez más alejados.

— Yo no la acepté, me la impusiste — le recrimino, sonriente — . Y me arrodillé.

— Es una estupidez.

— No necesito una carta blanca para hacer lo que me dé la gana, Gero. Si deseo algo, voy a empezar a conseguirlo, sin importarme lo que pienses. Nunca te ha importado lo que quiero.

— ¿Se puede saber qué mierda te…?

Cuelgo la llamada, victoriosa.

Cada vez estoy más convencida de que en Tokio su decisión fue a sabiendas de probar algo que, para su desgracia, no salió como esperaba.

***

— ¡Mario! — grito desde el baño de la habitación — .¿Tus amigos son muy pijos? — Aparece por la puerta.

— No son pijos.

— Entonces, este estilo es perfecto.

Dejo de pensar en mi vestimenta y busco en mi neceser el pintalabios.

Mario me observa desde la puerta, paciente.

— ¿Quieres? — bromeo en cuanto le muestro la barra de labios.

Entierra las manos en los bolsillos del pantalón cuando apoya su postura en el marco de la puerta.

— Mario, enseguida estoy lista — balbuceo mientras repaso mis labios con el carmín rojo — . Dame un segundo.

Se dirige hacia el lavamanos y se coloca de espaldas al espejo, apoyando parte de su peso en el mármol.

— ¿Vamos a por esa copa, Mario?

— Me gustaría un lavamanos tan grande como este. — Acaricia el mármol mientras observa el recorrido de sus manos por la superficie — . En nuestra casa.

— Si es horroro… — Pero freno mis palabras en cuanto arquea una ceja, desafiándome a entender sus dobles intenciones.

— Parece resistente.

— Mario, estás loco — pronuncio entre risas — . ¿Hablas en serio?

— No debería haber subido a la habitación.

Se acerca a mí, posicionándose a mi espalda. Juega con el reflejo en el espejo para observar mi reacción y nuestra postura.

— Pueden esperar, tranquila — responde en un tono seductor.

Avanza pasos y me abraza por la cintura.

— No te gusta llegar tarde — musito.

— Hoy quiero llegar tarde, Lola.

Contraigo el estómago e hincho el pecho al notar que tira de la tela de mi blusa metida por dentro del pantalón.

— Hueles tan bien — susurra a mi oído.

Consigue quitarme la blusa, por fuera del pantalón.

— Hace tiempo que no me sentía así.

— ¿Cuánto tiempo?

— Lo sabes perfectamente, Mario…

— ¿Quieres que siga?

— Eso también lo sabes perfectamente.

— Pero quiero escucharlo de tu boca.

Descanso mis palmas en el lavamanos, completamente aturdida. Mi respiración se acelera, y mi corazón palpita rápidamente. Siento un intenso hormigueo en mi sexo.

— Sí — gimo.

Alcanza los botones de mi blusa y comienza a desabrocharlos. Desliza la tela por mis hombros, dejando mi pecho a su vista. Acaricia el encaje del sujetador siguiendo la forma de mi pecho.

— Me gusta mucho esa mirada que tienes ahora mismo — susurra.

Sigue queriendo desnudarme y desabrocha el botón del pantalón con el roce de sus dedos.

— Me apetece algo, Lola.

— ¿Qué? — titubeo.

Baja la cremallera de la bragueta de mi pantalón. Tira de la cintura para bajármelos por las caderas y muslos, dejándolos caer a mis tobillos.

— Quítatelos del todo.

Muevo mis pies parar liberarme de la pieza y la lanzo bajo el lavamanos.

— A juego — musita, observando mi tanga de encaje.

Ardo en deseo, quiero que siga mirándome así.

Acaricia mis muslos hasta mis caderas.

— Joder, Mario… — gimo al sentir sus dedos sobre mis piernas.

— Ayer me lo imaginé.

— ¿Qué vas a…?

— Siéntate en el lavamanos. — Me rodea la cintura para ayudarme a subir.

Doy la vuelta sobre mis pies, encarándolo.

Coloco mis manos en la superficie, y Mario me alza para sentarme sobre el lavamanos.

Se abre paso entre mis piernas.

— Quiero disfrutarte — susurra sobre mis labios.

Besa mi mejilla, mi quijada, y desciende por mi cuello. Lame mi erizada piel.

— Bésame — suplico.

Con ímpetu, une sus labios con los míos. Nuestras bocas se buscan, y nuestras lenguas danzan dentro de la suya. Vence su peso sobre mí, intensificando el beso y haciéndome recostar sobre el lavamanos.

— ¿Cuánto de tarde vamos a llegar? — le pido cuando detenemos el beso para recuperar el aliento.

Desliza sus dedos, desde el encaje de la tanga hasta mis rodillas y vuelve sobre el mismo recorrido mientras se aparta poco a poco de mí. Abro mis piernas ante él. Aparta la tela de la tanga dejando al descubierto mi vulva. Se agacha ante mí.

— Lola, estás muy excitada — susurra sobre mi vulva.

— Lo sé.

Termina quitándome la tanga. Traga saliva con dificultad; está tan excitado como yo.

Acaricia mi vulva con dos dedos. Echo la cabeza hacia atrás al sentir que humedece los pliegues de mi sexo. Mario se arremanga las mangas del traje y la camisa mientras con sus dedos impregna cada rincón con mi excitación. Lentamente, observando mi reacción, me penetra. Gimo, ronca, abatida, al notarlo colarse dentro de mí.

— Estás muy caliente.

Mueve sus dedos para empezar a masturbarme. Aprieto mis dientes para contener los gemidos que quieren escapar por mi boca. Siento mi cabeza aturdida, presa de un intenso placer.

Pero no puedo controlarme y escapo un sonoro gemido.

— Eso es… Lola…

Cuando creo que va a hacerme correr, detiene el movimiento de sus dedos, los desliza hacia fuera y espera a que recupere fuerzas.

Ver a Mario con su cabeza entre mis piernas me resulta irresistible. Mi cuerpo se acelera. Ardo en deseo.

Lame mi sexo. Vuelve a lamer mi sexo. La punta de la lengua estimula mi clítoris y lo fricciona con movimientos rápidos.

— Mario — gimo.

Separa ligeramente los labios de mi vulva y besa el clítoris, para luego volver a lamerlo con el ancho de su lengua. Araño el mármol del lavamanos, cierro los ojos con fuerza y contengo la respiración al sentir las palpitaciones en mi sexo. Mario juega con la rapidez de su lengua al escuchar mi expresión de gusto. Cuela sus dedos en mi vagina mientras sigue lamiendo para dar ritmo a lo que provocan sus dedos.

— Me corro. Me... — Asiente mientras sigue lamiendo mi clítoris — . Oh… — gimo al notar las intensas palpitaciones en mi sexo — . Mm… — Aprieto los dientes con fuerza.

Descansa su lengua para que sus dedos se cobren el orgasmo.

Termino cayendo sobre el lavamanos, perdiendo el equilibrio y la fuerza en mis antebrazos. Abro los ojos en cuanto las palpitaciones de mi sexo bajan su intensidad. Mario afloja la masturbación y se alza de nuevo ante mí en los últimos movimientos de sus dedos.

— Esto es… — pronuncio entre risas, sin apenas aliento — . Joder… — Escapo un suspiro.

Desliza sus dedos hacia fuera, poco a poco, para dejar de penetrarme. Palpito. Palpito como nunca.

Mario va directo al grifo, se limpia las manos, enjuaga su boca y lava su cara.

— Necesitamos esa copa — dice mientras se seca con la toalla y me muestra una espléndida sonrisa.

— Pero tú... — Observo su marcada erección en la parte delantera del pantalón — . Deja que me recupere y…, te haré lo… mismo. No puedes quedarte a medias.

— Lola — pronuncia entre risas — , ese tal Gero es un gilipollas, ¿verdad? — Arroja la toalla sobre el lavamanos y vuelve hacia mí — . Ha sido perfecto. Lo deseaba más de lo que puedes imaginar.

— Pero tú también… quieres… correrte, ¿no? — Dirijo la mirada a la abultada parte

delantera de su pantalón.

— Estoy perfecto. — Se acerca de nuevo a mí y se recuesta en el lavamanos —. Mírate… Semidesnuda, gimiendo mientras te corres sobre mis labios… No me debes nada. Me gusta comerte. — Me ofrece su mano para que me incorpore.

Cuando logro erguirme, me abraza con fuerza y besa mi cuello. Suspiro aliviada al darme cuenta de cuánto eché de menos sus brazos.

— ¿Te espero en la cama mientras vuelves a vestirte? — Vuelve a darme la mano para que pueda bajar los pies al suelo —. Estabas preciosa con esta ropa. Me gusta lo que has elegido para tomar una copa. — Recoge el pantalón del suelo y me lo ofrece —. Si quieres darte otra ducha…, puedo esperar.

Besa mis labios y se marcha, ajustando su pantalón, el cinturón, y las mangas de su camisa y su chaqueta.

— ¡Compremos esa casa ya, Lola! — grita desde el otro lado de la habitación —. ¡El domingo, cuando te pase a buscar para ir a la estación, robaré este lavamanos! — Se carcajea.

— Lo arrancaré yo misma — murmuro.

***

El local bulle de gente.

— Ahí están, Lola. — Mario me cede el paso — . Ve hacia ese grupo bajo el neón rojo.

Me paro delante de todos ellos.

Sus amigos se levantan para besar y abrazar a mi adonis, que me adelanta por la derecha.

— ¿Ya vais borrachos? — bromea mientras recibe el cariño de todos ellos.

— Clever, estás guapo a rabiar con ese aire de tío soltero. Te ha sentado bien el divorcio con Helenita — pronuncia entre risas una chica rubia, baja y esbelta.

Mario la sujeta por la nuca, casi haciéndola caer al suelo. La chica, en lugar de resistirse, estalla en sonoras carcajadas a pesar de la incómoda postura.

— Deja de decir eso todo el tiempo. — La libera.

De repente, todos se dan cuenta de que estoy al lado de Mario, esperando a que terminen con los efusivos saludos.

— Oh… Ehm… — titubea — . Os presento a Lola. Trabajamos en la campaña publicitaria y... — Me mira, algo tímido, sin saber exactamente cómo describir nuestra conexión — . Bueno..., además es... Ella es… Es una persona importante para mí, de cuando vivía en Barcelona. Nos hemos reencontrado después de muchos años.

— Importante — cuestiona la rubia.

Se miran entre ellos. Ahora me arrepiento de haber invadido su espacio.

— Lola, será mejor que te los presente. Este es Pito. — Señala a un chico bastante atractivo, de brazos fuertes, espalda ancha y facciones rudas cubiertas de una sombra de barba espesa — . Es el diminutivo de “gua-pito de cara”. — Todos se divierten con el apodo — . Su nombre real es Miguel.

— Para ti, Miguel, Lola. Me acabo de enamorar.

— Hola, Miguel — saludo con timidez.

— Estoy encantado de que me llames, sea como sea y a la hora que sea. — Me repasa de cuerpo entero con una mirada descarada.

— No seas baboso, Pito — le reprende una chica pelirroja.

— Y la mujer que aplasta maravillosamente bien a la babosa es Pepi. — Mi adonis señala a la chica de cabello anaranjado. Es alta, muy delgada, ojos claros y piel blanca llena de pecas.

— Encantada, Pepi.

— Lo mismo digo, cielo. Las amigas importantes de Mario, lo son para mí.

— ¡Objetivo Birmania! — dicen al unísono los tres chicos y Mario.

— Son idiotas, Lola. — Se inclina para darme dos besos — . Dime: ¿este gilipollas es tu jefe?

— Pues no soy su jefe, listilla — replica mi adonis en tono burlón — . Soy el cliente.

— El cliente… — Pero Pepi me mira a mí con una amplia sonrisa en la cara.

— Este es Jaime. — Mario palmea la espalda de un chico con escaso cabello y bastante corpulento — . Es el más borracho del grupo.

— ¿Más que Ricardito? — cuestiona Pepi.

Todos estallan en sonoras carcajadas.

— Bebo para olvidar — le responde Jaime, entre risas — . Mucho gusto, Lola.

— Encantada.

— Y este es Panettone — presenta al último de los chicos. Este le increpa con el dedo mientras los demás se carcajean — . Lo siento… — dice en un falso arrepentimiento — . Su nombre es Filippo. Cuenta la leyenda…

— ¡No le cuentes eso! — se queja la chica que falta por presentar.

— Vino a estudiar a España y se quedó en Madrid después de echar un maravilloso polvo con Gil. — Mario se lleva las manos al corazón en cuanto acaba la historia.

— Oh — le acompañan al unísono los otros chicos.

— No te creas una sola palabra de lo que te digan esta noche — me advierte el italiano.

— Encantada Pane... — Me sonrojo al darme cuenta del error de mis confianzas — . Quiero decir..., Filippo. Lo siento. No debí...

— No te preocupes — me disculpa el italiano — . Todos me llaman así.

— Yo no — continúa la rubia antes de inclinarse para darme dos besos — . Mario, ¿no es justamente lo de ser un graciosillo de mierda, lo que menos le gustaba a Helenita?

— ¿Sí? ¿Solo eso?

— Ay, Lola…, ¿dónde te ha traído? Ven, dame dos besos. Soy Gil, la del supuesto polvo autóctono.

— Autóctono. — Le causa gracia a mi adonis.

— Clever. — Golpea el brazo de Mario, arrancándole un quejido — . Ya nos quedaremos solos y te haré pagar esta presentación.

— ¡A beber! ¡Alcohol! — grita Pepi — . Ven, Lola, siéntate con nosotras.

Me acomodo en una de las sillas, junto a ellas dos. Mario toma otra silla y la coloca justo a mi lado.

— Clever, ¿qué vas a beber? ¿Champán? — pregunta Jaime.

— Basta con lo de Helena.

— ¿Podéis decirle a Leticia que nos traiga más gominolas? — Pepi mastica como un hámster.

— Mario, haz que te haga olvidar las penas — insinúa Pito, señalando la barra del bar.

— Ya empezamos — protesta Gil — . Parecéis críos de instituto. Cada viernes lo mismo con Leticia. — Gruñe, molesta.

— Voy a por algo de beber y le pido más gominolas. ¿Tú qué quieres, Lola?

— Lo mismo que tomes tú.

— ¿Gin-tónic?

— Pero, espera, iba a invitar yo y...

— La siguiente ronda va a tu cargo. — Me guiña un ojo, pícaro en el gesto — . No tenemos prisa. Mañana no vamos a trabajar, si te apetece aprovechar el último día en Madrid. — Se muerde el labio inferior para cubrir su sonrisa — . No sé si…

— ¡Qué buen jefe! — interrumpe Gil.

— Pienso decírselo a Helenita. ¡Está eludiendo sus responsabilidades como director! — bromea Jaime — . ¿No va a trabajar un sábado? Inadmisible.

No puedo evitar reírme. Mi adonis se hace el ofendido al ver que me causa gracia el humor sarcástico de su amigo.

— No, no — pronuncio entre risas.

— Lola, pienso traerte un zumo de melocotón, por reírte.

Me encanta este Mario fuera del trabajo.

Mi adonis se encamina a la barra mientras rebusca dinero en su cartera. Se abre paso entre la

gente que está de pie.

La camarera, una chica morena, alta y tremendamente guapa, le sonríe abiertamente y reposa medio cuerpo en la barra para acercarse a él. Mi adonis le habla al oído, y con esa imagen, siento un nudo en el estómago. Giro mi vista bruscamente, evitando esa escena. Me doy cuenta de que todos sus amigos me están observando. Para mi mala suerte, olvidé por completo que estaban aquí.

— Clever es un tipo genial. Lo de Leticia era solo una broma — afirma Filippo.

Miro de forma fugaz a mi adonis. Ella le acaricia el brazo y él sigue contándole algo al oído.

— ¿Por qué le llamáis así? — Desvío la vista al frente, sintiéndome inquieta.

No me había hablado de ella. No ha surgido en ninguna de nuestras conversaciones.

— Entre todos los que estamos aquí, es el más inteligente. Aunque nunca ha querido hablar de ello, todos pensamos que su cabeza es fuera de lo común. Terminó dos carreras simultáneamente, ambas con matrícula de honor — explica Jaime.

Vuelvo a mirar hacia la barra; Mario ya está trayendo las copas que le ha servido la camarera.

— Clever no ha sido muy listo con las chicas — murmura Pepi — . Leticia, Helenita…

Todos asienten al comentario de Pepi. Quizás necesito dos copas más si esto sigue así. Lo de Leticia me está haciendo sentir como una mierda. Mario no parecía incómodo con la camarera.

— Toma, Lola. Tu copa. — Me acerca la bebida.

— Gracias — respondo sin ánimo y esquivando su mirada.

— ¿Y mis gominolas? — se queja Pepi.

— Me ha dicho que vayas tú a por ellas. No quiere acercarse a esta mesa mientras Pito esté aquí sentado — se burla Mario.

— ¿Qué te contaba Leticia? Si es que la estabas escuchando mientras tenías la cara casi dentro de su escote.

Mario bebe de su copa y luego muerde con fuerza uno de los trozos de hielo.

— Clever… No me dejes así… — suplica Miguel — . Dime qué tengo que hacer para acabar con ella en la cama. — Pero Mario vuelve a beber de su copa, sin ceder a su insistencia — . ¿Has quedado con ella cuando cierre el bar? Dime que puedo quedarme yo también.

— A tu madre le da un ataque — le advierte Filippo.

— Lo bueno es que ya conoce a tus suegros — sigue Jaime.

Pepi y Gil niegan con la cabeza al percatarse de que me está incomodando la conversación. Mi adonis deja la copa encima de la mesa, soberbio en el gesto al deslizar el pie de esta. A los tres se les corta la risa de inmediato.

— Leticia me contaba que, — Mario apoya su antebrazo en el respaldo de mi silla y me mira a los ojos — , cada copa cuesta 11 euros, que es lo que básicamente me tiene que contar si trabaja aquí como camarera. ¿Está a tu gusto, Lola? — Observa cómo bebo de mi copa. Asiento tímidamente — . La noche es larga — musita mientras recoloca un mechón de cabello tras mi oreja — . No quiero que esto acabe — susurra.

Gil y Pepi se miran al darse cuenta de que mi adonis está siendo muy cariñoso conmigo. Miguel bebe de su copa mientras me mira por encima del borde de esta; se ha dado cuenta de que Mario acaba de ponerle límites de una forma demasiado elegante para mi gusto. Se merecía un corte más cruel.

***

Me lo estoy pasando de maravilla con las chicas. Pepi tiene un desparpajo muy parecido al de Alexia. Gil, sin embargo, es más irónica y complementa perfectamente las exageradas historias de Pepi.

— ¿Por qué te comes tú la croqueta? — se queja Gil al ver que Filippo muerde la última que quedaba en el plato.

Mario acaricia mi espalda mientras observa la pelea de esos dos. Reposo mi cabeza en su hombro.

— ¿Estás bien?

— Muy bien. Demasiado bien. — Suspiro, disfrutando del cobijo de su cuerpo.

— No dejo de pensar en esta tarde. En ti… — Besa mis cabellos mientras Gil le roba la croqueta a Filippo — . No subas a ese tren y quédate conmigo unos días más. Le diré a Pablo que te necesito aquí. Mentiré.

— Tengo claro lo que tengo que hacer al llegar a Barcelona, Mario. Quiero una vida contigo. Debo irme el domingo y cerrar una puerta.

— Lola, ¿te gustaría que me fuese a vivir a Barcelona?

Sorprendida, busco su mirada en un movimiento brusco de cabeza.

— ¿Cómo has dicho? — titubeo.

— Si tú quieres, podríamos empezar una vida juntos en Barcelona. — Ladea la cabeza y acerca su boca a escasos centímetros de la mía — . Compramos la mitad del piso con tu dinero y el dinero que me pagará Helena por el mío — susurra.

— ¿No te importaría vivir en esa casa? Es de Gero y… mía. ¿Sabes a lo que me refiero?

— Compramos muebles nuevos, pintamos las paredes y lleno con mis cosas los armarios, y ni rastro del pasado con él. Excepto si a ti te doliese acordarte de él en esa casa, porque entonces...

— No, si tú estás allí, esa casa ya es distinta.

— Lo único que quiero es dejar de imaginar la vida que podía haber tenido y no tengo. Madrid no es mi hogar, Lola.

— ¿Lo estás diciendo en serio? Mario, espero que esto no sea un pronto porque has bebido dos copas y por eso…

— Lo estoy diciendo completamente en serio — interrumpe. Acerca más su boca a la mía — . ¿Tú quieres que viva contigo en Barcelona?

Mario y Barcelona casan a la perfección. Siento una ilusión creciendo en mi interior. Tras esta quedada, estaba imaginándome aquí en Madrid, viviendo en su piso y buscando una nueva vida en una ciudad que no es la mía.

— Me encantar…

— ¡Como la de un caballo! — protesta Filippo, llamando nuestra atención y deshaciendo la perfecta declaración de intenciones.

— ¿Qué? — gritan al unísono Pepi y Gil.

— ¿Cómo se dice…? — masculla el italiano, avergonzado.

— Así, así — se burla Miguel, llorando de la risa — . No da una con el idioma...

— Pero ¿qué querías decir, Panettone? — pronuncia entre risas su amigo Jaime — . ¿Sabes que significa esa expresión?

— Caballo… Caba… — balbucea. La borrachera no le está ayudando mucho — . ¿Caballa?

— ¡Me meo! ¡Me meo encima! — Pepi escapa corriendo hacia el baño.

— ¡Eh! ¡Yo también tengo que ir! ¿Dónde está? — pregunto a su amiga Gil.

— Te acompaño, Lola. — Me ofrece su mano — . Pepi ya se habrá meado encima cuando te dé indicaciones.

***

Después de mear las dos copas que me he bebido, salgo del lavabo para acercarme al lavamanos. Pepi está terminando de secarse las manos.

— Oye, Lola, espero que te hayamos causado buena impresión. — Se acerca a mi posición — . En realidad, somos normales. A Pito mándalo a la mierda antes de que lo haga Mario. Detesta cuando se pone tan baboso con las tías.

Lanza el papel de secarse las manos como si encestara en el aro de la canasta. Se tambalea sobre sus tacones y escapa una leva risa al darse cuenta de que está borracha, al igual que todos.

— Me da igual Miguel, la verdad. Creo que es mejor ignorarlo para que no se crezca.

Enjuago mis manos bajo el agua mientras sigo pendiente de Pepi a través del reflejo.

— Mario es un buen tipo. — Asiento en respuesta — . De los que ya no quedan.

— Siempre lo ha sido.

Me seco las manos mientras siento su mirada clavada en mí. No está haciendo preguntas inocentes; tengo mucha experiencia con Alexia.

— ¿Conoces a Helena con H? — Se ríe a carcajadas — . ¿Por qué he dicho esa estupidez? — pronuncia entre risas.

Lanzo el papel como si yo también fuese jugadora del partido que ella ha iniciado. Encesto de lleno dentro del cubo. Alzo los brazos, victoriosa.

— Cuando Mario rompió con Helena, sentimos que se quitaba un peso de encima, ¿sabes? No le dejaba respirar.

— Me hago una ligera idea, Pepi. Tuve un buen encontronazo con ella. Helena también es mi cliente en el proyecto.

— Nos alegramos tanto por lo del divorcio… — Suspira sonoramente, expresando alivio.

— ¿Lo dices por el champán que habéis pedido para celebrarlo? — me burlo de todas las putadas que le han estado haciendo durante la noche.

— Helenita lo ha tratado como a un trapo. Él no merecía algo así… — Niega con la cabeza en un gesto de decepción — . Detestaba cómo le hablaba, le gritaba en público y lo paseaba por el ambiente de su padre. A veces he tenido ganas de arañarle la cara — pronuncia entre risas — . El viernes pasado, tras varias copas…

— ¿Quieres decir tal cual hoy?

— Sí, bella. Solo que quizás con dos chupitos menos… Mario confesó que había encontrado a alguien que le importaba mucho. Nos dijo que estaba enamorado de una mujer increíble. — Sonríe de lado, socarrona — . Si te soy sincera, hacía mucho tiempo que no lo veía así de feliz. Miento, miento, miento… — Escapa una risa irónica — . ¿Qué coño estoy diciendo? Jamás vi a Mario así, en la puta vida.

— Se merece ser feliz.

— Clever es muy atractivo, ¿verdad? — Me guiña un ojo, pícara en el gesto — . Tiene un culo respingón de esas carreras que se da cada mañana… — Silba — . Trabajar con ese cuerpo y

esa cabeza lista tiene que ser difícil de controlar.

— No pienso responderte a eso — pronuncio entre risas — . No voy tan borracha.

— El día que lo conocí pensaba que era muy rarito. Me preguntó, tímidamente, con su figura delgada y encorvada, sobre la cafetería de la universidad. Lo dirigí a otra facultad del campus, a treinta minutos andando. ¿Sabes qué hizo el hijo de puta? — Sonríe al pensar en ese recuerdo — . Entró en mi clase, interrumpió al profesor, se acercó a mi silla y me dio un vaso de café para llevar. Me dijo «Que te den por el culo. Recompénsame con una cerveza. Aula 23» — imita su voz grave — . Fue cuando supe que sería mi mejor amigo para toda la vida. El profesor, sabiendo quién era él, no se atrevió a decirle nada. ¡Era Mario Vila Font! Lo esperé a la salida y le invité a unas cervezas. Dejé de verlo rarito después del tercer o cuarto botellín. ¡Joder! ¡Vamos, ahora me apetece una cerveza!

Se dirige hacia la salida del baño sin esperar una respuesta por mi parte.

— ¿Ha pasado algo con Leticia? — indago.

— ¡Eso fue una mierda adolescente! — Se apoya en el marco de la puerta mientras se sube las medias hasta la altura del sujetador — . Mientras se lo follaba, también se lo hacía con su hermano en la habitación de al lado. Javi es lo peor… — Simula una arcada — . ¡Me cae como el puto culo! En fin… — Baja su falda — . Clever escuchó todo, hasta el último aliento, de esos follando en la habitación. Si a él no le importó entonces, no le importa ahora, créeme. Leticia fue un tropezón. Bueno…, más bien una caída al lodo. — Suelta una sonora carcajada — . No le hagas caso a Pito, Jaime y Filippo… Usan a Mario para poder hablar de las tetas de Leticia como comodín para decir barbaridades. Espera que conozcas a Ricardito… ¡Madre mía! ¡Ese sí que se muere por follarse a Leticia!

— Y a Leticia le gu…

— Le gusta Mario, sí — termina mi frase — . Pero no tiene nada que hacer con él, cielo. Imposible. Clever aprende rápido la lección.

No puedo controlar la sonrisa de satisfacción que se dibuja en mi cara. Por un momento pensé que entre ellos había ocurrido algo entre el divorcio y aparecer yo en Madrid.

— Lola, vámonos.... ¡Estoy hablando demasiado! Clever me matará si se entera que te he dicho todo esto.

— Pepi.

— Dime, cielo. — Frena sus pasos, tambaleándose al intentar mantenerse erguida.

— Me recuerdas a alguien a la que echo mucho de menos ahora mismo. — Trago en gordo, emocionada al pensar en mi mejor amiga.

— Oh…

— Y a ella le diría que estoy enamorada de Mario desde hace quince o dieciséis años — confieso en un hilo de voz.

— ¿Crees que no me había dado cuenta? Estoy borracha, pero no soy estúpida. — Se carcajea con la boca abierta.

***

*Narra Mario*

Jaime, Filippo y Pito se acercan a mí en cuanto Lola entra en el baño.

— Mario, ¿qué coño pasa con Lola? — Me agita por los hombros Jaime.

— Te gusta, Clever — continúa Filippo.

— ¿Te la estás follando? — Alza la voz Pito.

— ¿Por qué tienes la boca como un puto buzón? — le recrimino.

— Entonces no te las follado — aclara.

— ¡Déjale hablar, cojones! — le riñe Jaime.

— ¡Clever, detalles! — insiste Filippo.

— No es lo que pensáis. — Intento apartarlos de mí.

— ¿Es la mujer de la que hablabas el otro día? —pregunta Jaime con evidente ilusión.

— Lola es brutal. Estoy loco por ella. Lo quiero todo con ella. ¡Todo!

Filippo, Jaime y Pito me vitorean.

— Parad de hacer el idiota. No quiero que Lola piense que la he invitado para que hagáis burla de lo nuestro.

— Entonces… ¿lo vuestro va en serio? — pregunta Filippo.

— Tengo miedo de que acabe por decidir una vida con su marido cuando vuelva a Barcelona. Mi cabeza va a mil por hora.

— Pensé que era un simple polvo para olvidar a Helena —responde un extrañado Pito.

— ¡Para de hablar así! — protesto.

— ¡Si dijiste tú que con Helena no querías ni practicar sexo desde hace tiempo! — se excusa.

— Idiota… — mascullo — . ¡Sacas las cosas de contexto!

— Creo que se ha puesto celosa con lo de Leticia — dice Filippo.

— No sabíamos nada, Clever — se justifica Jaime.

— Vaya tres. — Los increpo con el dedo — . Leticia me caerá mal, pero no está bien tratarla así porque os pone cachondos. Me hacéis sentir incómodo con ese tema.

— ¿Incómodo? — Se carcajea Pito.

— Lo que tuvimos fue un error.

— Menudo error… — Vuelve a reírse — . Ojalá tuviese yo ese error en mi cama esta noche. Dios… — gime mientras se toca la bragueta. Lo golpeo en el estómago y se doblega del dolor, riéndose — . Maldito… — sigue entre risas.

— Clever, a mí la que me gusta no es Leticia, y lo sabes.

— Filippo, no mientas…, te pone cachondo como a todos.

— Pito — le reprendo.

— ¿Qué? — exagera sorpresa — . ¿Acaso no lees nuestro grupo de chat? Filippo es el primero en decir barbaridades sobre las tetas de Leticia.

— No os leo cuando habláis de ella — aclaro.

Gil da un portazo a la puerta del baño. Se tambalea sobre sus altos zapatos. Está muy borracha.

— Es difícil estar enamorado, Mario. — Suspira Filippo al fijarse en los torpes pasos de Gil.

— ¿Hoy irás a su casa?

— Clever, con ella nunca sé lo que va a pasar.

— Claro que vas a ir a su casa — afirma Pito.

— Gil y yo tenemos algo muy pasional, muy *hardcore* en la cama, muy intenso, pero nos llevamos a matar fuera de las sábanas. — Baja la mirada al suelo. Es evidente que está dolido por lo que tienen — . Cuando estamos bien, ella es perfecta, pero cuando estamos mal, detesto cómo me trata.

Gil se deja caer en la silla. Se da cuenta de que los cuatro estamos observando su estado de felicidad artificial.

— ¿Qué coño te pasa con Lola? — me espeta.

— ¿Tú también te has dado cuenta?

— Todo el bar sabe que estás embobado con ella. Te la estás comiendo con la mirada.

— ¿Te ha dicho algo de mí en el baño?

— Mario..., Pepi es la más puta de las dos. Mándale un mensaje luego y te dirá todo lo que le ha sacado.

— Quiero irme a Barcelona con ella. — Miro la puerta del baño.

— ¿Te vas? — exclama Gil.

— Ojalá Lola quiera. He estado visualizando mi vida allí con ella y cada vez estoy más ilusionado con esos planes. Volver a mi ciudad después de tantos años me ha despertado muchas cosas que tenía silenciadas. Siento que Barcelona es donde está mi vida, donde siempre estuvo.

— Te echaríamos de menos, Clever. — Sorbe por la nariz, a punto de llorar.

— Gil, yo también a vosotros. Sois mi verdadera familia. — Beso su mejilla.

— La familia que elegiste — se burla, entre sollozos, de mi teoría.

— Yo no quiero ser la típica tía Gertrudis que nadie quiere sentarse con ella en las cenas de Navidad porque es una pesada — bromea Jaime.

— Ya eres pesado y nos sentamos a tu lado igual — pronuncia entre risas Filippo.

— ¿Estás seguro de arriesgar todo por ella? — Palmea mi hombro Pito, en un gesto cariñoso y de apoyo — . Tienes un buen trabajo, tu familia está aquí, tus amigos estamos aquí, el piso de Ricardito es perfecto para las citas con las tías…

— Estoy seguro.

— Clever, iremos a donde tú estés — me consuela Gil mientras se seca las lágrimas. Comienza el modo “exaltación de la amistad” — . Te queremos mucho.

Filippo la abraza y ella se entrega al cariño del italiano. Viéndolos, sé que van a irse a casa juntos. Gil siente debilidad por él con algunas copas de más y cuando sus emociones están a flor de piel.

— Mario, si algo sale mal, cuenta con todos nosotros — me anima Jaime.

— Sois lo mejor que me ha pasado desde que llegué a Madrid. Sin vosotros yo… No sé… — Carraspeo, bajando el lloro aferrado a mi garganta. Recuerdo esos días de soledad y vuelven los pinchazos en mi esternón — . Os quiero, joder.

— Los tíos buenos también lloran — me anima Gil.

— Hemos hecho un grupo de puta madre, ¿eh? — dice Pito.

— A ti te adoptamos, básicamente — me burlo.

— ¿Os acordáis del acento de Mario cuando lo conocimos? — Jaime imita mi pronunciación entonando el deje catalán.

— Yo no hablaba así.

— Hablabas en este tono — sigue forzando la pronunciación mientras todos se carcajean.

Un portazo en el baño me anuncia la salida de Lola. Va junto a Pepi, risueña.

Cuando la miro siento tantas cosas, que me cuesta aceptar que se va el domingo y que quizás no la vuelva a tener igual que ahora.

# CAPÍTULO 5. DOS GOTAS DE AGUA

Luego de salir del bar, bastante borrachos, Mario y yo compartimos un taxi hasta su casa. No pudimos despedirnos en el portal. Tiré de su mano para entrar dentro, nos besamos apasionadamente, culminando la noche con un ardiente encuentro en el hueco de la escalera. A pesar de lo mucho que nos deseábamos y lo excitados que estábamos, no me invitó a entrar en su casa; cumplió su palabra de no construir una imagen de mí en su piso. Sin embargo, tampoco sentí la necesidad de insistirle.

— Lola, cuando Mario te lo comió, ya habías sido infiel, cielo — responde Alexia entre risas — . No son menos cuernos.

— Alexia, sé que lo he hecho todo mal con Gero. No puedo controlarme cuando estoy con Mario. Me nace algo dentro que…

— Ah, claro…, Gero lo ha hecho perfecto, ¿verdad? ¡No te jode!

— Aun así, no es Gero el que me frena, soy yo misma. No sé qué nombre ponerle a esto. Mario no me invitó a subir a su casa, pero en el fondo algo en mi interior me decía que no debía subir.

— Tienes aún muchas preguntas sin respuesta.

— ¿Qué dices?

— Hasta que no resuelvas ese cluedo de la dramática despedida, no podrás confiar del todo en él. Estás hipnotizada por el enamoramiento, pero cuando abres los ojos vuelven todas esas preguntas.

— ¡Claro que confío en él!

— Pero no confías al cien por cien. — Deja una pausa para que asimile sus duras palabras — . Cielo, hay algo que te impide conocerlo del todo, pero no depende de ti.

— Siento que lo conozco.

— Amas a Mario, lo adoras, te mueres por él, pero aún tienes que perdonarle que no volviese a por ti, que no te llamase y no te escribiese una sola carta.

— Eso ya se lo he perdonado.

— Lo que tú digas… — Sorbe sonoramente de su café.

— Alexia, ¿crees que él no confía en mí?

— Sí lo hace. Mario tiene miedo a algo.

Pienso en sus palabras mientras ella acaba de masticar su desayuno.

— Mario no quiere hablar del pasado.

— Porque esconde algo. — Sorbe ruidosamente su café.

— Alexia, ¿crees que Mario tiene un pasado oscuro del que debería cuidarme?

— Siempre sospeché que algo terrible debió ocurrir el día que se marchó a Madrid, porque en la fiesta de graduación no hablaba desde el corazón, sino desde la rabia. Mario vivió algo muy doloroso que nunca supimos. No te miente, Lola. Estoy segura de que no lo hace. Es miedo.

— Llevo días pensando en eso. Es esquivo.

— Lola, ¿crees que llegó nuevo al instituto, a medio curso? No… No lo creo… Mario apareció de la nada, pero ya estaba en el instituto. ¡Conocía a Isaac! Pero ¿dónde coño estaba?

— ¿Por qué no me lo cuenta, entonces?

— No lo sé, cielo. Ojalá pudiese decírtelo.

— Tengo miedo a descubrir todo cuando estemos viviendo juntos.

— ¿Ves lo que te decía? Entonces, ve a buscar esas respuestas. ¡Ve a por él! Te queda un puto día.

— ¿Cómo hago para que lo cuente?

— Usa la complicidad que os caracteriza a los dos. Dile la verdad, se sincera. Lola, creo que a veces tienes que usar bien el contexto para dar pie a esa tensa conversación. Tus ansias por saber no esperan el momento adecuado. Depende de donde estéis, habrá más o menos respuestas. ¿Comprendes?

— Sí.

***

Antes que pueda llamar al timbre, Mario abre la puerta, recibiéndome con una sonrisa. Su cabello está alborotado; lleva una camiseta blanca de tirantes y un pantalón *jogger* de color gris, con una sombra de barba que se adueña de su quijada y alrededor de sus labios.

— He pensado que quizás te apetecía desayunar algo grasiento para rebajar la resaca. — Le muestro el paquete de churros.

— Gracias. — Me muestra una espléndida sonrisa.

— ¿Por los churros?

— Por dar el paso de entrar tú en mi vida.

Me ruborizo con sus palabras.

— No me hubiera atrevido a invitarte. Anoche, debí decirte que subieses a mi piso, pero…

— Hiciste lo correcto, Mario.

— Buenos días. — Besa mi mejilla con ternura — . Me encanta que estés aquí — susurra a mi oído — . Cuando me acosté, aún te sentía en mi boca.

— Prepara un café y me cuentas eso de sentirme en tu boca.

— Deja que vaya al baño, me refresque, y cuando vuelva, te preparo lo que quieras y te doy detalles de lo que imaginé en mi cama.

Me quita los churros y los deja sobre la encimera de la cocina.

— No tardo nada.

Se dirige a un pequeño pasillo al otro lado del salón. Cuando se pierde por él, observo a mi alrededor. Su piso es pequeño pero elegante, con una decoración cosmopolita. La cocina ocupa el centro del salón, abierta.

A pocos metros, el sofá donde me llamó la noche en la que me toqué pensando en él. Justo al lado del enorme ventanal en el que seguramente nos buscábamos.

En una esquina del salón tiene cuatro cajas de cartón apiladas una encima de la otra. La de más arriba tiene escrito «Todas tus mierdas». Confirmo así que el divorcio no ha sido amistoso.

— ¿Café con leche, Lola? — Me sorprende a mi espalda. Me abraza por la cintura y apoya su mentón en mi hombro — . ¿Bebimos mucho? Dime que no…

— Pensé que eras de los que duerme sin pijama.

— Me he vestido para recibirte.

Muerde mi hombro antes de deshacer el abrazo.

— ¿Quieres saber más detalles de cómo duermo?

Mario me hace girar sobre mis pies. Lleva sus manos al borde de su camiseta y estira para quitársela por la cabeza. La lanza al suelo mientras goza de mi mirada deseosa.

— Detesto las costuras, Lola.

Lleva sus manos a la cintura del pantalón.

— ¿De verdad vas a quitártelo? — le reto, sonriente.

Baja un centímetro su pantalón. Mi mente dibuja lo que hay debajo de la tela, intuyendo su desnudez por la abultada parte delantera del pantalón.

— Hazme el puto café, mala persona.

Mario deja quieto el pantalón, doblado de la risa.

Decido jugar a su juego: me quito la sudadera en un solo tirón.

Mario deja de reírse al verme en sujetador.

— ¿Ya no te hace gracia, adonis? — Llevo mis manos a la espalda, simulando deshacerme del enganche del sujetador.

Traga en gordo. Me complace esa mirada cargada de deseo.

— Yo también te sentía en mi boca al acostarme en la cama, Mario. ¿Quieres saber lo que hice para aliviar mis ganas de ti?

Pero no puede apartar su vista de mis pechos.

— Creo que el juego tiene un claro vencedor. — Me agacho para recoger del suelo su camiseta y me visto con ella, ante su lasciva mirada — . Lola 1, Mario 0. ¿Me haces el café con leche?

Mi adonis da la vuelta a la barra mientras sigue mirando mi nuevo atuendo.

Una llamada interrumpe el juego de miradas. Gruñe al ver el nombre que aparece en la pantalla de su teléfono.

— Si es privado, puedo irme al balcón.

— La cortaré rápido. — Niega con la cabeza en cuanto intento marcharme — . Hola, mamá. ¿Qué pasa? — responde sin ánimo — . Desayunando. — Sirve el café y la leche en las dos tazas. Me ofrece una de ellas — . No. No… No estoy solo, mejor hablamos más tarde. No… ¿Para qué has llamado? ¿Vas a interrogarme?

— Pásamela, quiero saludarla.

— Mamá, ¿en serio me llamas para hablarme de Javi? — Hace rodar sus ojos, con hartura — . Es tu hijo, díselo tú.

— ¿Puedo saludarla?

— ¿Por qué tengo que decirle que busque trabajo? Ya es mayorcito, joder… — Gruñe, enfurecido — . Mamá, en serio, voy a desayunar tranquilamente y luego por la noche hablamos.

— ¡Carmen, soy Lola! ¡Un beso! — Alzo la voz para que su madre me escuche.

Mario abre los ojos, estupefacto.

— No — masculla — . Mamá, no es buena idea que… — Me incorporo sobre la barra de la cocina y le quito el teléfono de las manos.

— Carmen, ¿cómo estás? — saludo.

Mario intenta quitarme el teléfono, pero lo esquivo con destreza.

— Mi hijo no me había dicho que estabas en Madrid.

— Estamos trabajando juntos.

— ¿En su casa?

— No, no... Estamos desayunando juntos.

Mario se lleva las manos a la cabeza y cierra los ojos con fuerza.

— ¿Has dormido en casa de mi hijo?

— No. ¡Me estoy explicando fatal, Carmen! — pronuncio entre risas.

Mario me pide con señas que le devuelva el teléfono.

Retrocedo unos pasos para ganar unos segundos hasta que decida ir tras de mí.

— ¿Por qué no vienes a casa a comer?

— ¿A comer?

Mario rodea la barra de la cocina al escuchar la propuesta.

— De hecho, llamaba a mi hijo mediano para decirle que su hermana está en Madrid y va a venir a casa porque tiene algo que contarnos. No sabía que Mario tenía planes, como ahora está solo…

— Dame un segundito. — Cubro el auricular con la palma de la mano — . Mario, dice tu madre que vayamos a comer. Tu hermana va a ir y quiere que estemos para algo importante.

— ¡¿Qué?! ¡No, no! ¡No!

No le permito quitarme el teléfono.

— Le hace ilusión.

— Lola, ni de puta broma.

— ¿Por qué crees que estoy bromeando?

— ¿Mi hermana? — Frunce el ceño, extrañado — . Meli está en Londres. Imposible.

— Carmen. — Vuelvo al auricular, sonriéndole de lado a Mario — . Acepto la invitación.

— ¡Perfecto! A las dos.

— Traeremos postre. Un beso.

Cuelgo la llamada y le lanzo el teléfono a Mario. Lo atrapa al vuelo, torpemente.

— ¿Tienes alguna pastelería cerca de aquí?

— ¿Qué demonios a…?

— Le he dicho que nosotros traemos el postre, adonis.

Mario mira su teléfono, atónito por lo que acaba de suceder.

***

No logro comprender el comportamiento de Mario. Desde que salimos de su casa, se ha mostrado nervioso y sumido en sus pensamientos. Ha permanecido callado durante el trayecto en coche.

— Mario, tranquilízate — intento que rebaje su expresión de malestar.

— Estoy tranquilo.

— ¿Eso crees?

Con una cálida sonrisa, Carmen nos da la bienvenida. Ambas nos abrazamos mientras mi adonis observa la escena desde la retaguardia, conteniendo la respiración.

— ¡Lola! — Carmen tira de mi mano para que entre en casa — . ¿Cuántos días dices que te quedas?

— Mañana me marcho a Barcelona.

— Oh… — Busca a su hijo con la mirada — . Mario, ¿qué haces ahí como un pasmarote? Ya que no nos has dicho nada de que Lola estaba en Madrid, puedes invitarle a entrar en casa, como se merece.

El padre de Mario aparece por el pasillo.

— ¿Lola?

— Hola, José. ¡Te veo muy bien!

— Ay, pero ¡cuánto tiempo sin verte! ¿De visita?

— No exactamente. — Observo a la pareja, extrañada. No siento que la amabilidad en sus palabras sean lo que transmiten sus gestos y mirada — . Mario es demasiado buen anfitrión como para querer irme de su lado. Es más que una visita por trabajo. Son los viejos tiempos.

— ¿Qué viejos tiempos? — Mira de reojo a su hijo — . Esto…, bueno…. Deja las cosas en la habitación de mi mediano. Mario, por favor, indícale por dónde ir, luego vienes a la cocina a ayudarme a preparar la comida.

— Ehm… Claro, sí, mamá — titubea mi adonis.

— Ay, este hijo mío, qué poco atento es — le regaña.

— Perdónale, Lola. Mario siempre tiene la cabeza metida en el trabajo y no desconecta nunca de su cargo — responde José.

— Por suerte, trabajar con él ha sido un lujo para mí. Creo que voy a echar de menos su oficina. — Le sonrío al que no sabe cómo actuar con tantas represalias.

— Al trabajo se va a trabajar y a casa a descansar — dice Carmen — . Mario, te espero en la cocina en cuanto Lola sepa llegar sola a tu habitación — insiste.

— Es por aquí.

Mi adonis me acompaña hasta una de las habitaciones que está justo al lado del salón, mostrándose muy inquieto y mirando si sus padres nos siguen los pasos. En cuanto abre la puerta, se me corta la respiración con la imagen que tengo delante: es una estancia pequeña, huele a cerrado, las paredes son de color apagado y los muebles parecen sacados del peor rastro.

— Puedes dejar tus cosas donde quieras.

Dejo el bolso en la silla vieja que hay delante de un destartalado escritorio.

— Mario, ¿esta era tu habitación?

Nuestras miradas se encuentran de nuevo. Mario se muerde el labio, se balancea sobre sus pies y entierra sus manos en los bolsillos del pantalón.

— Nunca llegaron los muebles — musita — . Ni mis cosas.

— ¿En serio? — inspecciono la horrible estancia.

— Los muebles nos los dieron unos vecinos. Por lo visto, eran de su hija que se casaba y se marchaba de casa.

— Cierra la puerta.

— Nunca la cierro.

— Pero es que quiero hablar contigo a solas, Mario.

— No te escuchan desde aquí.

— Mario, cierra la puerta. — Insisto al ver su tensa reacción — . Mario, hazlo. — Observo su incomodidad.

— Está bien. Deprisa.

Mientras la ajusta sin apenas hacer ruido, me fijo en la cama extremadamente pequeña para su estatura. Debió estar doblegado en ella.

— Mario. — Le ofrezco mi mano para invitarle a volver a mi lado — . ¿Qué pasa?

Su mirada se torna a una miedosa.

Entrelazo nuestros dedos para devolverle a nuestra complicidad.

— No es nada.

— Estamos solos — musito mientras acaparo su cuerpo — . Estamos bien.

— Ya.

— No comprendo a este Mario tembloroso bajo mis palmas.

— No hagas caso a lo que escuches durante la comida, ¿de acuerdo?

— ¿Por qué siento que tu familia no se alegra de verme?

— Porque no se alegra — confiesa en un hilo de voz.

Hay algo extraño en el aire de esta casa; me incomoda. Cuando era una cría no sentía que estaban tentándome para que caiga en una especie de trampa de ratón.

— Siempre te entendí sin necesidad de palabras. Estar aquí te duele demasiado, lo transmites sin tener que decirme nada.

Me toma de la mano y me lleva hasta su cama. Se acomoda para que me coloque a horcajadas encima de él. Lo abrazo por el cuello para que no escape la mirada.

— No debí haber aceptado venir.

— A lo mejor, es bueno que pase, Mario. Por más que lo evites, voy a tener que pisar esta casa cuando hagamos posible esa vida juntos. Tengo claro que voy a romper con lo que tengo en Barcelona nada más pisar mi casa. Me parece que está muy claro lo que quiero en mi vida. Estoy aquí, ¿no lo ves? — Beso sus labios.

— ¡Mario! — grita su madre desde el otro lado de las paredes.

Su llamada no me parece tan entrañable como cuando la escuchaba en Barcelona. Siento ese timbre como una advertencia.

— ¿Qué hay de esa puerta?

— No le gusta que la cierre.

— ¿A mí me cerraron una tratándose de ti? — Beso sus labios, presionando su nuca para que ceda a mi cariño — . ¿Por qué no se alegra de verme? No es el recuerdo que tengo de ellos. — Tomo su cara con mis manos — . Te amo, pero leo la preocupación en tus ojos. No voy a dejar que nadie se entrometa en esto que tenemos.

Cierra los ojos. Una lágrima le cae por la mejilla hasta mojar mi pulgar.

— Dime qué pasó cuando llegaste a Madrid.

— ¡Mario! — grita de nuevo su madre. Siguen las advertencias.

Abre los ojos. Otras dos lágrimas caen hasta mis manos.

— No la escuches. ¿Qué pasó en estas cuatro paredes?

— No es tan fácil de explicar.

Mi adonis desvía la mirada hacia donde se escuchan los pasos acelerados de su madre. Más lágrimas caen por sus mejillas.

— ¡Mario, ha llegado tu hermana! ¡Ven a recibirla! — grita su madre, desgañitándose.

Intenta que me aparte de encima de él, pero no lo hago.

— Deberíamos ir a…

— No — interrumpo su titubeo — . Mario, estas lágrimas significan algo. Debes confiar en mí, si quieres que construyamos una vida juntos. De mí lo sabes todo. ¿Yo sé todo de ti?

— ¡Mario, tu hermana! — grita de nuevo su madre.

Mi adonis se hace hueco para que me aparte de él y, rápidamente, se lanza sobre la puerta y la abre.

***

Peter, el marido de Meli, no sabe apenas español. La hermana de Mario está todo el tiempo traduciendo la conversación al británico. Ojalá yo no comprendiese el idioma, como él. Me hubiese evitado escuchar comentarios sibilinos sobre mi historia con Mario.

— ¡Enana, venga! — protesta mi adonis — . ¿Qué hay dentro de la bolsa?

— Queremos daros un regalo que hemos traído de Londres. Lo tenéis que abrir todos a la vez.

— ¿En serio? — cuestiona un extrañado Javi.

— ¿Por mi cumpleaños? — pregunta un ilusionado José.

— Quedan por lo menos cinco meses — le responde de mala gana Carmen.

— Lola, no sabíamos que ibas a venir, así que, no tengo un regalo exclusivamente para ti, aunque…, nos gustaría que compartieses el de Mario. Sé que vas a alegrarte por él, si la intuición no me falla. — Mira de reojo a José y Carmen — . Ojalá tu visita signifique que vas a poder vivirlo con él. Eso me haría muy feliz. — Y desvía la mirada hacia mi adonis.

— ¡Me aburro! — grita Javi.

— *Honey*. — Meli le da la bolsa a su marido.

Peter reparte una caja para cada uno. Tienen colores diferentes, una etiqueta con los nombres y un lazo muy llamativo.

Carmen mueve la caja en el aire. Suena un objeto chocando con el cartón.

— Mamá — protesta Meli.

— Perdón. Estaba intentando adivinar si era caro.

Mario me muestra su caja de color verde, sonriente. Es su color favorito.

— Todos preparados. — Peter masajea los hombros de Meli cuando da la advertencia — . Podéis abrir la caja en… tres, dos…, uno… ¡ya!

Todos nos lanzamos a por el paquete.

— Mario, rompe el papel.

— Es que es muy bonito.

— ¡Qué nervios! ¡Rómpelo! — pronuncio entre risas.

Sigue intentando quitar el adhesivo con el pinzar de sus dedos, paciente.

— ¡Hija mía! — grita Carmen, mirando el interior de su caja — . ¡Por el amor de dios!

Peter se ríe a carcajadas y Meli empieza a llorar de la emoción.

José llega al mismo punto que Carmen. Se queda embobado mirando el interior de la caja.

— Pero ¿qué…? — Veo en la mano de Mario un chupete de color verde — . Meli, ¿estás…? — Traga en gordo, muy nervioso — . ¿Estás embarazada?

— Lee la inscripción, hermano.

Mi adonis hace girar el chupete, aun con las manos temblorosas de la emoción.

— Eres el mejor tío del mundo. Serás el mejor ejemplo para nuestro bebé — lee en un hilo de voz — . Meli, esto es…

— ¿Vas a darme un abrazo, tío del año?

Mi adonis se va directo hacía ella y se lanza a abrazarla. La aprieta contra su cuerpo mientras ella llora de emoción.

— Carmen, la niña está… — solloza José.

— Voy a ser abuela. ¡Voy a ser abuela! — grita la madre de Mario.

Mi adonis tiene una sonrisa espectacular dibujada en su rostro. Juro que no voy a olvidar esa expresión en mi vida. Jamás lo vi tan pletórico.

— Voy a ser tío de una cosita así de pequeña — me explica haciendo la medida con sus

manos.

— ¡Me alegro tanto por ti, Mario!

— Voy a ser tío.

— Lola, espero que estés para verlo — me invita, ilusionada, Meli.

— Voy a estar. Es lo que los dos queremos — aseguro mientras vuelvo la vista a mi adonis.

— Es una muy buena noticia. — Llora aún más emocionada.

Cuando creo que Mario va a seguir dándome detalles de la criatura, su cara cambia radicalmente y se transforma en una muy seria.

— ¿Qué te pasa?

Me doy cuenta de que está mirando a su hermano. Javi no expresa la más mínima ilusión y está sentado en una postura desafiante.

— Pasa de él — le advierte su hermana.

— Mi chupete no tiene frase — le reprocha el mayor.

— ¿Acaso crees que te lo mereces? — le espeta Meli.

— Hija — le recrimina José.

— Esta sorpresa es un puto asco — masculla el mayor —. ¿Qué se supone que tengo que decir? ¿Quieres que me alegre después de esto?

— ¿Te das cuenta ahora de que me da igual que formes parte de la vida de mi bebé?

Abro los ojos al escuchar tal puñalada. Javi se levanta de mala gana, enfurecido. La silla cae al suelo con el ímpetu, sobresaltando a su madre y al británico. Meli niega con la cabeza, reprochándole su actitud. Mario recoge la silla del suelo.

— ¡Quién te crees que eres, Melisa! — le grita a su hermana.

— Dímelo tú, Javier.

El mayor intenta irse, pero mi adonis se interpone en su camino.

— ¿A dónde vas? — le reprende Mario.

— Donde me salga de los cojones — masculla Javi —. ¿Vas a defenderla después de haberme dejado como el puto culo?

— Espera, que aún cree que tiene la razón — lo reta Meli mientras se seca las lágrimas de felicidad que han pasado a la historia.

Mario lo agarra del brazo para que se detenga en cuanto Javi vuelve a intentar huir.

— Nuestra hermana no se merece esto — murmura —. Está embarazada. Vamos a celebrarlo por ella.

— ¿Y yo me merezco tener que seguir pagando por tus mierdas adolescentes, cerebrito?

— La mierda era la que salía por tu boca — le recrimina su hermana —. Veo que sigues con el simpático apodo. No has aprendido una mierda en todo este tiempo.

Mario le aprieta el brazo con más fuerza en cuanto Javi quiere ir a por Meli.

— ¡Ya está bien! — grita Carmen.

— ¿Acaso vas a pegarme, hermano? — Javi baja la mirada al agarre de Mario, con desprecio —. ¿Delante de Lola?

— Nuestra hermana quería un día feliz, y va a tener un día feliz. Compórtate.

— ¿Y Lola qué quiere al venir a nuestra casa?. ¿No te acuerdas de lo que te hizo? Vas a volver a caer en eso, con todo lo que pasamos en la familia, lo que nos separó a ti y a mí, y yo soy el mierda de hermano después de todo. El que no aprendes eres tú.

Meli le lanza a Javi la copa de agua en la cara.

Me echo hacia atrás al recibir algunas de las gotas que han salido despedidas.

— *Honey*. —El británico i ntenta quitarle la copa, asustado con la agresividad de su esposa.

— ¿Qué coño haces? — le grita Javi a Meli.

Tomo la mano de Mario para que se aleje.

— Hija, ¡qué has hecho! — grita Carmen.

— ¡Ya está bien! — José golpea la mesa.

— Así te refresco la memoria un poquito — le recrimina Meli al mayor — . No cuentes la historia al revés. Ella no fue la que le hizo sufrir, hermanito. No escuches esos cuentos.

— Hija de… — masculla.

Meli escapa una risa irónica mientras deja la copa sobre la mesa.

— Javi, calma — le advierte Mario.

El mayor, al sentir el peso de las miradas, se marcha a paso decidido por el pasillo que da la puerta de salida. Carmen va tras él.

— Melisa, ¡se te ha ido de las manos! — le regaña su padre.

— Eres tú el que ha criado a un impresentable.

— Ve a por tu hermano, Mario — le pide José.

— ¡Y una mierda! — grita Meli. Su marido la abraza para que rebaje su enfurecimiento — . ¡Que se defienda solo! ¿No es eso lo que le dijiste siempre a Mario?

— Meli, no entres en eso. Por favor. — Mi adonis intenta calmar a su hermana, pero ella está fuera de sí.

— Mario, ve a por tu hermano — insiste José.

— ¡He hecho un viaje en avión con toda la puta ilusión del mundo, para tener que aguantar esta mierda! — le grita Meli a su padre — . Mi hijo no se criará aquí, por suerte. Ojalá mi bebé no pase por lo que pasamos nosotros.

— Meli, es intolerable tu comportamiento.

— Me marcho, papá. Mario, te llamo mañana. — Besa la mejilla de mi adonis — . No dejes que lo hagan otra vez. Sabes a lo que me refiero. Es el momento, ¿de acuerdo? ¿Me estás escuchando?

— Sí.

Meli se hace con su bolso y con la chaqueta mientras su marido va tras sus pasos.

— Intenta estar bien, por favor. No te alteres en este estado — le advierte Mario — . Avísame cuándo llegues a casa. Y ten cuidado en el avión.

— Gracias por aparecer, Lola.

— Buen viaje — respondo tímidamente.

— Será mejor que hable con Javi.

— ¡Deja de ocuparte de él! Para eso tiene un padre y una madre. Si no trabaja, está todo el día en el bar, trapicheando, se despierta a mesa puesta y la ropa impoluta porque mamá se la lava, que sean ellos los que dejen de darle la vida de rey que lleva. Los demás hemos tenido que trabajar y estudiar al mismo tiempo.

— Meli, es mejor que hable con él.

José se pone a recoger la mesa, a manotazos, fuera de sí por las duras palabras de su hija.

— A ver si madura de una puta vez — termina Meli.

Estoy petrificada viendo la escena.

— Adiós, papá.

José no le responde. Melisa se marcha a paso acelerado por el pasillo en cuanto él evita la despedida.

— Papá, ¿no vas a decirle nada? — le apremia Mario — . Papá, por favor.

El británico me mira antes de ir tras su esposa. Me encojo de hombros sin saber qué decirle.

— Me avergüenzo de lo que le habéis hecho a Javier — masculla el patriarca — . Habrá cometido muchos errores contigo, ¡pero es buena persona! No me siento orgulloso de que mi hija lo humille de ese modo.

— Papá, Meli solo quería…

— ¡Llévate de aquí a Lola! Se acabó la comida familiar.

Me acerco a mi adonis y lo tomo del brazo.

José se lleva el montón de platos hacia la cocina, dejando plantado a Mario en el salón.

— ¿Estás bien?

— Vámonos, Lola.

— ¿Qué es lo que ha pasado? No entiendo nada.

— Es imposible comprender esto. Demos un paseo. Necesito tomar un poco de aire.

— Lo que quieras. Voy a por mi bolso. Tranquilo, no voy a dejarte solo después de esto.

— Luego te invito a cenar. — Abre sus brazos para que acapare su cintura — . Es lo menos que puedo hacer después de esta bochornosa escena.

— ¿Por qué hablan así de mí?

— Por un momento me dejé llevar por la esperanza de que todo hubiese cambiado en esta casa.

***

*20 de abril del año 1998, en Barcelona*

*Narra Mario*

Remuevo mi plato de macarrones, sin ánimo. Estoy agotado. Me muero de sueño.

— Mario, ¿qué te ha pasado en el labio? — pregunta mamá.

— Tengo el estómago revuelto, ¿puedo irme a la cama? Siento náuseas.

— Eso es de los nervios de los exámenes. A pesar de que te parezca horrible ir a una clase de mayores, queremos lo mejor para ti, y sabemos que llegarás muy lejos.

— Mi clase — replica Javi con desdén.

— No es la tuya. Has repetido dos veces, zoquete — le recrimina Meli — . Tienes diecinueve años y sigues suspendiendo.

— ¿Sabes lo que tienen las de mi clase y tú no? — Javi hace un gesto para simular los pechos de una mujer.

Siempre se burla de ella por no desarrollarse como a Meli le gustaría. Sabe que eso le duele. Está muy insegura con su cuerpo.

— Parad de una vez — nos regaña papá.

Cuando me pasaron a la clase de Javi, no pensé que mi propia familia sería tan cruel. Me dijeron que era por mi bien, pero estaban cavando mi propia tumba. Soy el juguete que romper y golpear para los de la clase de mi hermano.

— ¿Javi os ha contado lo que ha pasado hoy con Mario?

Siento la mirada de papá y mamá clavada en mí.

Bajo la vista al plato.

— Cállate, niñata — responde Javi a toda prisa.

— ¡Qué demonios ha pasado, Mario! — me regaña papá.

— Si no lo cuentas tú, se lo cuento yo, Javi.

— Te he dicho que te calles, ¡tabla de planchar!

— Lo haré cuando haya acabado de contarles lo buen hermano que eres — le reta — . Javi, cuando sus amiguitos estaban molestando a Mario, no ha hecho nada para defenderle. Le ha machacado como todos los demás. — Papá mira a Javi. Mamá me mira a mí, buscando respuestas — . ¿Sabéis qué le han regalado a Mario los amiguitos de Javi y el idiota de Javi? Vamos, hermanito, cuéntaselo tú.

— ¡Cállate!

— Un biberón lleno de leche caducada.

Ni siquiera recuerdo un solo día, desde que pisé esa clase, en el que no haya vomitado el bocadillo a media mañana, nervioso por estar pendiente de por dónde atacan los amigos de Javi.

Es un infierno.

Yo no pedí esto.

— ¿Por qué te lo inventas, niñata? Esto…, mamá…, no estaba tan caducada. Está exagerando.

— Esta mañana parecía hacerte mucha gracia, a pesar de ver que nuestro hermano tenía un ataque de ansiedad.

— No estabas allí.

— Mamá, no estoy mintiendo. Me ha venido a buscar el director.

Cometí el error de pedir que ella me calmase. Estaba tan asustado por no poder respirar, que no pensé en las consecuencias de su cabeza recordando la imagen de mí sufriendo.

— Meli — murmuro.

— ¿Por qué no nos ha dicho nada el director? — cuestiona mamá, ofendida.

— Mañana iré al instituto, Carmen. ¡Es intolerable! Sus padres somos nosotros.

— Mario le ha pedido a Magno que no os llamase, porque siempre defendéis a Javi.

— ¿Cómo dices? — pregunta un enfurecido papá.

— Tenemos que hablar con el doctor Pelayo, José. No se está adaptando a la nueva clase y es un problema para su futuro.

Tener un coeficiente intelectual alto no me parece una bendición, como dicen los médicos, papá y mamá. Ya es bastante duro que todos me vean diferente en el instituto. Ni siquiera Isaac, que ha sido mi mejor amigo durante años, ha querido saber más de mí cuando le dije que era superdotado.

— Basta — suplico.

— Mario, ¿qué se supone que te han hecho? — pregunta un incrédulo papá.

— Nada.

— De verdad que esto es agotador — masculla mamá — . Mario, ¿puedes dejar de callarte todo lo que te pasa?

— Le han ahogado con un babero — responde Meli, orgullosa de poner a papá y mamá contra nuestro hermano mayor — . Javi se ha reído de él en vez de defenderlo.

— ¡Eso no es así! ¡Imbécil!

— ¿Yo soy la imbécil? — Se carcajea Meli.

— Deja de ser una respondona — le regaña mamá.

— Acaba de insultarme, ¿pero la culpa es mía?

— ¡No me respondas!

No quiero volver a vivir lo del babero al cuello cortándome la respiración. Aún siento la quemadura de la cuerda en mi piel.

Cuando han intentado meterme el biberón en la boca, he cerrado los labios y apretado los dientes, con tanta fuerza, que he notado que sangraba. Javi se reía, aguantando la puerta del baño para no recibir visitas mientras los suyos me obligaban a tragarme la leche del biberón. El líquido olía a muerto y he sentido unas enormes ganas de vomitar. Me he tragado mi propia bilis para que no me hiciesen algo peor por vomitar.

Cuando se han cansado, me han dejado tirado en el suelo del baño, con la ropa empapada de leche caducada, mi labio inferior cortado, sangrando, y sufriendo un principio de ataque de ansiedad.

He salido rectando hasta el pasillo, donde me ha encontrado el conserje; temblando, encogido, llorando mientras tomaba grandes bocanadas de aire.

Sí, mi hermano ha cerrado la puerta del baño aun sabiendo que me dejaba en medio de una crisis.

— Era una broma, ¡niñata! — le reprocha Javi.

— ¿A eso le llamas gastar una broma? Qué divertido eres, Javier. No me puedo reír más contigo.

— No puedo más. — Llora mamá — . Juro que no puedo más, José. Lo del niño se nos va de las manos. ¡Hablaré con el psiquiatra!

— Todos los días lo mismo — nos recrimina papá — . ¡Me tenéis hasta los cojones! ¡A la

cama sin cenar! ¡Los tres!

— ¡Y ahora nos quedamos sin cenar por culpa de Javi! — protesta mi hermana — . ¿Es que no vais a decirle nada?

Sé que Meli cree que nuestros padres y profesores son salvadores, pero a veces ellos no pueden estar delante de lo que me hacen. Solo puedo esperar a que acaben de torturarme o huir a la cancha de baloncesto si me da tiempo a esquivarlos.

— La niña está en la edad del pavo, José. Es insoportable. Ponle un castigo.

— ¡Deja de ser la defensora de tu hermano, Melisa Vila Font! — le grita papá a la única con cordura — . ¡Ya está bien de esa actitud sobreprotectora con tu hermano! ¡Mario se las puede apañar solo!

— ¿Ahogándose?

— ¡Melisa, no me contestes! — grita aún más enfurecido.

— ¿Vas a castigarme por decir la verdad?.

— Melisa, ¡no vuelvas a contestar o te quedas sin fiesta de cumpleaños! — amenaza mamá.

— Me da igual quedarme sin cumpleaños. Pensaba irme con Mario a comer una hamburguesa cerca de la playa. Ahorraos el dinero y toda la gente que iba a venir.

— Tu hermano tiene que defenderse solo. ¡Deja de actuar como si fueses su madre! ¡Soy yo! — le reprocha mamá — . ¡Tiene que hacer amigos en su nueva clase! ¿Acaso ves normal que vaya con tus amigas a todas partes?

— ¿Por qué has imaginado que Mario no se defiende? — Señala el corte en mi labio.

Agacho la cabeza para que no vuelvan a fijarse en la herida.

— No me hables así, Melisa Vila Font. Basta.

— Entonces, no te hablaré más.

— Definitivamente, no vas a tener regalos de cumpleaños. ¡A tu cuarto sin cenar!

Me marcho corriendo a la habitación, al borde del llanto.

— ¡Mario, no se te ocurra cerrar la puerta! ¡Lo tienes prohibido! — me grita papá.

— ¡Hijo, no te metas en la cama para huir de los problemas! — continúa, en el mismo tono, mamá.

Me lanzo sobre la cama, me hago hueco en el poco tamaño de esta, y me cubro la cara con la almohada. Al otro lado, siguen los gritos de papá y mamá contra Meli.

— No se lo vuelvas a contar a la cría. — Aparece Javi al lado de la cama — . Mis amigos y yo solo queríamos gastarte una broma. La próxima vez, mantén la boca cerrada, cerebrito — susurra cerca de la almohada, en un tono amenazante — . Me va a costar la puta paga de la semana por tu culpa. Calladito. — Presiona la almohada para atraparme contra el colchón.

Sé que me lo hará pagar mañana, a la hora del descanso.

# CAPÍTULO 6. GOTAS DE LLUVIA

Otro trueno hace vibrar los cristales de la enorme ventana que da al balcón del piso de Mario.

— Menuda tormenta.

— Será mejor que me marche al hotel. Pediré un taxi. Gracias por la cena. — Acaricio su mejilla.

— ¿Por qué no te quedas a dormir? — me espeta.

Su mirada es insegura; sin rastro de seducción como en otras ocasiones. Lo que ha ocurrido en casa de sus padres nos ha dejado completamente abatidos. No hemos vuelto a ser los mismos.

— Mario, creo que los dos necesitamos descansar. Si me quedo...

— Me refiero a…, bueno…, a… — titubea — . Puedes dormir en mi cama y yo en el sofá. Solo quiero despertar contigo, desayunar juntos, llevarte al hotel a por tu maleta y acompañarte a la estación de tren. No es lo que piensas. — Baja su mirada y retuerce los dedos en un movimiento nervioso — . No es lo que… piensas — insiste.

Su postura pierde firmeza. Ahí está ese lado vulnerable.

— Lo que ha pasado hoy nos ha hecho daño. Ya sea que me quedase esta noche o no, sigo necesitando respuestas que no me estás dando.

— ¿Qué respuestas? — dice en tono reservado.

— Sobre ti.

— Lola, siento lo de la comida.

— No me estás contando todo lo que hay en tu vida. Hoy he encajado un golpe del que no logro recuperarme. No sé qué hice tan malo tratándose de ti.

— No hiciste nada. — Es incapaz de sostener mi mirada.

Ha evitado la conversación durante nuestro paseo por el Retiro, durante la cena y tomando una copa en su casa.

— Mario, he escuchado muy bien las palabras de Javi y las de Meli. Tu padre prácticamente me ha echado de su casa.

— Lo que ha pasado es una parte de mi vida que no quiero que conozcas. No debías haber vivido eso.

— ¿Y dónde me deja eso cuando comparta mi vida contigo? Quiero entenderte, Mario, pero también necesito confiar en ti.

— ¿No confías en mí? — Alza la vista para encontrarse con mis ojos, completamente desconcertado.

— Creo que no lo hago del todo porque no me estás dando esas respuestas.

— Lola, quédate.

— Esa duda va a estar siempre entre nosotros, hasta que no me sienta con fuerzas para aceptar tu manera de evitarlas.

— No es algo bonito, ni fácil de explicar. No quiero hablar de eso, porque si tú…

— Mario — interrumpo sus palabras — . Es mejor que dejemos esta conversación aquí. No dejo de darle vueltas a que, si lo nuestro sigue adelante, volveremos a tener esta conversación en un tono más doloroso que el de hoy. Yo necesito respuestas y tú no me las vas a dar. — Me

pongo en pie, indicándole que no me quedaré a dormir. Mario niega con la cabeza — . Entenderé que mañana no vengas a la estación de tren a despedirte después de esto. No es fácil para ninguno de los dos dejar una pausa hasta que estés preparado para abrirte a mí.

— Lola — pronuncia en tono suplicante.

— Te amo, pero… — Señalo la puerta — . Buenas noches, Mario. Descansa, ha sido un día demasiado largo.

Cuando intento pasar por el estrecho espacio entre la mesa de centro y sus piernas, mi adonis me toma de la mano para evitar que dé un paso más.

— No te vayas — suplica de nuevo.

Desvío la mirada hacia la unión de nuestras manos. Me duele perder esto.

— Lola…

Nuestros ojos vuelven a encontrarse. Su mirada me transmite tristeza e inseguridad.

— De pequeño, tenía un comportamiento diferente al resto. — Rompe con su silencio — . Hacía cosas que no eran propias de un niño de once años. Los profesores reunieron a mis padres, alarmados por mi comportamiento. — Mi corazón se acelera al escuchar su pronunciación cargada de dolor — . Iba muy avanzado en clase y… Ehm… Tan avanzado que, a los doce años, me pasaron a la clase de mi hermano.

Me acomodo en la mesa de centro, cara a cara.

Me siento abrumada por sus palabras.

— En las pruebas clínicas, descubrieron que respondía de forma exitosa a ciertos estímulos, que ante cosas injustas me alteraba mucho, que quería pasar demasiado tiempo a solas para entretenerme con cosas que no eran juguetes, que me acordaba absolutamente de todos los detalles de lo que me rodeaba y mi forma de hablar no cumplía el estándar de mi edad.

— ¿Qué significa todo eso?

— Tengo altas capacidades, Lola.

— ¿Qué? — Trago en gordo.

De las respuestas que imaginé que iba a decirme, desde luego, esto no se me había pasado por la cabeza.

— Tengo superdotación. En la última prueba obtuve 147 de coeficiente intelectual. Es una puntuación muy superior a la media de la población. Ehm…, yo… — Traga con dificultad, nervioso — . Aunque hay resultados más elevados que el mío.

Siento un ligero mareo. La vista se me nubla. Miles de imágenes se agolpan en mi cabeza: él en clase, estudiando en mi casa, su actitud durante la entrega de las calificaciones que nunca revisaba, y sus constantes viajes a la psicóloga del instituto.

Entonces, el apodo de sus amigos viene a mi mente. ‘Clever’ cobra sentido. Ellos sabían que su cabeza era extraordinaria, precisamente por su coeficiente, pero no les presté suficiente atención en el bar. En realidad, nunca dediqué el tiempo suficiente a entender la mente de Mario.

— Cuando me cambiaron a la clase de mi hermano, mi vida empeoró. — Frota su nuca para rebajar la tensión de su cuerpo — . Mi familia me presionaba, los médicos no me daban tregua, perdí a Isaac, y me perdí a mí mismo. Empecé a buscar salida de un modo equivocado. Tan equivocado…, que intenté quitarme la vida.

Estoy completamente bloqueada. No puedo ni pestañear. Se me ha quedado la garganta seca.

— Volví a tu clase cuando me diagnosticaron Trastorno de adaptación. Se dieron cuenta de que cambiar a una clase de mayores había sido una decisión equivocada y que eso había afectado a mi salud mental.

— Por eso nunca nos vimos antes — murmuro.

— Aparecí de repente en tercero, con catorce años y arrastrando mucho dolor.

Se repasa los dientes con la lengua. Frena el lloro a duras penas. Carraspea para bajar el llanto aferrado a su garganta.

Alexia tenía razón.

— Ese trastorno lo arrastro desde entonces, aunque me dieron estrategias para controlarlo en los momentos de mayor estrés. El doctor Miralles me cuidó mucho al alejarme de uno de los peores médicos del hospital. — Me toma las manos y las besa, suplicante — . Lola, entiendo que, ahora que lo sabes, todo cambie entre nosotros. Puede que pienses que estoy loco o que…

Me lanzo sobre él y lo abrazo con todas mis fuerzas. Me recibe como si hubiese necesitado esto mismo desde que ha empezado a confesar su pasado. Rodeo su cuello con mis brazos y encajo nuestros cuerpos, a horcajadas sobre él.

— Lo siento, Mario. Creí que era algo típico de un hermano mediano enfrentado a sus padres, no esto. — Apoyo mi frente sobre la suya. Mario niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza — . Las personas que te importan deben darte aliento, no quitártelo. Yo te hubiera dado mi aliento si te hubiera faltado en esos días en los que estabas tan mal. — Vuelve a encontrarse con mis ojos — . Te quiero, así.

Lo abrazo de nuevo, apretándolo fuerte contra mi cuerpo. Mario pasa sus brazos por mi cintura y se deja llevar por mi cariño.

— ¿Te he asustado, Lola?

— No. — Me separo del abrazo para encararlo. Beso sus labios — . Deberías poder hablar de esto sin miedo a lo que piense. Es parte de ti.

— No quiero que forme parte de mí.

— Pero lo es.

— Lola, me siento pedante todo el tiempo, no soporto los errores, no encajo con los demás, nunca es suficiente lo que aprendo y hago. Las 24 horas del día; vivo permanentemente insatisfecho.

— Pero eso encaja en mi vida, Mario. Siempre encajaste y no va a cambiar nada que yo ahora lo sepa. — Besos sus labios — . Todas esas rarezas de las que hablas son lo que admiro de ti. Me gusta lo exigente que te muestras, la cantidad de cosas que sabes, lo detallista que eres, tu forma de ser reservada con la gente, lo mucho que me haces reír cuando algo te descuadra…

— Yo lo hubiese descrito de otro modo.

— ¿Y sabes una cosa más? Voy a quedarme a dormir. Siento que es el día más importante que hemos tenido juntos, jamás, por lo que quiero que me cuentes todo sobre lo que pasaste, aunque no duerma en toda la noche. De verdad quiero escucharte.

Mario suspira, aliviado.

***

No dejo de dar vueltas sobre el colchón. Las sábanas huelen a él. Es como si estuviera aquí conmigo, pero sin el calor de su cuerpo arropándome.

— Necesito un vaso de agua. — Huyo de ese perfume de sensaciones entre excitación, desesperación por tenerle y miedo a que amanezca.

Abro la puerta de la habitación con cautela.

Al poner un pie en el pasillo, me doy cuenta de una pequeña luz que proviene del salón.

Para mi sorpresa, me encuentro a un Mario recostado en el sofá-cama, leyendo un libro.

— ¿Qué haces despierto?

No se asusta con mi interrupción a las dos de la madrugada.

— No tenía sueño. — Pasa la página — . ¿Y tú? ¿Por qué estás despierta?

— Quería un vaso de agua.

— Hay fresca en la nevera, si lo prefieres.

Sigue pendiente del libro, pasando la página con el pinzar de sus dedos mientras me sirvo el vaso de agua directamente del grifo.

Me gusta lo que veo en él. Esta noche lo siento especialmente distinto.

— ¿Es por lo que hemos hablado?

— Le estaba dando demasiadas vueltas a lo que viví. Decidí leer un poco para despejar mi cabeza.

— ¿Qué lees?

— Un libro que me recomendó Filippo. Quiero mejorar mi nivel de italiano.

— ¿De qué trata? — Apuro mi vaso.

— Es una novela policíaca. — Pasa otra página.

Discuto conmigo misma sobre cuál es el camino que debo tomar. No me esperaba que estuviese despierto.

Avanzo unos pasos al frente, mirando de reojo el pasillo y la puerta que va a la habitación de donde he escapado. En el fondo no quiero volver ahí.

— Se me da mejor leer si estás cerca de mí, Lola — interrumpe mis pensamientos.

— ¿Cómo?

Mario descubre el lado derecho del colchón, invitándome a ir con él.

— Solo un ratito — musito.

En cuatro pasos me posiciono delante del sofá-cama. Me siento en la esquina del colchón, observando a mi adonis. Estira la mano para invitarme a ir con él. Avanzo a gatas por el colchón mientras abre su brazo para que pueda reposar mi cabeza en su torso. Lo hago, torpemente.

— ¿Estás cómoda?

Mario posa su mano a mi espalda, y en una ligera presión de esta, me encaja sobre su postura.

— ¿Te molesta que siga leyendo, Lola?

— Más bien me excita verte leer.

Paso mi pierna por encima de las suyas, encajando nuestros cuerpos. Mi sexo roza su pierna. Hundo mi cara en su camiseta y estiro de la tela al sentir el hormigueo en mi sexo. Mario contiene la respiración en cuanto siente que le subo la camiseta y nota el calor de la palma de mi mano en su vientre.

— Sigue leyendo. No pares ahora…

Mario pasa la página.

— Siempre me gustaron tus lunares... — Acerco mi boca mientras le subo la camiseta hasta el lomo del libro, dejando su torso al descubierto — . Tan tuyos... — Mi aliento cálido sobre su pezón hace que rompa un leve gemido en su garganta. — Era inevitable llegar a este punto.

— Lo era — responde conteniendo la respiración.

— Tenías razón. — Beso su pezón, recreándome en el pinzar de mis húmedos labios al acaparar su dureza — . Tenía que quedarme a dormir.

Mario abre las piernas para que mi vaivén al rozar mi sexo en su derecha sea más intenso.

Gimo al sentir otra placentera fricción entre mis piernas. Sigo con un reguero de besos por su torso mientras me muevo lentamente contra su muslo.

Llevo mi mano al borde de la goma de la cintura del pantalón. La cuelo por debajo de la pieza y descubro que no lleva calzoncillos. Tanteo su pene. Gime en cuanto atrapo su erección con la mano y doy sacudidas lentas, recreándome en su largo. Escapa otro gemido cuando rozo el dedo pulgar en su glande, usando la humedad de su excitación para darle placer.

— Fui una estúpida al no invitarte a dormir conmigo en tu cama.

Descubro la sábana, y al ver mi mano por debajo del pantalón, me excito más aún.

— Pero estás aquí ahora.

Le arranco el libro y lo lanzo al suelo.

— Luego sigues — propongo en un tono seductor.

Deslizo su pantalón mientras Mario alza sus caderas para que pueda deshacerme de la pieza.

— Lo quiero todo de ti, adonis.

— ¿Cuándo empezaste a llamarme así?

— Acabo de tener un *déjà vu*, Mario.

Acaparo su glande con mis labios recreando aquel sueño que tuve la primera noche en el hotel.

Al recolocarme sobre el colchón, doy con mi reflejo en la ventana. Me gusta lo que veo en mí y lo que veo en él. Dejo que su dureza entre lentamente en mi boca mientras me deleito con esa imagen que detestaba de mí. Disfruto de ver sus manos entre las puntas de mis cabellos mientras lo recorro con mi lengua. Arquea la espalda, preso del placer, y esa imagen brutal, excitante, poderosa, me da alas.

— Lola, sigue — gime con fuerza en cuanto hago que su largo entre y salga de mi boca.

Mario escapa mis cabellos y clava sus dedos en el colchón en cuanto acelero la masturbación con mi boca. Me siento gustosa viendo la penetración en el reflejo.

Está muy excitado. Trago los rastros de su placer mezclándose con mi saliva.

— Y pensar que rechazaba el sexo oral — musito cerca de su glande mientras sigo mirándome en el reflejo.

— Me correré si sigues haciendo eso.

— No, quiero más.

Me coloco a horcajadas sobre él, le quito las gafas y las dejo en la mesa auxiliar.

— Bésame — me ordena.

Abrimos nuestras bocas con desesperación, apasionados en el danzar de nuestras lenguas, que se buscan con necesidad.

Mario cuela sus manos por debajo de la camiseta mientras sigue besándome ferozmente. Llega a mis pechos, los acapara con sus grandes manos y hace una ligera presión de sus dedos en ellos. Cuela mis pezones entre la separación de sus dedos y los cierra, pinzándolos ligeramente. Gimo sobre su boca al sentir esa sensación tan placentera. Eso le invita a volver a acapararlos en el espacio entre sus dedos y pinzarlos. Escapo de su boca al gemir descontrolada.

Pasa su dedo pulgar por mis labios, llevándose la saliva de nuestros besos y vuelve a colar su mano por debajo de la camiseta. Moja mi pezón con el suave roce de la yema del dedo y lo acaricia en círculos mientras con la otra mano sigue jugando a pellizcarlo entre el hueco de sus dedos.

— Mario… — suplico.

Toma el borde de la camiseta y estira de ella para quitármela por la cabeza. La lanza al suelo

mientras mira mis pechos en una expresión cargada de deseo.

Nos hace girar sobre el colchón hasta quedar atrapada bajo su cuerpo. Vuelve a besarme apasionadamente. Me dejo llevar por el ritmo que marca su lengua, su boca y los cambios de lado de su cabeza.

Recupero el aliento mientras Mario besa mi cuello, muerde mi hombro y sigue el recorrido de su boca hasta mis pechos. Besa el pezón que ha despertado con el pinzar de sus dedos y lo lame con la punta de la lengua, en círculos. Lo succiona con el roce de sus labios mientras me mira desde su posición.

— Hazlo otra vez — suplico.

Junta mis pechos y marca ligeramente sus dientes para acaparar a ambos. Se guía de mis gemidos para ser más o menos intenso con sus labios, su lengua y sus dientes.

— Mario me… — gimo al sentir que mi sexo palpita.

Se aleja y observa mi expresión.

— ¿Te has corrido alguna vez haciendo esto? — Acaricia el contorno de mis pechos con las yemas de sus dedos.

— No.

— Entonces vamos a tener una noche de sexo muy larga. — Sonríe de lado, soberbio.

Tiro con decisión del borde de su camiseta y se la arranco por la cabeza. Trago con dificultad al ver su fibrosa figura. Me atrae mucho la firmeza de su cuerpo. Mario no es el mismo desde la última vez que lo vi desnudo. En esa cancha de baloncesto su cuerpo era muy delgado y tenía una postura más tímida ante mí. Lo que tengo delante supera ese recuerdo. Esa noche era un crío del que estaba enamorada y me excitaba, pero yo no era lo suficiente adulta para verlo cómo lo veo ahora.

Mario cuela sus pulgares por la cintura del pantalón y desliza la goma por mis caderas, por mis muslos, hasta que topa con mis rodillas pegadas al colchón. Abro mis piernas, haciendo que el pantalón ceda a mi antojo.

— Lo que me gusta esto… — Mira mi sexo al desnudo y empapado.

Mario toma mi mano derecha y la posa sobre mi vulva. La rozo con las yemas de los dedos, impregnándome por completo de mi humedad. Mi vista se nubla y pierdo la firmeza en mis piernas, apoyándolas por completo sobre el colchón.

— Mueve tus dedos… — me pide con la voz ronca — . Quiero verte. Tócate.

Me arranca el pantalón enredado a mis pies en cuanto hago círculos con mis dedos sobre el clítoris. Se relame los labios mientras mantiene su vista en la fricción de mis dedos. Se muerde el labio inferior en cuanto golpeo mis dedos en mi clítoris y arqueo mi espalda con el gusto que eso me provoca.

Tantea sus dedos en mi vagina. Asiento con la cabeza y los cuela dentro, lentamente, mientras sigue pendiente de la rapidez de mis dedos. Me masturba al mismo ritmo que vuelvo a darme pequeños golpecitos en el clítoris.

— No te corras aún — me exige — . Me gusta verte.

Se lanza a por mis pechos. Los besa, los lame, pellizca ligeramente con sus dientes mis endurecidos pezones, mientras sigue acelerando el movimiento de sus dedos. Sigo acariciándome al mismo tiempo que él me penetra.

— Quiero más — pronuncio a duras penas mientras acompasamos los movimientos.

Mario desliza sus dos dedos y al volver a tantear mi entrada, lo hace con tres. Lentamente, viendo mi reacción con su cara pegada a la mía, los desliza mientras gimo de placer.

— ¿Te gusta?

Asiento con la cabeza.

Dejo caer mi mano sobre el colchón, completamente fuera de sí al sentir sus tres dedos moviéndose dentro de mí. Se me quedan los gemidos atorados en mi garganta, no consigo controlar las miles de sensaciones por el intenso placer y empiezo a sudar del esfuerzo. En cuanto Mario ve que me cuesta respirar, frena sus movimientos y desliza sus dedos hacia fuera, lentamente.

Mi sexo palpita como nunca. Jamás sentí algo parecido antes. Ni siquiera sé si me he corrido o estoy al límite.

Lleva sus manos a la cintura del pantalón y tira de ella hasta quedarse desnudo mientras recupero el aliento. Se deshace de la prenda y la lanza al suelo.

— Esa mirada… — Me advierte en tono seductor.

— Quiero que follemos — balbuceo.

— Lola, no tengo condones. No sabía que esto iba a pasar.

— Tomo la píldora. Quiero hacerlo ahora, Mario. Ven aquí.

— Esto mejora por momentos. — Sonríe, pletórico.

Se hace hueco entre mis piernas, fijándose en su erección. Dirige su pene y se cuela dentro de mí, deslizándose con la humedad que desprende mi sexo.

— Estás muy caliente — gime. Aprieta sus dientes y los hace crujir —. Me gusta mucho — dice mientras se cuela por completo.

Llevo mis manos a la almohada y la aprieto con fuerza al sentir su ancho, su dureza y su calor. Mario empieza con una primera embestida. Sigue con dos, tres, cuatro seguidas. Disfruto del sonido de su piel chocar con mi piel, del vaivén brusco del colchón, de la estructura del sofá dando golpes contra la pared, y la luz de la lamparita tambaleándose a su ritmo de pelvis.

Giro la vista hacia el enorme ventanal. Mario sigue mi mirada.

— No nos ven — pronuncia sin apenas aliento.

Al morder mi labio inferior, se da cuenta de lo que me excita vernos en el reflejo. Se une a mirarnos a través del cristal.

Veo sus nalgas contrayéndose al tomar fuerza para penetrarme y de sus marcados músculos de los brazos para mantenerse firme sobre mí.

— Acabo de darme cuenta de lo que me gusta ver el sexo — confieso.

Cuela su mano en el pliegue de mi pierna y la alza sobre su hombro. Sigue con la penetración, impulsándose con el vaivén de su cuerpo y los golpes de pelvis, mientras muerde mi rodilla para liberar el placer.

Llevo mis manos al borde del respaldo del sofá, hundiendo mis dedos en el cojín para recibir con más firmeza sus embestidas.

— Lola…, me mata vernos.

— Y a mí, y a mí…

— Quiero un espejo en nuestra habitación. — Entremezcla su risa con un gemido de placer.

— Compraré el más grande de la tienda — pronuncio entre risas entrecortadas.

Su última embestida me hace palpitar. Escapo un sonoro gemido.

— ¿Vas a correrte?

— Sí. Sigue… Sigue… — suplico mientras nos miro en el reflejo.

Se muerde el labio con fuerza y echa la cabeza hacia atrás mientras sigue con sus embestidas.

— Sigue, sigue — suplico sin apenas aliento y arañando lo más que puedo el respaldo del

sofá.

En cuanto palpito con más intensidad, siento su explosión de placer dentro de mí. Sus movimientos de pelvis van aflojando mientras siento las palpitaciones suyas entremezcladas con las mías.

Grito de placer al sentir que llego al orgasmo. Poco a poco, dejo de tensar mi cuerpo, completamente abatida por las miles de sensaciones placenteras. Sudando y sin aliento, Mario culmina mirándonos en el reflejo de la ventana.

Al detenerse, besa mi rodilla, delicado en el roce de sus labios

— Brutal — pronuncio sin apenas aliento — . Yo no sabía que… No sabía… — titubeo. No consigo ponerle nombre a todo lo que siento — . No te separes de mí. Solo unos segundos más… — Acaricio su espalda mientras miro el brillo especial que tienen sus ojos.

Bajo la pierna que está apoyada a su hombro y apoyo mis pies en sus nalgas.

— Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida. Aún te siento — pronuncia entre risas mirando el encaje de nuestros cuerpos — . ¿Me estás pidiendo más?

— No puedo pararlo.

Se carcajea al escuchar que escapo sonoras risas.

Mi cuerpo está descontrolado. A pesar de estar agotada, sentir a Mario dentro de mí me gusta mucho. Siempre rechacé esto en el sexo porque me hacía sentir incómoda. Pero mi vida ha cambiado y yo lo he hecho con ella.

— Te amo — susurra sobre mis labios aun acompasando nuestras risas.

***

No hemos dormido nada en toda la noche. Sexo y más sexo, por toda la casa, hasta las nueve o las diez de la mañana.

— Ya hemos llegado, Lola.

Mario apaga el motor del coche al llegar al aparcamiento de la estación de tren.

— Supongo que es el momento.

— Eso parece.

— Me resulta difícil bajarme del coche y decirte adiós. — Acaricio su mejilla cubierta con una sombra de barba. No le ha dado tiempo a afeitarse — . Va a salir todo como queremos.

— Sí. — Besa la palma de mi mano — . ¿Quieres que te traiga la maleta o volvemos a casa y seguimos por donde lo dejamos?

— Lo sensato es tomar ese tren y no follar tres veces más en la barra de la cocina.

Acompasamos nuestras risas.

— Todavía te siento en mi boca.

— Y yo…

— Nuestra primera vez también fue especial.

— Ese día estaba muy nervioso.

— Creo que nos encontramos de repente con el orgasmo y no supimos reaccionar.

Ambos compartimos risas al recordar la torpe escena.

— Ya la segunda creo que me di más cuenta — continúa entre risas.

— Estuviste increíble. — Beso sus labios — . Tenía tan claro que eras tú la persona con la que quería el sexo — susurro sobre su boca — . Y no me equivoqué en absoluto. De hecho,

sigues siendo tú.

— Me moría de la vergüenza.

— Pues fue increíble. Elegimos el mejor momento y el mejor lugar. Siempre leía en las revistas de cotilleos que la primera vez dolía, que podía sangrar, y que, para evitarlo, debía practicar el sexo en una cama con unas sábanas preciosas, un montón de velas por la habitación y música romántica para crear ambiente. — Sonrío al pensar en esa pantomima — . Y tal cual fue, es el mejor sexo, hasta hoy. Fuimos torpes con el condón, lo hicimos en un tatami viejo y roído, y nos rodeaba un olor peculiar. — Asiente tímidamente y sus ojos se humedecen de lágrimas, emocionado con ese recuerdo — . Pero eras tú, abrazándome, besándome y haciéndome sentir especial, a pesar de ser el lugar más sucio de todo el instituto — pronuncio entre risas.

— Recuerdo que, entre el primer y segundo sexo, hacías rodar la pelota de baloncesto en tu dedo índice, haciéndome reír mientras me cubría a duras penas con las toallas que encontramos en el vestuario. Estabas preciosa con el cabello revuelto, los tirantes del sujetador a medio bajar, la toalla enredada a tu cintura, y ese brillo especial en tus ojos.

Sé que me sentía radiante a pesar de mi aspecto tras los revolcones en el tatami.

— Ojalá estar aquí más tiempo contigo — musito.

— Todo va a salir bien, tú lo dijiste.

— Sí. — Suspiro sonoramente.

Baja del coche y se va directo al maletero.

Salgo tras él.

— Hace solo seis días que esta escena pasaba justo al revés — murmuro al verle trastear en el maletero — . Ahora no me quiero ir.

Me quedan treinta minutos para subirme al tren que me lleva directa a Barcelona. Es ahora o nunca. Es el momento de hacer lo que siempre quise.

Mario vuelve a mi posición arrastrando la maleta.

— ¿Lista?

— En realidad, solo estoy ordenando nuestra futura vida juntos. No es una despedida, Mario.

— Suena perfecto.

— No me arrepiento de nada de lo que ha pasado en Madrid. Absolutamente de nada.

— ¿Qué harás al llegar a Barcelona?

— Iré a casa y hablaré con Gero. No creo que pase la noche allí. No podría.

— Debes estar tranquila.

Lo abrazo con fuerza, aprovechando los últimos segundos que me quedan junto a él.

— Lola, — susurra a mi oído — , He estado dándole muchas vueltas a… a… nosotros. — Lo encaro, desconcertada por su titubeo — . Quiero dejar el trabajo cuando acabemos la campaña.

— ¿Qué?

— Si cuando veas a Gero sientes que yo soy la persona que quieres que te acompañe el resto de tu vida, no me importaría empezar de nuevo donde siempre sentí que pertenecía. Las vacaciones de Navidad me permitirán ordenar mi vida en Barcelona.

— ¿Hablas en serio?

— Completamente en serio. Buscaré trabajo allí para incorporarme a un puesto en enero, si tú quieres.

— ¡Claro que quiero!

Nos besamos apasionadamente. Mario nos hace girar sobre nosotros mismos y acaba por apoyarme en la carrocería del coche. Llevo mis brazos a su nuca y presiono su boca para que

devore la mía. No es un beso de despedida, como mi cabeza imaginaba que pasaría, sino un beso cargado de ilusión y de emoción.

— ¿Enero? — pregunto en cuanto detiene el apasionado beso.

— Sí.

— Mario, te alejas de muchas cosas: tu familia, tu trabajo, tus amigos…

— De ti.

— No quiero que te sientas presionado porque...

— Quiero hacerlo, de verdad.

— ¿Por qué me gustas tanto? Ay, madre mía…

— Vete antes de que quiera más de lo que hemos hecho durante toda la noche. — Se muerde el labio, deseoso.

Escapo una carcajada.

— ¿Quieres más? — pronuncio entre risas.

— Dentro de mi coche, en los asientos abatibles. Cristales tintados. Mucho sexo.

— ¿Y ahora se supone que tengo que subir a ese tren después de lo que acabas de proponerme? — sigo entre risas.

— ¿Subes a ese tren o te llevo a los asientos traseros del coche? Me estás matando con este vestido. — Me repasa con la mirada.

— ¿Por qué es de color verde? — Subo ligeramente la falda para mostrarle mi pierna.

— Tú provócame y pierdes ese tren, listilla. — Palmea mi muslo.

Escapo de sus manos, entre risas.

Encaro mi maleta para avanzar hacia las puertas automáticas.

— ¡Te escribo cuando llegue a Barcelona!

— ¡Buen viaje, Lola!

Las puertas se abren a mi paso.

— ¡Oh, mira dentro!

— ¿Qué? — Niego con la cabeza al no entender bien sus palabras.

— Señorita, no interrumpa el paso — me ordena la de seguridad.

— Oh, disculpe. ¿Qué dices, Mario?

Mi adonis señala mis pies. La de seguridad me obliga a llegar al control de billetes mientras intento entender los gestos de Mario. Las puertas se cierran dejándolo al otro lado. Recibo una notificación en mi teléfono: «Mira dentro de tu maleta»

Me arrodillo en el suelo y abro la maleta. Aparece una caja de bombones de Cócó. Tiene una nota pegada en la cubierta.

— ¿Cuándo la ha dejado aquí dentro? He estado todo el tiempo con él. Oh, ya sé… ¡En el maletero!

— Señorita, está en medio de la entrada — me advierte la de seguridad.

— Dame un segundo. Solo será un segundo.

Leo la nota: «No fueron tres, fueron cuatro bombones los que presenté en mi trabajo de fin de carrera y que Cócó me dejó hacerlo posible. Prueba el “Dulce pecado” y adivina en qué me inspiré para describírselo a los maestros chocolateros. Te quiero. Mario».

Abro la caja de bombones. Ahí están los huecos que dejamos tras la apasionada noche en su despacho. Busco la referencia de “Dulce pecado”.

— Señorita, no puede detenerse aquí. Está impidiendo el paso a los pasajeros — insiste la de

seguridad en un tono desagradable.

— ¡Dame un puto segundo! — exijo.

El bombón es de color dorado y de forma redonda. Me fijo en el detalle de las líneas de chocolate en la superficie del bombón: son curvas en dos sentidos, como las de una pelota de baloncesto.

— ¡No te puedo creer! — grito entusiasmada —. ¡Ah! — Aplaudo mientras escapo otro grito de emoción.

Me llevo el bombón a la boca. Suspiro en cuanto siento el sabor del *toffee* mezclándose con el chocolate. Sé a qué se refiere en cuanto mi paladar y mi lengua se impregnan del dulce e intenso sabor. El chocolate pierde fuerza con mi recuerdo.

— Pase el control o márchese fuera, señorita. ¡No se quede aquí!

Los demás pasajeros se detienen y me observan al verme recostada sobre la maleta y sonriendo como una idiota.

Aunque este bombón lo he disfrutado en innumerables ocasiones, cobra un nuevo sentido. En nuestra primera vez, Mario guardaba un par de caramelos de *toffee* en el bolsillo de su pantalón; eran sus favoritos. La marca El Avión se hizo de oro con él cuando le quitaron los *brackets*. Mientras nos recuperábamos del sexo, compartió conmigo uno de ellos. Ambos comimos el caramelo, en silencio, abrazados en el viejo tatami. Era este mismo sabor, lo recuerdo a la perfección. Nuestros besos sabían a este *toffee*.

— ¡Señorita! — me reprende la de seguridad —. ¿Se encuentra usted bien?

— Bendito trabajo de fin de carrera… — gimo mientras despego el *toffee* de mis dientes, como la Lola que estaba entre los brazos de aquel tímido Mario.

## CAPÍTULO 7. LOLA YA NO TIENE MIEDO

Frente a frente, sentados en el sofá, todo lo que había ensayado en el taxi de camino a casa, es como si no tuviese sentido al verle la cara de enfurecimiento.

— Lola, llevas cinco minutos sin decir nada con sentido — me reprocha Gero — . Me estás poniendo nervioso con tanto preámbulo con el director de la campaña de publicidad y no sé qué mierdas de un hotel y de la lluvia. ¡No entiendo nada!

Busco un cojín del sofá y lo abrazo con fuerza. Me tiembla todo el cuerpo. Estoy cagada de miedo.

— Sé que podía haber hecho las cosas mejor, pero han ocurrido así.

— ¿Qué cosas…? — Arrastra sus palabras mientras mira su reloj.

— El director de la campaña es, en realidad, a la persona a la que quiero. — Su expresión cambia por completo y deja de observar las manijas — . Él y yo…, pues…. — Se yergue ante mí — . Mario y yo… Ehm… No hemos podido evitar que pasase. Nos amamos y mi semana en Madrid ha sido perfecta para darnos cuenta de lo que sentimos el uno por el otro. Sé que ponerte los cuernos no justifica lo que…

— ¿Te has follado a otro tío? — Me arranca el cojín de las manos y lo lanza al otro lado del salón. Da de lleno contra la pared — . ¡Lola, contesta!

— Gero, cálmate.

— ¡No me digas lo que tengo que hacer! — grita a pleno pulmón.

— Quiero el divorcio.

Se pone en pie y da vueltas sobre sí mismo, sin rumbo.

— Lo nuestro no funciona y solo estamos alargando algo que nos hace daño. Divorciarnos ya era la mejor opción antes de que yo fuese a Madrid.

— ¡Cómo has podido hacerme esto! ¡Vete a la mierda, Lola! — grita enfurecido.

— No me chilles.

— ¿La culpa de que no funcione la relación es mía y por eso te follas a otro?

— Quiero afrontar esto con madurez y respeto. Te pido que colabores.

— Respeto... — Da una puntada de pie al sofá, descargando la rabia. Me tambaleo en el asiento — . ¡Qué coño te ha pasado en Madrid! ¿Me llamas para montarme una escena, pero ya te estabas follando con otro?

— Deja de decir eso, por favor.

— Claro, porque te enamoras, en seis días, de un tío que trabaja contigo y es mucho más bonito para contárselo a tu amiga Alexia. ¿Te has drogado o qué te pasa? — Golpea su sien con los dedos.

— Llevo enamorada de él dieciséis años, Gerónimo.

Agarra uno de los jarrones de la cómoda y lo lanza al suelo con toda la rabia que le nace. Grito en cuanto la figura estalla en mil pedazos junto al sofá. Siento un escozor en mi mejilla. Al palparla, me mancho de una pequeña gota de sangre. Un trozo de cerámica me ha cortado.

— Gerónimo. — Me tiembla la voz, asustada.

— ¡No me esperaba esto de ti! — Da un puñetazo en el respaldo del sofá haciéndome rebotar en él — . He trabajado duro, muy duro, para darte todo lo que necesitabas para ser feliz. He

levantado una empresa pensando en darte la mejor vida. Todo lo que he hecho ha sido por y para ti.

— Gerónimo, por favor, cálmate y hablamos tranquilamente. — Palpo de nuevo mi mejilla. Observo la mancha de sangre en la yema de mi dedo.

— El martes me voy a Tokio. Cuando vuelva del viaje, no quiero ver una puta sola cosa tuya aquí. Búscate la vida la semana que viene para llevarte tus mierdas.

— También es mi casa.

Gero da pasos hacía mí y pega su cara a la mía, amenazante. Contengo la respiración.

— Alexia te hace un flaco favor llenándote la cabeza con tanto amor romántico. ¡Poca personalidad tienes y encima te la manipula! Bendito Jesús, lo que tiene que aguantar con esa zorra. Ve a vivir con ella. Veremos si te aguanta dos días seguidos.

— No hables así de Alexia. No te lo permito.

— Vas a permitirme lo que me salga de los cojones. Espera, espera, espera… — Suelta una sonora carcajada de incredulidad — . Seguro que ella sabía que te estabas follando a otro y te ha aplaudido. Es como si lo viese…

— Quiero comprarte tu mitad del piso — le espeto.

— ¿Para vivir con él? ¿Eh? — Se repasa el labio inferior con la lengua, en un gesto desafiante — . No pienso venderle algo que es mío. Ya se ha follado algo mío, así que se busque la vida.

Escapo hacia el pasillo por no pegarle una bofetada que lo devuelva en sí.

— Lola, ¡dónde coño crees que vas!

Corre hacía mí y tira de mi hombro para que frene mis pasos. Estoy justo delante de la puerta. Debería irme antes de que esto empeore.

— No me toques — mascullo.

— Yo pagué la reforma, los muebles y los electrodomésticos. — Me golpea en el hombro haciéndome tambalear hasta dar con la pared para sujetarme — . ¡Pablo te paga una puta mierda de sueldo como para mantener este nivel de vida que tanto dices que detestas! No se puede dividir nada, porque lo he pagado todo yo.

— Esto no es vida. Mírate… — Masajeo mi hombro al sentir el dolor que ha provocado su golpe — . Acabas de decir que…

— ¿Qué? ¿Eh? ¿Qué? ¡Habla! — me reta, burlándose de mi titubeo.

— No me trates así. No me lo merezco.

— ¿Qué has dicho?

— Mira esto. — Le muestro mi mano temblorosa del miedo y mi dedo manchado de sangre — . ¿Es esto amor, Gerónimo? ¿Temer a tu comportamiento es el amor que querías darme el resto de mis días?

Aparta mi mano de un manotazo.

— ¡Deja de manipularme! — me ordena.

— No tienes corazón, Gerónimo.

Las lágrimas caen por mis mejillas.

Me castañean los dientes del miedo.

— Llévate tus cosas esta semana o cambiaré la cerradura y no podrás quedarte con nada. — Me toma el brazo y me zarandea — . No pienso darte un solo centímetro de esta casa. — Giro la cara en cuanto la suya se acerca a la mía. Cierro los ojos con fuerza — . Me das asco. Hueles a otro tío — masculla.

Me suelta el brazo, con desdén.

Abro los ojos.

Mis lágrimas no aflojan su expresión de ira.

— Vete de mi puta vista — me ordena.

Tomo la maleta y me marcho; huyo de su lado furioso.

***

Papá no deja de mirarme. No se ha separado de mí ni un solo segundo desde que llegué llorando en un ataque de pánico por la discusión con Gero. He tenido que mentirle sobre la pequeña herida en mi mejilla para no preocuparle.

— Hija, ¿seguro que estás bien?

— Sí, papá. — Abrazo con fuerza el cojín.

Aún siento el golpe de Gero en mi hombro. No es un dolor solo físico.

— No entiendo nada, pequeña.

— No hay nada que entender. Gero y yo somos incompatibles.

Mamá aparece en el salón mientras muerde un trozo de zanahoria.

— Yo sí lo entiendo — afirma mamá.

Se ha dado cuenta de mi herida en la mejilla en cuanto he pisado esta casa y ha negado con la cabeza al pensar en el dueño del daño. He apartado su mano de mi cara y le he pedido paciencia.

— Estoy con Mario — confieso.

Mamá deja de masticar, atónita.

— Mario... ¿Mario el de…?

— Sí, el del instituto, papá.

Busca la mirada de mamá. Ella no pestañea y mantiene el trozo de zanahoria entre sus dientes.

— Vamos a empezar una vida juntos, al fin.

— ¿El que se fue a Madrid? ¿El chico ese tan listo que venía a casa? — cuestiona papá.

— El mismo. Va a volver a Barcelona. Él también se está divorciando de su esposa.

— Oh, vaya… — Se sorprende papá.

— Siempre supe que estabas enamorada de ese chico.

— ¿Tú sabías eso?

— ¡Si se veía clarísimo, Fernando!

— Yo no vi nada — se ofende papá.

— Si hasta pensé que se enrollaban en la habitación.

— ¿Con mi hija? — exclama.

Mamá se carcajea al ver la cara de espanto de papá.

— Si eran dos críos.

— No tan críos, Fernando.

Miro mi teléfono mientras discuten. Tengo un mensaje de Mario aún pendiente de responder: «Lola, ¿ha ido bien? Un beso. Mario».

— Verónica, empiezo a pensar que tan inofensivo no era. Parecía tan timidito…

— Fernando, estaba enamorado de ella hasta las trancas — responde con obviedad.

— ¿Hasta las trancas?

— La miraba con ojitos. — Se carcajea mamá.

— ¡Con ojitos, a mi hija! — exclama papá.

Respondo el mensaje de Mario: «Tenemos el resto de nuestra vida para seguir donde lo dejamos esta mañana. No queda tanto para enero. Estoy deseando vivir en nuestra casa. Te amo, Lola».

No quiero contarle por mensaje los detalles de la discusión. Es a la única persona a la que voy a decirle la verdad. Ni Alexia, ni Jesús, ni papá, ni mamá sabrán nunca lo que me ha hecho Gero.

***

Si la intención de Gero es venir a suplicarme perdón, no pienso perdonarle después de lo que dijo en la discusión que tuvimos en casa hace cinco días y lo que queda del moretón en mi hombro.

— ¿Cómo estás? — Aparenta ser amable delante de mis padres.

— ¿Qué haces aquí?

— He llegado del aeropuerto hace un par de horas. Siento no haber avisado de que venía a verte.

— Ya no tienes que darme explicaciones de lo que haces.

— No te robaré mucho tiempo. Solo quiero hablar contigo de nuestros bienes y las cuentas comunes.

— ¿Vienes en son de paz?

Se acerca más a mí. Me hago pequeña a su lado.

En un quiebro, se acerca para dejar un beso en mi boca, pero muevo la cara jugando con el encuentro de nuestras mejillas. Rozo su nariz, con torpeza. Mis mejillas arden de rabia por no mantener la calma ante él y ser más firme con su acercamiento. Parezco una muñeca de trapo bajo las enormes palmas de sus manos.

— Lola, ¿quieres una copa de vino? — interrumpe mamá.

Hace que Gero me suelte de inmediato. Entonces, miro a la dueña de la voz, que va a paso acelerado hacia la cocina.

— No me veo capaz de vivir en esa casa, Lola.

— ¿Demasiado grande?

— Me recuerda demasiado a nosotros.

— No existe un nosotros, Gerónimo Dorcas.

— No puedo dormir allí sin ti.

— Estoy cansada del trabajo. Acabo de llegar de la oficina y estoy agotada. No quiero discutir... Ya hablaremos en otro momento.

— No quiero el divorcio.

Eso me deja helada.

Gero me mira fijamente a los ojos.

— Lola, cariño, aquí tienes. — Mamá me ofrece una copa de balón llena de vino hasta los topes.

— Gracias.

— ¿Todo eso se va a beber la niña? — protesta papá.

— Déjala.

— Dame un trago — me pide Gero.

Le cedo la copa, aunque no bajo la guardia con ese lado cercano y afable. Ahora ya soy

consciente de que es muy atento conmigo ante los demás para no levantar sospechas sobre su furia.

— He estado hablando con tu madre para que se ponga de acuerdo con mi abogado. — Y desvía la mirada hacia mamá. Ella asiente, aunque tensa — . Ha sido cuando me he dado cuenta de que era real lo del divorcio, Lola.

Le robo la copa para darle un buen trago.

— Me casaría contigo mil veces más, Lola — me espeta.

Eso no me lo esperaba y me atraganto con el trago de vino. Toso con fuerza. Nunca quiso casarse, en realidad.

— Fernando, acompáñame a la cocina — propone mamá — . Creo que debemos dejarlos solos.

— No sé, Verónica.

— Nuestra hija sabe lo que se hace. — Mamá lo toma de la mano y se dirigen juntos hacia la cocina.

Pero no es cierto que sé lo que me hago. Con Gero jamás supe hacerlo bien.

— Estás preciosa — musita.

Le cedo el paso para salir a la terraza.

No me creo a este Gero tan cambiado; dócil y apacible.

Jamás me dijo que estaba preciosa, ni cuando lo conocí.

— ¿Me odias? — pregunta en cuanto cierro la puerta de la terraza para estar a solas.

Gero avanza hasta la mesa de jardín. Le sigo mientras doy un trago a mi copa.

— ¿Él te trata bien?

— No quiero hablar de eso contigo.

— Ya me has respondido.

Me quita la copa y da un buen trago.

Vigilo de reojo la puerta de la terraza. Desnudo mi hombro y le muestro la marca amarilla que queda del moretón. Eso hace que frene su último trago. Dejo de mostrarle sus marcas y le arrebato la copa.

— Gerónimo, ¿a qué has venido?

— Lo siento, lo siento, lo siento. Tienes razón. Hablemos tranquilamente. No quería hacerte daño. Estaba furioso.

Niego con la cabeza mientras saboreo el vino impregnado en mi paladar.

— ¿Ya no sientes nada por mí al verme? Dime la verdad.

— No hagamos esto más difícil, por favor.

— Estaba metido en una espiral de estrés tan grande, que me olvidé de disfrutar de ti, de compartir una simple copa, en silencio, mirándonos a los ojos — se excusa — . Quejándome todo el día y buscando el sofá a la desesperada, me acostumbré a no pensar que podía perderte. Si es un tema de rutina en nuestra pareja, yo…

— Tarde o temprano hubiésemos acabado con lo nuestro — interrumpo sus excusas.

— ¿Me sigues queriendo?

Bebo de mi copa para evitar sus intensos ojos azules. Son imponentes y directos. Siempre lo fueron. Pensé que eso es lo que me atraía el primer día que lo conocí, pero fue una especie de encantamiento de serpientes.

— Dame un trago, Lola.

Le cedo la copa.

Bebe mientras sigue mirándome por encima del borde de la copa.

— Mamá sabrá hacer que esto salga bien. No te perjudicará. No sabe nada de la discusión que tuvimos. No se lo contaré a nadie si me dejas comprarte ya tu parte de la casa. Antes de Navidad quiero estar viviendo allí.

— Eres la mujer de mi vida.

— Basta.

— ¡Me equivoqué! Sé que puedo tener sexo con más mujeres, como Ari, pero no es lo que quiero en mi vida. — Abro los ojos al escuchar su confesión — . Tú eres la única para mí. Eres a la que quiero de verdad.

— ¿Te acostaste con Ari?

— Sí. ¡Sí, lo hice! Estaba enfadado contigo y… — pronuncia en un quejido — . Pero ella jamás será tú. ¡No significó nada! Lo mío no tiene nada que ver con lo que me has hecho. Yo ni siquiera sentía nada por ella. Fue un polvo de mierda, por desesperación.

Le robo la copa de la mano y bebo un buen trago para hacer bajar la rabia que se me ha quedado clavada en la garganta.

— Luego me sentí mal por habérmela follado. Por eso necesitaba volver a casa contigo y aceleré el vuelo de vuelta — confiesa.

Le gritaría, le insultaría, le abofetearía para hacerle pagar el daño que me hizo cuando usó esa maldita carta blanca por despecho, por satisfacer todas esas mierdas que tiene en la cabeza.

— Lola, estoy enamorado de ti. — Da un paso al frente, pero me aparto de él retrocediendo mis pasos — . Dame una segunda oportunidad. Deja a ese tío y sigamos nuestra vida juntos — suplica.

— No sé a qué has venido, pero…

— No quiero que nadie te toque, excepto yo — masculla, apretando con fuerza sus dientes.

— No me gusta esto. — Nos señalo a los dos.

Gero da grandes zancadas y se posiciona pegado a mí. Atrapa mi mentón e intenta besarme. Giro la cara bruscamente y aparto su mano de un manotazo.

— Lola, te conozco y sé que esto empieza así contigo. Te enfadas y luego nada.

— Si me conocieses no harías esto — le recrimino su abusiva actitud.

Siento un hormigueo en mi mandíbula justo donde ha clavado sus dedos. Nunca controla su fuerza.

— Pequeña… — susurra en un tono meloso.

Me quedo atónita. Me llamaba así cuando empezamos nuestra relación. Dejó de hacerlo, sin más.

— ¿Por qué usas eso ahora? — titubeo, asustada por sus habilidades manipuladoras.

— Te quiero, pequeña. Desde el primer día que te vi en la boda de Bea y Carlitos, supe que te quería. ¿Te acuerdas de esa noche? — Posa sus manos en mi cadera. Afloja la expresión de su azul mirada a una tierna y vulnerable — . Me enamoré de ti completamente. Me dejaste loco.

Contraigo el estómago al sentir sus manos encima de mí.

— Te conozco muy bien, pequeña…. — Me quita la copa de la mano y la deja sobre la mesa — . Amas la lasaña, usas una talla 38 de zapato, el chocolate es tu debilidad después de cenar, adoras el color mostaza y… — Aparta mis cabellos para acercar su boca a mi oído — . Este pintalabios me vuelve loco, y lo sabes. Lo compras en la pequeña tienda de la esquina de nuestra casa — susurra — . Te echas una gotita de perfume antes de irte a dormir para provocarme… — Me encara y asiente, seguro de sí mismo — . ¿Sabe él todo esto sobre ti? ¿Eh?

Apuesto a que no…

No me siento bien. Este Gero no es real, solo usa esta versión cuando quiere conseguir algo de mí, desconcertarme para atacar y hacerme creer que estoy exagerando.

— Pequeña, me he acordado de ti estos días, en Tokio — susurra a mi oído — . No he dejado de pensar en ti a todas horas. He dejado todo allí para verte. Vuelve a casa…, te echo de menos.

Gero cambia la postura y me cubre con su alto cuerpo. Papá y mamá no ven ni sus labios, ni sus ojos, ni sus manos buscándome como si le perteneciese. Me agarra más fuerte por la cintura marcando sus dedos a fuego. Cierro los ojos al sentir sus uñas.

— Por favor, márchate — suplico.

Sé que se crece cuando me tiembla la voz. Sabe que puede atacarme.

— No voy a marcharme hasta que no vengas conmigo a casa. He venido a por ti y no me iré sin ti.

Contraigo más el estómago al sentir que sus manos recorren mi cintura hasta la parte baja de mi espalda. Aprieto los puños y tenso mi espalda.

— Lola, ese tío se está aprovechando de ti. ¿No lo ves? Sé lo que desprendes y lo que puedes provocar en los hombres, pero no te querrá ninguno como yo te quiero. Eres tan intensa que seguro que te ha prometido que te bajaba la luna, solo para llevarte a la cama.

— No me gusta esto. — Abro los ojos al sentir su cuerpo prácticamente encima de mí.

— Te imagino con él en la cama y… — Gruñe y se muerde el labio inferior en un gesto de evidente rabia — . Me mata esa imagen de un hombre entre tus piernas. No puedo soportar que otra persona te toque, te mire, te huela... Me está volviendo loco saber que él te ha tenido.

Pasa sus dedos por mi cuello. Trago en gordo al sentir su tacto recorrer mi piel. Se me retuerce el estómago y me produce náuseas recordar esta repugnante caricia. Sigue el recorrido por mis brazos, fijándose bien en sus caricias, con una sonrisa de suficiencia en la cara.

— ¿Lo sientes a él o a mí, ahora mismo?

— Gerónimo — pronuncio en un hilo de voz.

Siento taquicardias. Mi respiración se acelera. Me falta el aire.

— Jamás había llorado con tanta rabia como la noche que me dijiste que te follaste a ese tío. Juro que si lo hubiese tenido delante le hubiese partido la cara. Mi pequeña…, ven a casa y hazme olvidar eso.

Se lanza a besarme, a pesar de oponer resistencia. Alcanza mi boca y la golpea con la suya. Siento un hormigueo en mi labio inferior cuando sus dientes se clavan para que no gire la cara.

La puerta de la terraza se abre de un golpe seco y me suelta de inmediato.

— ¡Chicos! ¿Qué hacéis? — Mamá interrumpe en un tono tajante.

Aparto a Gero de un empujón y huyo hacia mamá. La abrazo con todas mis fuerzas.

— Hija, ¿qué pasa? — Me recibe con desconcierto.

Lloro sobre su pecho.

— ¡Verónica, es una conversación privada! ¡No te metas! — le responde él de mala gana — . ¡Lola y yo estamos solucionando lo nuestro!

— Hija, ¿qué pasa? — Observa cada rincón de mi cara — . ¿Qué te ha pasado en el labio? Estás sangrando.

Niego con la cabeza. Se me atora el llanto en la garganta y me cuesta respirar.

— ¿Qué le pasa a la niña? — interviene papá, muy preocupado al verme en ese estado de pánico.

— Fernando, echa a Gero de esta casa ahora mismo — le advierte en un tono de voz bajo.

— ¿Qué le ha hecho?

— No lo sé. ¡Hazlo!

Papá va a por él a paso decidido.

— Ven, hija, entraremos dentro de casa — susurra mamá — . Papá echará a Gero, ¿de acuerdo? Tranquila.

Me abraza con más fuerza mientras me ayuda a entrar en el salón. Al ver que no dejo de temblar bajo sus palmas y que tomo grandes bocanadas de aire, me guía rápidamente por el pasillo hasta mi habitación.

— Aquí estarás bien.

— Gero me… me…

— Tranquila, tranquila. Lola, calma.

Me ayuda a tumbarme en la cama.

Rápidamente, cierra la puerta para que nos quedemos a solas mientras papá discute con Gero al otro lado de la casa.

— Calma — musita mientras observa la herida en mi labio — . Tranquila, no volverá a hacerte nada. Papá se encarga, cielo.

Mamá se sienta a mi lado y acaricia mis cabellos.

Veo la almohada manchada del daño que me ha provocado Gero.

***

Salgo del baño sabiendo que al otro lado se palpa la tensión. Para mi sorpresa, Alexia está con papá y mamá en el salón.

— ¿Qué haces aquí?

— Tus padres me han llamado para que venga con urgencia. He dejado la consulta para venir de inmediato.

— ¿Y las niñas?

— Con su padre.

Los tres me miran con tristeza.

— Alexia, la primera vez que me preguntaste si Gero estaba siendo respetuoso conmigo, no era tan leve como te lo conté. — Tomo asiento en la silla que queda libre — . Supongo que no quería verlo.

— ¿Tú sabías algo, Alexia? — cuestiona mi padre.

— No, no lo sabía. Y Jesús tampoco. Está destrozado desde que se ha enterado de lo de Gero. No le ha respondido a ni una sola de las llamadas.

— En casa parecía otra persona.

— Ya se encargaba de eso el hijo de puta, Fer — murmura Alexia.

Papá tiene la cara descompuesta. Jamás lo vi tan asustado.

— ¿No ha sido cosa de hoy? — pregunta mamá, desconcertada.

— No. Llevo demasiado tiempo viviendo esto — respondo sin ánimo.

— ¿Cómo? — cuestiona mamá, alarmada.

— Alguien le ha abierto los ojos — responde Alexia — . Y no sabes lo mucho que agradezco que haya aparecido en su vida.

Asiento en respuesta.

Mamá me toma de la mano y la besa.

— Mario jamás me trataría así — afirmo.

Papá se frota los ojos con fuerza, frenando sus lágrimas.

Mamá vuelve a besarme la mano con cariño.

Alexia se mantiene fría y distante al otro lado de la mesa.

— Solo quiero divorciarme y que todo esto pase.

— ¿No vas a denunciar a Gero? — me espeta Alexia.

— No, no. No quiero hacerlo.

— ¿No vas a denunciar? — cuestiona papá.

— No será necesario. — Miro a los tres. Sé que no están de acuerdo porque sus miradas hablan por sí solas — . Creo que lo de Mario le ha trastocado. — Lloro al pensar en él, en mis días en Madrid, en su voz al otro lado del teléfono — . Lo siento mucho... No quería llegar a esto… — sollozo.

— No nos pidas disculpas — interrumpe papá con un hilo de voz.

— Hija, no tienes la culpa de que Gero fuese así contigo. No has hecho nada — insiste mamá.

Pero siento que sí es culpa mía. Cometí el terrible error de casarme con Gero por no aceptar el haber perdido a Mario. Sentencié mi vida por no asumir el dolor que sentía, metiéndome de lleno en la boca del lobo, a la desesperada y con el primer hombre que pensé que llevaría las riendas de mi vida. Si no me hubiese casado con Gero, todo esto no estaría pasando.

— Lola, deja que te acompañe a una especialista y que te ayude con este tema. Quizás cambies de opinión sobre la denuncia. Los hombres como Gero no se conforman.

— No me hará más daño — afirmo.

— No lo sabemos, cielo — insiste Alexia — . No parece entenderlo a la primera. Nos quedaremos más tranquilos si vas a esa especialista y te explica todo lo que puedes hacer para alejarle.

He involucrado a toda mi familia en todas mis malas decisiones desde los dieciséis años. Me han acompañado a ciegas en todo. No se merecen vivir esta mierda.

— Está bien, Alexia. Iré a… eso — respondo sin ánimo.

Mi mejor amiga se pasa las palmas de las manos por la cara y suspira sonoramente, aliviada.

Papá y mamá asienten. También están aliviados.

— ¿Puedes quedarte a dormir conmigo, Alexia? Si a Jesús no le importa.

— Claro, cielo. — Sonríe para mí, aunque es un gesto que transmite la misma tristeza que sus ojos — . Me quedaré contigo.

# CAPÍTULO 8. ABANDONO DEL HOGAR

*Narra Mario*

Se apoya en la barra en una pose estudiada.

— He quedado con Ricardo.

— Al baboso de tu amigo que lo atienda Silvia.

Miro las notificaciones de mi teléfono esperando que se dé cuenta de que no quiero hablar con ella. Sin embargo, se inclina más sobre la barra y cubre con sus cabellos la pantalla de mi teléfono.

— ¿No puedes dejarme en paz, Leticia? — le reprocho su invasiva actitud.

— Mario, estoy preocupada por ti.

Miro la hora que marca mi reloj. Ya son las siete en punto. Hace quince minutos que Ricardo debería haber llegado al bar. Eso hubiese evitado tener que lidiar con Leticia.

— El viernes hablé con Pito — interrumpe mis pensamientos.

— Estupendo.

— Helena era muy… Helena.

— He tenido un día muy largo. Necesito estar tranquilo, tomando una copa con mi amigo. ¿Puedes dejarme en paz?

— ¿Por qué eres tan borde conmigo? — pronuncia entre risas.

Ricardo, por fin, aparece al fondo del local. Alzo la mano para llamar su atención.

— Mario, tú yo fuimos brutales en Bachillerato. He pensado mucho en esos días, ¿sabes?

— Leticia, teníamos diecisiete años, y por aquel entonces hice demasiadas tonterías.

— Pero no te comportabas como un chico de diecisiete.

— ¡Hola! — saluda Ricardo.

— ¿Puedes irte? Ya ves que estoy con mi amigo.

— ¿Por qué eres tan gilipollas Mario Vila Font?

— Uh… — Silba Ricardo — . Seguís igual que siempre... Las cosas no cambian en este bar.

— ¡La que no cambia es ella!

— Que te den por el culo, Mario.

— Estupendo, sí. — Le hago una ademán con la mano para que se marche.

Leticia golpea todas las bayetas que encuentra a su paso. Tengo un martilleo en la cabeza desde hace días y ella ha acelerado el dolor con su estridente voz y la forma que tiene de agobiarme en segundos.

Mis padres me la presentaron al año de llegar a Madrid. La terapia hizo que pensase que debía pasar página y que Lola debía ser historia en mi vida. Confié en la sensualidad de Leticia, pero resultó ser algo pasajero de lo que me arrepiento enormemente. El sexo no fue el que esperaba después de mi primera vez con Lola. Fue un grave error que me persigue cuando los míos invitan a sus padres y a ella a las celebraciones. Para colmo, la contrataron en este bar que frecuento todos los viernes. Desde entonces, discutimos todo el tiempo.

— ¿Qué le has dicho? — se burla Ricardo.

— ¿Quieres una copa?

— Pediré lo mismo que tú.

— Evita pedirle la copa a Leticia, por favor.

— Claro que no. Es bella, la cabrona. Quiero que se apoye en la barra como lo hace contigo — gime en tono de burla.

— Pienso decírselo a tu esposa — le recrimino por hacer que vuelva.

— Dile a ella que sea mala conmigo. — Mueve las cejas, provocador.

Ricardo alza la mano para llamar la atención de la chica.

Se acerca a mi amigo, con altivez y el semblante serio.

Evito su mirada para no empezar otra bronca.

— Quiero lo mismo que mi gran amigo, con el mismo amor que le das a él — coquetea Ricardo.

— A ti lo que quieras, pero a este no le sirvo una sola gota de alcohol.

— Se lo pediré a Silvia, tranquila.

— Verás la mierda de cóctel que te va a servir — murmura.

— ¿Siempre tienes que decir la última palabra?

Ricardo se divierte con nuestras broncas. No puede parar de reírse.

— ¿Con mucho hielo, Ricardito?

— Como quieras, cielo — pronuncia entre risas.

Leticia golpea los hielos con la pinza, mirándome directa e intensa. Cuando dejo la copa encima de la barra, deja caer un hielo dentro de ella, salpicándome expresamente. Gruño, remarcando lo harto que me tiene con sus tontería.

— No me sirvas — le advierto.

— ¿No lo querías con más hielo? — responde en un falso tono inocente.

Ricardo está ahogado en su propia risa.

Leticia, al fin, nos deja solos.

— ¿Le has vuelto a dejar sin sexo? — pronuncia sin aliento.

— ¿Qué te hace tanta gracia?

— Me encanta el lado furioso de Leticia. Le pone esto que tenéis.

— Cállate.

Me limpio las manos de las salpicadas de la bebida.

Ricardo bebe de la copa para aflojar su divertimento.

— ¿Qué te han dicho los abogados de Helena?

— ¿Quieres las buenas o las malas noticias? — Gime, relamiéndose los labios — . Leticia sabe hacerme feliz.

— Quiero las buenas.

— Han aceptado algunas pequeñas condiciones que pusimos.

— ¿Y las malas?

— Creo que beberé rápido solo para que venga a servirme con ese lado *hardcore* que le despiertas.

— Las malas — insisto.

— Creen oportuno repartir el dinero de la cuenta común, pero...

— Es que es mi dinero.

— Hay una cosita más… — Juega con el pie de la copa y evita mirarme a los ojos.

— ¿Qué? — Detengo el giro de su copa.

— La casa.

— Le vendo mi parte. Pienso irme a Barcelona en cuanto Lola tenga todo listo allí.

— Sí, va a comprarla… — Se muerde el interior de la mejilla. Ladeo la cabeza para advertirle que no me gusta ese silencio —. Pero Helenita quiere darte el treinta y cinco por ciento.

— ¿Qué? Debe ser un error.

— Mario.

— Ricardo, sé perfectamente cuánto dinero es lo que me quiere dar por esa parte. ¡Sé contar!

— Créeme que puedo negociar algo más.

— No se negocia nada. Quiero mi cincuenta por ciento y mi parte de la cuenta común.

— Pediré el cuarenta y cinco.

— No.

Bebo de mi copa para remarcar que no pienso seguir hablando de esto. No pienso aceptar algo tan abusivo. Es una víbora.

— Mario, ayúdame a encontrar el punto débil que necesito para levantar mi defensa. No estás en una buena posición ahora mismo. La conciliación tiene mala pinta.

— ¿Por qué? — Trago con dificultad.

— Esa zorra va a por ti a muerte. — Baja la mirada a sus manos —. Ahora mismo te odia demasiado.

— ¿Qué coño significa eso?

— Quiere una compensación por abandono del hogar.

La palabra «abandono» retumba en mi cabeza. Me llevo la mano al pecho al notar una intensa presión en el esternón.

— Mario, ¿estás bien? — Pasa su mano por delante de mi cara —. Me estás asustando, macho.

— Estoy… Estoy… — pronuncio a duras penas. El dolor me deja sin apenas poder respirar.

— Mario, tranquilízate. Ella dice que has dejado de pagar tus obligaciones en cuanto te fuiste por la puerta.

— Eso no es verdad. ¡Los pagos se cobran en la cuenta común!

— No exactamente… — Entrecierra los ojos para estudiar mi reacción —. Cambió los pagos a su cuenta.

Bebo de mi copa hasta apurarla. El frío del hielo deshace el dolor de las punzadas.

— Para, para. Escucha. — Me arrebata la copa de las manos —. Voy a hacer lo que esté en mi mano para evitar esa compensación. Ha actuado de mala fe.

— ¡Silvia! — grito desesperado —. ¡Silvia!

— Mario, cálmate. Helena solo quiere asustarte. Legalmente, no has abandonado el hogar. Puedo darle la vuelta si encuentro algo que debilite la defensa de sus abogados.

— Adelanté una gran parte del dinero para la reforma, pagué todos los muebles, compré cada una de las mierdas que hay en esa casa... — Masajeo mi esternón y tomo grandes bocanadas de aire.

— Mario.

Los martillazos en la sien son cada vez más fuertes. Se me nubla la vista. El hormigueo aturde mi cabeza.

— Dame detalles de vuestra vida diaria. La investigaré.

— ¡Silvia! — Arranco de mi garganta.

— ¿Puedes dejar de dar voces? — Se acerca Leticia.

— Será mejor que nos des algo fuerte. Unos chupitos bien cargados — propone Ricardo mientras masajea mi hombro.

— Os invito yo, por los viejos tiempos.

— ¿Vas a poder con Helena? — pregunto en un hilo de voz —. ¿Vas a poder con sus abogados?

— Mario, te aseguro que haré que pague por todo lo que te ha hecho desde que te conoció. Todos hemos visto cómo te manipulaba.

— Todos — murmura Leticia mientras sirve el líquido cobrizo.

— Voy a perder el juicio. Me va a arruinar. Dímelo para que empiece a ser consciente de que no podré irme a Barcelona como entraba en mis planes — suplico la verdad.

— Le tengo muchas ganas, Mario.

Leticia desliza dos vasitos por la barra.

— Salud, chicos. — Sonríe.

Ambos nos bebemos el chupito en un solo golpe de cabeza.

— ¡Joder! — se queja Ricardo —. ¡Está fuerte de cojones! — protesta mientras relame las babas que caen por sus labios —. ¿Qué coño es esta bomba?

— Hija de… — mascullo mientras siento arder en el infierno.

— Mario, me ofendes — pronuncia en un exagerado todo inocente.

— Quiero otro — le pide Ricardo, entre toses —. Oh, nena, me gusta cómo me tratas. — Tose con fuerza y se deja caer sobre la barra.

Leticia se carcajea con malicia al vernos destrozados.

## CAPÍTULO 9. CONTIGO, SIEMPRE

Nada más descolgar la llamada, Mario ha empezado a decir cosas sin sentido sobre unos documentos confidenciales que no alcanzo a comprender. He buscado en todas las cartas que ha subido papá cuando ha abierto el buzón, pero ninguna estaba a nombre de Cócó.

— Mario, no entregan el correo un viernes por la tarde.

— Entonces, lo han tenido que entregar esta mañana — insiste.

— Te mando un mensaje cuando lo reciba, tranquilo. ¿Qué te ocurre? Estás muy nervioso.

— Baja a mirar en el buzón.

— ¿Ahora?

— ¿Qué lleva puesto nuestra hija? — pregunta papá.

Lo miro de mala gana por burlarse de mi pijama.

— Fernando, no encuentra nada en esas cajas del demonio — le responde mamá —. Le he tenido que bajar un pijama del altillo del armario.

— Eso es de cuando tenía catorce o quince años. — Arruga la nariz.

— ¡Papá! — protesto mientras estiro lo más que puedo las mangas y las piernas del pantalón.

— ¿Estás bajando al buzón? — insiste Mario.

— ¡No! ¿Qué demonios pasa hoy? — Gruño.

Al dar un tirón brusco de la manga, se me descose la costura de la zona de la axila. Le muestro el agujero a mi padre a modo de reproche por ponerme nerviosa.

— ¿Por qué no le has dejado uno tuyo?

— Dice que le pican. Será por el tejido, supongo.

— Verónica, mi amor, esos dinosaurios están tan tensados que parecen atropellados por un camión.

— Papá, ¡vale ya! — Le increpo con el dedo.

Esconde la risa, como puede, tras un cojín.

— Fernando, no le hagas perrerías a la niña — pronuncia entre risas mamá.

— ¿Acaso ese dinosaurio no está sufriendo? — Acompasa las risas con mamá.

— ¿Habéis visto una carta de Cócó? — Reviso el montón de cartas que hay en la mesa de centro sin doblar mi cuerpo para que el pijama no reviente y eso le dé alas a papá.

— ¿Bajas al buzón o no? — insiste Mario.

— ¡Sí! — Y cuelgo la llamada —. Mamá…, papá…, voy un momento al buzón — mascullo.

— ¿Así?

— ¡Papá, vale ya! ¡No sé dónde están mis cosas!

Voy directa a la puerta mientras ellos dos siguen divirtiéndose con mi atuendo adolescente.

Bajo por las escaleras a toda prisa, saltando de dos en dos los escalones, lo más rápido que me dan las piernas. Quiero evitar que los vecinos me vean de esta guisa.

Meto la mano en el buzón cuando Mario vuelve a llamarme de nuevo.

— ¿Quieres esperar?

— Lola.

— Estoy mirando en el buzón. Por favor… — suplico que se calme.

— Y yo veo a una preciosa mujer rubia, de puntillas, con la mano metida dentro de él.

Miro la pantalla del teléfono para ver si he respondido a una videollamada. Pero no lo es.

— Mario, ¿qué dices? — Vuelvo a colocar el teléfono en mi oído, extrañada.

— Lola, gira sobre tus pies y mira la puerta de la calle — pronuncia entre risas.

Ahí está, al otro lado, con una bolsa de deporte colgando de su hombro y el teléfono en su oído.

— ¡Mario! — Salto de alegría — . ¡Mario!

Apoya su frente en el cristal de la puerta y sonríe.

La abro con ímpetu. Mario da pasos decididos hacia mí y me alza del suelo. Nos besamos apasionadamente.

— Tenía muchas ganas de verte — balbucea entre beso y beso.

— Y yo a ti.

Mi adonis cierra la puerta con una patada suave y me lleva hasta el hueco de la escalera. Lo beso con todas las ganas que he reprimido durante toda la semana.

— Quería darte una sorpresa.

— La mejor que podías darme — gimo sobre sus labios.

— Tenemos una habitación de hotel reservada. Tiene vistas a la playa.

— Oh…

— Y…, — Recupera el aliento y deja que pose mis pies en el suelo — , He reservado mesa en un restaurante italiano, a las nueve. Cocinan la mejor lasaña de toda Barcelona.

— Oh, joder…

Volvemos a besarnos apasionadamente. No dejo que recupere el aliento tan rápido esta vez. Presiono su cuerpo contra la pared del hueco de la escalera para que no escape.

— Joder, estás tan guapo… — suplico antes de morder su labio inferior con deseo — . Me encantas.

— Te he echado tanto de menos, Lola.

— Acompáñame arriba y hago la maleta. ¡Quiero irme contigo ya!

— Mejor te espero aquí. — No cede al tirón de mi mano.

— Mario, ¿qué haces? Vamos.

— No sé si es bueno que suba a conocer a tus padres.

— Ya conoces a mis padres — pronuncio entre risas — . ¿Qué dices?

— ¡Ya me entiendes! Ha pasado mucho tiempo… ¿Y si no les caigo bien?

Tiro de su mano para que me siga hasta el ascensor, pero vuelve a detener mi impulso.

— Lola, así, de repente…

— Se alegrarán de verte. Ya les he hablado de lo nuestro.

— ¿Qué les has contado? — pregunta alarmado.

— Les he dicho que besas muy bien… — Vuelvo a unir nuestros labios, impactando en ellos con brusquedad.

Mario me responde con la misma intensidad.

Me hace girar sobre mis pies hasta acorralarme en la pared. Escapa de mi boca y busca mi cuello, con la misma brutalidad que yo he empezado a tratarle. Me dejo llevar, disfrutando de la humedad y calidez de sus apasionados besos y su lengua lamiendo mi erizada piel. Gimo al sentir sus dientes marcándose en mi piel, advirtiéndome de sus ganas de tenerme.

— ¿Esto también se lo has contado?

— Esto es solo para mí — gimo.

— Tengo demasiadas ganas de estar a solas — susurra sobre mis labios —. Es verte y... Joder…

— Entonces, acabemos con esto de una vez para poder estar solos en esa habitación de hotel con vistas al mar. — Abro la puerta del ascensor para cederle el paso —. Tengamos sexo con esas vistas… — Ronroneo como un gato.

Mi adonis pisa con cautela. Entra, aunque sin estar convencido.

— ¿Y si no aprueban lo nuestro, Lola?

Lanzo la bolsa de deporte dentro del ascensor para apresurarlo.

— Seguro que dicen que eres una mala influencia para mí — me burlo.

— ¿Lo soy? — Se limpia los labios con el reverso de las manos —. Lola, dime si se me nota que nos hemos besado. — Pega su cara a la mía.

— ¡Quinto piso! — canturreo mientras cierro la puerta.

Me mira de arriba abajo con los ojos entrecerrados en cuanto empezamos a ascender.

— Ya lo sé. No me digas nada. — Estiro del borde la camiseta.

— ¿Por qué me resulta familiar este pijama?

— Mario, no te burles de mí. Mi padre ya lleva una buena tarde con eso. Con tanta caja y desorden, no encuentro mis pi...

— ¿Por qué me está gustando tanto? — Apoya su mano en la parte baja de mi espalda y tira de mí para que encajen nuestros cuerpos —. ¿Es de cuando íbamos al instituto? — susurra sobre mis labios.

— No te rías. — Golpeo su torso con la palma de la mano —. Claro que te resulta familiar…, lo llevaba cuando venías a casa a estudiar. Es ridículo, lo sé, pero… — Me acorrala contra la pared del ascensor —. ¡Mario!

— Siempre me pregunté qué había debajo de estos dinosaurios — gime cada palabra —. ¿Sabes lo que me pone revivir esto?

Decido jugar.

— Había esto. — Me subo la camiseta. Las costuras crujen.

— Lola… — Sonríe de lado sin quitarle el ojo a mis pechos desnudos.

— ¿Querías tocarme, Mario Vila Font, cuando eras un crío?

Besa mi cuello mientras acaricia mis tetas. Llevo mis brazos a la altura de mi cabeza para que siga tocándome.

— Ya no somos unos críos — murmuro.

— No lo éramos. — Pausa sus besos por mi cuello —. Solo éramos tímidos — susurra sobre el pezón que se le antoja —. Con una mente muy sucia. — Lame su presa.

Al llegar al quinto piso el ascensor se detiene.

Mario me mira desde su posición.

— Quizás podamos… — Desvío la mirada hacia el techo.

— Sí. — Estira su mano y presiona el botón del ático.

El ascensor vuelve a ascender. Presiono su cabeza contra mis pechos, enredando mis dedos en sus cabellos y tirando de los mechones para exigirle más. Su lengua, sus labios y sus dientes me excitan como nunca. Arqueo la espalda, obligándole a que no deje un solo poro de mi piel por lamer, besar y morder.

— Madre mía — gimo al sentir que me devora.

El ascensor vuelve a detenerse en el ático.

Mario me mira desde su posición y sonríe de lado.

Presiono el botón de parada.

— Lola…

— Este ascensor suele estropearse mucho. Están acostumbrados a los fallos del motor, ¿sabes?

— ¿Cuánto tiempo tardan los técnicos en venir a arreglarlo?

Se deshace de mi camiseta en un solo tirón. Creo que ha acabado de romper las costuras.

— Verás el trabajo que tendré para ponérmela de nuevo. — Me carcajeo — . Me he vestido a presión.

— Espera que te quite el resto.

— Cinco minutos… — Niega con la cabeza mientras acerca de nuevo sus labios a mis pechos — . ¿Diez minutos te parece bien? — gimo al sentir sus manos acaparándolos con sus enormes palmas — . Quizás tarden más… — gimo.

— Es viernes… — Y besa la unión de mis pechos.

— Entonces, acaba de joder del todo el motor.

Me toma de la cintura y me hace girar sobre mis pies. Con mi frente apoyada en la pared del cubículo, lo espero con ganas. Se coloca a mi espalda. En cuanto sus manos empiezan a bajarme el pantalón, crujen prácticamente todas las costuras.

— Este sexo me lo debías — musito.

***

En cuanto abro la puerta, mamá aparece a toda velocidad.

— Lola, ¿dónde estabas? ¡Menudo susto! No bajamos a buscarte porque no funcionaba el ascensor.

— ¿Y si me hubiesen secuestrado? — me burlo.

No tarda en notar a alguien acercándose a mi lado.

— Mario ha querido darme una sorpresa, mamá.

— ¡Hostia! — Se lleva las manos a la boca y abre los ojos — . ¡Mario! ¡Lo cambiado que estás!

Papá no tarda en aparecer en el recibidor.

— ¿Qué te ha pasado, hija? — pregunta con cara de susto.

— Lo siento, nos hemos entretenido hablando en la puerta, papá. Es Mario. — Señalo al chico que no sabe cómo disimular el rubor en sus mejillas.

— ¡Dios santo!

— Hola, Fernando. Hola, Verónica — saluda con timidez mi adonis.

Mamá se lanza a abrazarlo y Mario la recibe con torpeza. Papá le palmea en la espalda como muestra de cariño.

— Pero qué ganas teníamos de verte — solloza mi madre.

— ¿Has venido para quedarte?

— De momento, solo estaré el fin de semana, Fernando. Pronto espero estar en Barcelona, sin una maleta en la mano.

— ¿Puede pasar ya, queridos padres?

— ¿Qué le ha pasado a tu pijama? — cuestiona papá al ver el roto de las costuras del

pantalón.

Mario se muerde el labio inferior, tratando de ocultar su sonrisa al ser el responsable de que el ardiente encuentro en el ascensor haya convertido este pijama en un desastre.

— Es horrible, ¿verdad, Mario? — Le guiño un ojo, pícara.

— No te lo pongas más, por tu bien — susurra para que solo yo le escuche.

Mamá y papá se dirigen al salón esperando que les sigamos los pasos. Tiro de la mano de Mario para darle fuerzas.

— Mete alguno de estos dinosaurios en la maleta — musita, pendiente de los otros dos.

— Tienes unos fetiches un poco raros, ¿no crees? — me burlo de sus deseos.

— Se le llama tensión sexual no resuelta — susurra a mi oído.

— ¿Dónde te quedas a dormir? Aquí en casa hay sitio — propone mamá.

— He reservado un hotel cerca de la playa, Verónica.

— ¡Voy a ducharme! — anuncio — . ¿Puedo dejarlo en vuestras manos?

— ¡Hija, por favor! Qué cosas dices… — masculla mamá, ofendida.

— Papá. — Le increpo con el dedo a modo de advertencia.

— No voy a preguntarle por lo que hacíais en tu habitación, si es lo que te preocupa.

Mario me mira, confundido. Precisamente, ojalá hubiesen pasado más cosas en mi habitación.

— ¿Y tu madre? ¿Cómo está? Que gracia cuando nos encontrábamos en el colegio... ¿Vives solo? ¿Vives con tus padres? ¿Trabajas con Lola? Ya nos ha contado lo del divorcio... ¿Cómo estás? ¿Ha sido duro?

— ¡Mamá, deja que conteste al menos a una de las preguntas!

— Si yo le dejo…

— Seguro que sí — mascullo. La conozco en ese plan.

— Entonces, ¿eres publicista como mi Lola?

— Pues…

— ¿Eres director? ¡Eso tiene que ser muy complicado! Yo le digo siempre a Lola que…

— ¡Mamá, respira!

— No le hagas caso. Cuenta, cuenta, cuenta. ¡Ay, qué alegría verte!

Me dirijo al baño.

— Mario, cariño, ¿estáis juntos? Sois pareja, quiero decir.

Detengo mis pasos justo antes de entrar en el baño. Esa respuesta quiero escucharla.

— Verás, Verónica…

— Llámame Vero, como cuando eras un niño.

— En realidad, Vero, creo que nunca dejamos de estar juntos porque siempre nos pensamos. Hay muchas cosas que nos seguían uniendo a pesar de la distancia y de todos estos años. Lo que sea que cada uno tenía con otras personas, en nuestras relaciones siempre se impuso el recuerdo de lo que vivimos y sentimos cuando éramos adolescentes. Y sí, quiero estar con ella y venir a Barcelona a vivir, cuando esté lista para ello. Lola y yo somos pareja, al fin.

— Mi hija se merece otra vida y ser feliz.

— Sé que venía a esta casa y parecía un simple amigo del instituto, pero amo a vuestra hija desde el primer día que la conocí.

— De eso quería yo hablarte — interrumpe el mandamás.

— ¡Papá! — le regaño desde la distancia.

— ¿No estabas en la ducha?

— ¡Pero tengo oídos!

Entro en el baño con una estúpida sonrisa en la cara. Mario está aquí, conmigo. ¡Mario está en Barcelona!

***

Cierra la puerta. La conozco; ahora me toca a mí el interrogatorio.

— ¿Has dejado a Mario solo con papá?

— Están hablando de baloncesto, tranquila. No te preocupes, tu padre es inofensivo. Ha perdido facultades. — Se sienta en la cama y observa mis movimientos al guardar la ropa — . Ay, hija, Mario es muy atractivo.

— Mamá...

— ¡Qué! ¿Está mal que yo lo diga?

— Es un poco raro, ¿no crees? Es mi pareja.

— Ya, ya. Lo hablaré con Alexia, tranquila.

— ¿Hablarás con Alexia de lo atractivo que es Mario?

— Uy, claro... — Aplaude — . Con Alexia hablo de todo. Si tú supieses… — Se carcajea.

— Mi mejor amiga y mi madre son almas gemelas. Alucino… — murmuro.

— ¿Qué es lo que más te gusta de él, hija? ¿Sus ojos? ¿Su cuerpo…? — dice en tono socarrón.

— Me gusta todo de él. Es increíble, mamá. — Cierro la maleta bajo su atenta mirada — . De verdad que estoy que no me creo todo lo que me está pasando. Ha llegado tarde, pero ha llegado.

— Estás radiante con este vestido. — Acaricia la falda.

— ¿Crees que estoy guapa? ¿Le gustará? — Estoy frente al mismo espejo con el que me miraba cuando era una cría — . He cambiado mucho en una semana y media. Jamás me hubiese vestido así para salir a cenar con Gero.

— Estás bella, cielo. — Suspira.

— Es que me siento guapa, por raro que parezca decir algo así de una misma.

— ¿Por qué? Yo pienso que soy una *MILF*.

— Deja de hablar tanto con Alexia — mascullo.

— ¿Cuándo viene a vivir a Barcelona?

— Sé que todo va muy deprisa, mamá, pero he estado esperando demasiado este momento. Estoy feliz, muy feliz. Quiero que sea pronto. — Aliso la falda que cubre mis muslos.

— Mientras te estabas duchando, Mario no ha dejado de hablar cosas fascinantes sobre ti. Supongo que no estaba acostumbrada. Gero no era dado a hacerlo, incluso se burlaba de tus cosas. — La encaro, dejando el espejo a mi espalda — . No me di cuenta de que lo verdaderamente importante es lo que hace Mario contigo. Perdóname por no haberme dado cuenta de lo que te estaba pasando con tu marido — dice en un hilo de voz — . Me siento mal por haberte…

— Mamá. — Me acerco a ella y me arrodillo para estar a su altura — . No digas eso. Llegaste a tiempo en la terraza, ¿recuerdas?

Beso su mejilla con ternura en cuanto sus ojos se humedecen de lágrimas.

— A veces la vida es demasiado cruel.

— Solo de pensar que ese cerdo te hacía daño, yo… — Caen lágrimas de sus ojos y acaba por sollozar sobre sus palmas.

— Te quiero, mamá.

Descubro su cara. Seco sus lágrimas con ayuda de la manga del vestido.

— Lo vas a manchar por mi culpa.

— Gracias por estar siempre ahí para mí. — Beso de nuevo su mejilla — . La especialista me ha dicho que lo que nos ha pasado es lo habitual, aunque no sea normal.

— Mírate… Esa mirada…

— Necesitaba un cambio en mi vida.

Asiente mientras se seca la nariz con la manga de su pijama.

— Mamá, es de seda.

— Ya… — Mezcla la risa con el llanto — . Y a ti con mis pijamas de seda te pica el coño.

— ¡Mamá! — protesto.

Me dirijo a la maleta, molesta con lo basta que es.

— Mañana venís los dos a comer y empezamos una nueva vida.

— No.

— Invitaré a Alexia, a Jesús y a las niñas. ¡Claro que sí! — Se seca las lágrimas que vuelven a caerle por las mejillas.

— ¡Mamá, no!

— No me rechistes, niña. Quiero conocer a Mario.

— Ya conoces a Mario… — le reprocho — . ¿Qué os ha dado a todos por conoceros, si ya os conocéis?

— No en una comida familiar. — Me quita el asa de la maleta y se dirige con ella a la puerta — . ¡Mario! — grita al salir de la habitación — . ¡Mañana vendréis a comerá casa! ¡Compraré marisco! ¿Te gustan las gambas? ¿Y los centollos?

— ¡Mamá, deja que responda! — Salgo tras ella.

***

La sobremesa está siendo un repertorio de anécdotas del instituto, y no puedo dejar de reír. Mario y Alexia, mi dúo cómico favorito, desatan carcajadas que hasta me duele el costado del estómago.

— Quería que el monitor me llevase a su tienda, marciano.

— El monitor con el que quería enrollarse estaba con todas.

— ¿Enrollarse con un monitor? — se sorprende papá.

— Fer, se lo está inventando — miente mi mejor amiga.

— ¿Qué clase de monitor es ese? — indaga papá, molesto — . ¿A qué campamentos os mandábamos? Alexia, ¡te pagaba esas actividades para hacer deporte!

— Y lo hice. Eso lo cumplí — se burla mi mejor amiga.

Mamá estalla en sonoras carcajadas.

— No esa clase de deporte — masculla mi padre.

— Entonces, no te entendí bien, Fer.

— ¿Era guapo? — pregunta mamá.

— ¡Verónica, era una niña! — le regaña papá.

— No era guapo. — Pero Alexia asiente con la cabeza al mismo tiempo que sus palabras son otras — . Menuda mierda de polvo echa…

— Alexia, las niñas — le recuerda Jesús.

— De verdad que… — Se carcajea Mario —. Sigues igual — pronuncia entre risas —. Eres única para darle la vuelta a las historias.

María se apresura hacia papá al verlo tirar de los escasos mechones del cabello. Alexia, mamá y la pequeña se pelean por abrazarlo y mimarlo después de enterarse que su otra hija ya jugaba fuerte por aquel entonces.

Mario comienza a dibujar en la hoja, bajo la atenta mirada de Valentina, quien le señala por donde tiene que seguir el trazo.

— No me gusta el colegio — confiesa la pequeña.

— ¿Por qué no te gusta?

— Los niños rompen los juguetes y los cuentos. Luego Marisa me riñe a mí cuando intento arreglarlos.

Mario frunce el ceño al notar la expresión de tristeza de la pequeña.

— ¿Quién es Marisa?

— La profesora — responde con obviedad.

Ambos continúan dibujando mientras él respeta el espacio de la pequeña para que pueda hablar de lo que quiera.

— ¿Vas con María a la misma clase?

— María va a la clase de los tiburones y yo voy a la clase de los rapes.

— ¿Rapes? ¿Quién ha decidido ese nombre? — Mario se cubre la boca con la mano para no reírse delante de ella.

— Marisa.

— Oh.

Pinta mientras la observa de reojo.

Valentina está teniendo muchos problemas en el colegio por su comportamiento. Alexia está con la mosca detrás de la oreja con la profesora.

— Me riñe por todo. — Rompe ella el silencio —. Se enfada mucho cuando mezclo los colores de la plastilina. — Toma un color de su estuche y se lo cede a mi adonis —. Pinta aquí Mario, en esta esquina. — Le señala la hoja.

Mario sigue las instrucciones y colorea la parte que la pequeña desea.

— ¿Por qué quieres mezclar la plastilina?

— ¡Porque no hay lila en la caja!

— Oh.

— Es el color favorito de María. Marisa se enfada conmigo, me quita la plastilina y tengo que descansar con la cabeza encima de la mesa durante mucho rato.

— Ese castigo tiene que ser muy duro para ti.

— Sí — responde con fastidio.

Mario acaricia los cabellos de Valentina, con ternura. La otra sigue con su trazo sobre el papel mientras recibe el cariño y comprensión de mi adonis.

— Estoy seguro de que lo haces con buena intención. Haremos un trato.

— ¿Qué trato? — Alza la vista del papel.

— La próxima vez que nos veamos traeré mucha plastilina. Compraré la mejor del mundo. Luego los dos mezclamos los colores que más te gusten, pero, a cambio, dejas como está la plastilina del colegio.

— ¿Haremos el color naranja? — pregunta entusiasmada.

— El naranja más bonito para tu mamá. ¿A que es para ella?

— ¡Sí!

Mario besa sus cabellos. La niña se deja hacer, sonriente.

— ¿Se acuerda de mi color favorito? — musita Alexia.

— Mario se acuerda de todo sobre nosotras.

— Increíble.

— ¿Has escuchado de lo que hablan?

— Valentina nunca quiere contar nada sobre el colegio. No consigo que me explique lo que le hace la cabrona de Marisa.

— ¿Y que necesito para fabricar el naranja? — Mario reta a la pequeña.

— Plastilina amarilla y roja.

Ambos chocan las manos para celebrar el acierto de la pequeña.

— Lolita, creo que mi marciano siempre tuvo una sensibilidad única que pocos pueden percibir como un don.

Todas esas terribles experiencias de Mario, su diagnóstico, lo que le hicieron en casa, se agolpan en mi cabeza.

— Estuvimos hablando del pasado, el otro día, en su casa.

— Algo nos escondía, ¿verdad?

— Ahora ya no me esconde nada. — Le sonrío a mi amiga — . Mario no ha tenido una vida fácil.

— Lo imaginaba, cielo. — Besa mi mejilla — . Mario se merece a alguien como tú, ¿sabes? Le comprendes como nadie. Tiene suerte de haberte encontrado.

Volvemos la vista hacia los dos nuevos amigos.

— ¿Te gustan los dinosaurios, Mario?

— Eh… Sí… — titubea, nervioso.

Me aguanto la risa al ver que se sonroja. Si la pequeña supiese cuánto le gustan.

— ¿Cuál es tu favorito?

— El triceratops.

— ¡Es como un rinoceronte! — responde ella con entusiasmo — . El diplodocus también es divertido, ¿verdad?

— ¿Con ese cuello? — Estira el suyo para hacer reír a la pequeña — . ¿Así?

Mario se ríe al ver que la pequeña se divierte con la conversación.

— Él siempre fue… Ehm…. Mario es…

— ¿Qué te ocurre? — Alexia tiene un brillo especial en los ojos y eso no es habitual en ella.

— Nada. — Carraspea.

— ¿Y por qué estás tan…?

— Cállate.

— ¿Vas a llorar?

Mario se da cuenta de que a mi mejor amiga le ocurre algo. Alexia intenta disimular sus ojos humedecidos en lágrimas.

— Alexia — insisto en saber.

— ¡Jesús! — grita — . El lunes vamos a hablar con Marisa. Si pago 50 euros, cada mes, para material, y 800 euros de mensualidad por niña, ¿por qué Valentina no puede mezclar la plastilina como le sale del coño? ¡Me va a oír!

— ¿Qué? — pregunta Jesús.

Alexia va hacia Valentina, la abraza con fuerza y la besa. La pequeña se agarra del brazo de mi adonis mientras mi mejor amiga le hace cosquillas por todo el cuerpo. Mario se une, compitiendo con Alexia, mientras Valentina se deja caer sobre las piernas de mi adonis, muerta de la risa.

***

Mi invitación a jugar un partido en la cancha cercana al hotel le ha fascinado. He recuperado la pelota del altillo y la hemos hinchado en la primera gasolinera que hemos encontrado. Pensé que había olvidado cómo jugar al baloncesto, pero lo está dando todo por ganar.

— Lola, ¿solo sabes defender?

Quiere saborear la victoria a toda costa, mostrando su lado competitivo. Debo admitir que me sube la adrenalina.

— Y tú, ¿vas a quedarte mirando? — le reto.

— Estoy esperando tu ataque.

— Estás a punto de vomitar, Mario.

— Eso no es verdad.

— Estás sacando las tripas por la boca.

— No me jodas… No me jodas… — protesta con cierto orgullo herido en el tono.

— ¿Desde cuándo eres zurdo, adonis?

— Cuando quiero desequilibrar al enemigo, soy lo que me da la gana.

Mario abre sus brazos, desafiante, retándome a ir a por él.

Contra su fuerza física, no puedo ganar. Debo atreverme a jugar con su punto débil, tal como me enseñó el entrenador.

— ¿Qué tal te sientan las derrotas?

Sabe que me he dado cuenta de que está jugando más por el lado izquierdo, a pesar de ser diestro.

— Solo me superas por 2 puntos. Necesito un triple y el partido será mío. — Separa las piernas y reposa el peso de su cuerpo doblando las rodillas. Arruga su pantalón hacia sus ingles, y deja al descubierto parte de sus piernas — . ¿Pretendes darme miedo con ese lado agresivo-pasivo de jugador de la NBA?

— ¿Te importaría lanzar la pelota? Gracias.

— Si encesto, fin del partido, Mario.

Boto la pelota como si fuese a fundirla con el asfalto.

Mario bloquea mis pasos, alzándose bruscamente ante mí.

Retrocedo para proteger la pelota.

— ¿Te da miedo pasar, capitana del equipo?

— Te odio.

Intento escapar por su derecha, pero vuelve a usar su altura para detener mis pasos. Golpea la pelota con la mano, pero la recupero a tiempo.

— Lo haremos a mí manera — le advierto.

Pego mi espalda a su torso. Mario estira sus brazos a cada lado de mi cuerpo, intentando alcanzar la pelota. Le empujo para ganarle terreno en la cancha mientras protejo la pelota con los codos alzados.

— ¿Me estás dejando ganar? — le recrimino entre risas.

— Jamás.

— Entonces, ¡presiona, coño! ¡No soy una princesa!

Golpeo su torso con mi hombro.

— Comerás asfalto como sigas haciendo eso — masculla.

— No me digas, Mario…

Giro sobre mis pies y lo encaro. Simulo el tiro de pelota en su cara, pero la mantengo entre mis manos, engañándole. Cierra los ojos al creer que va a recibir un pelotazo. Aprovecho su indefensión para pasarla por encima de su altura. Esquivo su cuerpo y recupero la pelota en el rebote.

Corro directa a la canasta.

Mario se recupera a marcha forzada.

Lanzo con el poco aliento que me queda. A los dos segundos, la pelota entra limpia en el aro de la canasta.

— ¡Gané! — celebro.

Mi adonis se lleva las manos a la cabeza, alborotándose los cabellos en un ataque de rabia.

— ¡Gané! — Salto sobre mis pies.

Amo el baloncesto, lo que me hace sentir y lo que me hace ser en la cancha. Soy más directa, decidida y fuerte con una pelota de baloncesto en la mano.

Mario le pide a un niño que le devuelva la pelota mientras me mira de reojo, pícaro en el gesto.

— ¿Tienes ganas de más? — le reto.

— Quiero la revancha, pero cuando ponga en mi sitio las tripas que he sacado por la boca — se burla de mi frase en el juego — . Esto no va a quedar así.

— Cuando quieras jugamos otro partido. — Volvemos a encontrarnos cara a cara — . Me lo has puesto difícil, Mario.

— ¿Sí? — pregunta con incredulidad.

— Echaba de menos esto… — Suspiro sonoramente en una expresión nostálgica — . Amaré toda mi vida este puto deporte.

— Siento lo mismo.

Mario deja la pelota en el suelo, la pisa y acapara mi cara con sus manos para besarme. Gimo, gustosa de este final de partido.

— ¿Este es mi premio?

— Te mereces todo.

Me roba otro beso.

— Mario, no debiste dejar el equipo.

— No tenía fuerzas para seguir con eso. Creo que tiré la toalla demasiado pronto.

Lo abrazo por la cintura mientras peina mis sudados cabellos hacia atrás. Sus ojos buscan los míos; su mirada me transmite calma, paz consigo mismo.

— ¿Qué hizo Isaac cuando supo que dejabas el equipo?

— Pidió la capitanía. Los chicos me pidieron volver, pero no me vi capaz de compartir la cancha con Isaac. El entrenador se enfadó conmigo por dejarlo todo en medio de la liga, no me escuchó. Le dije que me daba vergüenza que todos supieran que era raro, un marciano como decía Alexia. — Sonríe al recordarla.

— ¿Y tus padres qué dijeron al saber que querías dejarlo? — Sé que estoy abriendo la herida.

— Yo no quería, Lola.

Frunzo el ceño, confundida.

— Pero si tú…

— Fueron ellos los que me propusieron abandonar el equipo para que Isaac no se burlase de mí por lo que era.

— ¿Algo que te apasiona tanto y se te da tan bien?

— Por eso creo que nunca he tomado mis propias decisiones hasta que apareciste para recordarme quien quiero ser en realidad; qué me gusta y qué no me gusta. Sé que tengo treinta años, pero me he pasado media vida haciendo lo que era mejor para mí, resultando ser lo peor para mí.

— No te hubiese dejado abandonar el equipo. El baloncesto significa mucho para ti.

— Capitana contra capitán, ¿te imaginas? — Sonríe —. Hubiese sido brutal hacer algo así en el instituto.

Besa mis labios con ternura.

Sus palabras retumban en mi cabeza. Además, no olvido la escena que vivimos en casa de su familia. La frase de su padre, de Javi y de Meli siguen latentes.

— Oye, Mario… — titubeo.

— ¿Qué? — Ladea la cabeza al ver que esquivo su mirada.

— Es una tontería, pero… — Niego con la cabeza.

— Dime. ¿Qué?

No necesito respuestas. Me doy cuenta de que lo que necesito es decirlo en voz alta, sin más rodeos.

— El otro día…, no sé…, pensé que tus padres…, en fin…, te… — Niego con la cabeza otra vez, dudando. Mario intenta bajar su cuerpo para coincidir con mis ojos —. Pensé que tus padres… habían sido los que te habían alejado de mí, a conciencia — musito mientras bajo la mirada a la pelota que se mantiene bajo su pie —. Pero…, luego pensé que… eso sería demasiado cruel viniendo de alguien que ama a su hijo y que lo vio feliz en esos días. — Levanto la vista con cierto temor a encontrarme a otro Mario. Está muy serio, pero no percibo que esté enfadado conmigo —. Lo siento, lo siento. No me hagas caso. — Cuando intento esquivar su mirada de nuevo, apoya su mano en mi mentón y hace que vuelva la vista al frente —. ¿Cómo alguien va a pensar que amarnos era malo para ti…? — Me abraza con fuerza. Jamás lo hizo con tanta necesidad de tenerme entre sus brazos —. Mario — musito.

— Lola — murmura.

— Adonis, te quiero mucho, pero hueles a tigre — bromeo para que no vea lo arrepentida que estoy de haber dicho algo tan cruel de su familia —. Aunque, es lo que pasa cuando alguien quiere estar a la altura de mi juego. — Palmeo su culo respingón.

— ¿Qué altura? — Se alza con las puntas de los pies.

— ¿Qué tal un buen baño para quitarte este olor a cuadra? — Lo empujo para que pierda el equilibrio.

— Solo si tú estás dentro de esa bañera, Lola.

— No pienso perderme eso.

Cuando Mario va a agacharse a recoger la pelota, freno su ímpetu para acaparar sus mejillas con mis manos.

— ¿Qué? — pregunta con desconcierto —. ¿Quieres otro beso más?

— Mario, yo… Podría perdonarles, a pesar de todo el daño que me han hecho — confieso.

Se mantiene en silencio. Traga en gordo, inquieto. Siento ese esfuerzo por atrapar sus

palabras.

— ¿Vamos a esa bañera con hidromasaje? — Busco que se distraiga de mis palabras — . Por supuesto, tú vas a llevar la pelota que he machacado con mi juego. — Palmeo sus nalgas.

Mario toma la pelota del suelo y la hace girar en su dedo índice, sonriente al ver que todavía conserva esa habilidad.

El agua de la bañera se mantiene aún caliente y con burbujas después de veinte minutos a chorro dentro de ella.

Mario tiene su espalda apoyada en mi pecho, sentado entre mis piernas. Mojo su torso con el agua que consigo acaparar con la mano.

— Te quiero, Mario. — Beso sus cabellos mojados.

Acaricia mis piernas por debajo del agua, suave y delicado en el roce de sus dedos.

— En Barcelona no tengo ese terrible dolor de cabeza o, las taquicardias o, el temblor extraño en las manos. Eso tiene que significar algo, Lola. Aquí estoy tranquilo. Me siento muy bien.

Vuelvo a mojar su torso con el agua templada, disfrutando de empapar sus lunares uno a uno.

— Te han pasado demasiadas cosas estresantes en poco tiempo. — Beso de nuevo sus cabellos mojados.

Mario silenció tanto dolor siendo un niño, que creo que aprendió a no exteriorizarlo para que los demás no sepamos que se siente débil. Esos síntomas de los que habla como si no fuesen nada, no dejan de ser todas esas emociones contenidas desde hace semanas. Tiene encima todos esos despidos, el divorcio, la bronca con su familia...

— Lola, siento no haber estado cuando pasó lo de Gero. — Abraza mi pierna.

— Sí estabas, en mi cabeza.

— No te merecías eso. He visto la pequeña marca que queda aún en tu hombro. No quise decirte nada para no recordarte ese mal momento, pero me dolió verla.

— No volverá a acercarse a mí, tranquilo. Esto…, Mario…, no se lo cuentes a nadie, por favor. Saben solo una mínima parte de lo que me ha hecho Gero.

— No me atrevería a contar algo así de fuerte como si hablase por tu boca. — Gira su cara y besa el daño que Gero hizo en mi hombro — . Y tú, prométeme que tampoco vas a contarle a nadie todo lo que sabes sobre mi pasado. Sé que hay heridas que no se ven, pero… están ahí.

— Tampoco me atrevería a hablar por ti de algo tan duro como lo que pasaste. — Dejo caer el agua templada sobre su hombro y su torso mientras busco las palabras exactas.

Se acomoda más sobre mi pecho y suspira sonoramente.

— ¿Por qué iba, alguien tan maravilloso como tú, querer irse de este mundo, siendo lo mejor que he conocido en él?

— Estaba agotado de defenderme, Lola. No me compensaba seguir. Hasta que me di cuenta de que sí, justo a tiempo. Jamás volvió a pasarme la idea por la cabeza.

— Recuerda, siempre, que no vas a tener que defenderte de nada, ni de nadie, ni vivir una vida que no quieres. Ahora eliges tú, elegimos los dos, pese a quien le pese — susurro a su oído — . Todo va a ir bien a partir de ahora.

# CAPÍTULO 10. DESPERTANDO A LOLA

No me gusta conducir el coche de papá. La carretera me da miedo y, si encima conduzco una tartana, más le temo a estar al volante.

— Tienes que tomar la salida 4 — me advierte Alexia — . A mil metros.

— ¿La 4? ¿Dónde? — Doy volantazos hacia el carril derecho.

— Lola, usa los intermitentes.

— ¿Y la salida 4? — Leo todos los carteles que encuentro a mi paso.

— Es esa.

— ¿Dónde? — Observo las indicaciones de su dedo.

— ¡Ahora! ¡Esa! — Agita su dedo hacia una dirección indeterminada.

Doy un volantazo para salir por el primer desvío. Escucho varias bocinas tras de mí. Alexia contiene la respiración mientras enderezo la dirección del coche.

— Casi nos matan — masculla.

— ¡No me da tiempo a todo!

— ¿Vas a dejarme conducir?

— Papá puso las reglas, Alexia. No puedes tocar el coche.

— ¿Sabe que su hija es un peligro al volante?

— Sabe que contigo le llegan multas a casa, doña exceso de velocidad.

— Atenta: en la rotonda, toma la segunda salida.

— ¿Cuál es la segunda?

— Acuérdate de ceder el paso antes de llegar. Ese pequeño detalle siempre se te olvida — responde con ironía.

— ¿Dónde está la segunda?

— Lola, estás acercándote a mucha velocidad. Frena al llegar a la rotonda… No estás frenando… ¡Lola!

Cuando entro directa en la rotonda aún estoy intentando hacer el cambio de marcha.

Los coches me dan bocinazos y dan volantazos para no chocar conmigo.

Al fin el embrague responde y puedo poner la segunda marcha.

— ¡La madre que te parió! — protesta Alexia.

— La segunda. — Doy un volantazo para salir en el primer desvío que encuentro.

— ¡Lola! ¡No!

Alexia clava sus uñas en la guantera y sus tacones en el suelo del coche. Aún con las bocinas de los demás coches sonando a todo trapo y las ruedas chirriando en el asfalto para frenar, emprendo mi camino hacia la segunda salida.

Alexia cae de cara contra el cristal de la ventana.

— Ya está.

— ¡No puedes hacer eso! ¡Madre mía! ¡Socorro! ¡Socorro! — Golpea el cristal con las palmas de las manos — . Dios mío… ¡No he hecho testamento! Mis hijas… ¡Todo era para ellas! — lloriquea.

— La cuestión es quejarse, Alexia. Contigo no hay manera de acertar.

— ¡Tu padre se merece otra multa! Por no dejarme conducir a mí.

— Eres adoptada — pronuncio entre risas presa de los nervios.

El asfalto está dañado. Los huecos en los que encaja la rueda nos hacen rebotar el culo en el asiento. Sorteo camiones y grúas aparcadas en la acera que rodea las naves industriales.

— ¿Aquí compras la marihuana que te fumas con Jesús?

— No digas tonterías, ¡Lola!

— No quiero líos de drogas.

El camino se estrecha y paso por entre los camiones aparcados en doble fila. No hay iluminación en el camino. Activo el seguro de las puertas del coche.

— Alexia, ¿qué coño hacemos aquí?

— Aparca. — Señala una fila de coches — . Justo entre esos matorrales.

A doscientos metros aparece ante mí una nave industrial gigantesca, pintada de color negro y lila, iluminada por unos grandes focos.

Entonces doy con el cartel «Toys r' sex».

— ¿Cuándo pensabas decírmelo? — Pongo el freno de mano mientras la regaño — . ¡No pienso entrar ahí!

— Lola, Jesús tenía una convención y se ha llevado mi coche. Necesito material para mi consulta.

— No pienso entrar ahí.

— No exageres, ¿quieres?

— ¡Alexia, me has traído a un *sex-shop*!

— Técnicamente no. Si tu madre hubiese estado libre, no le hubiese pedido el coche a tu padre. Si hubiese asumido que yo sé conducir mejor que tú, no te hubiese pedido venir hasta aquí. Fer es el culpable de todo.

— ¿Mi madre viene aquí contigo?

— Tu madre se conoce esto como la palma de su mano. A veces creo que no eres hija suya. — Se quita el enganche del cinturón de seguridad y abre la puerta del coche — . Si no vas a entrar, ¡suerte, cariño! No quieras saber lo que pasa en esos coches.

— ¡Pienso dejarte tirada!

— ¿De verdad? — me reta.

— Te odio tanto.

— ¿Puedes odiarme dentro del local de Paco? He quedado con él en cinco minutos.

— Me da mucha vergüenza entrar ahí.

— ¡Ay, Lola! Es una tienda como cualquier otra.

— ¿Por qué eres mi amiga?

— Tienes un hueco justo ahí. Aprovecha antes de que alguien lo quiera para follar.

Aparco, maldiciendo en voz baja haber salido del trabajo antes creyendo que se trataba de una urgencia.

Apago el motor mientras ella pone un pie fuera.

— ¿Por qué siempre me dejo liar por ella? — murmuro.

Salgo del coche sin ánimo alguno.

— Bien, Lolita — dice cuando cierro la puerta en un golpe seco.

— No pienso hablarte.

— Oh, vaya… ¿De verdad?

— Sí. No pienso hablarte. Me has tendido una trampa.

Emprendemos camino hacia la entrada a la nave industrial.

— ¿No vas a hablarme más?

— He dicho que no.

— Vale, vale. No me hables.

— No pienso dirigirte la palabra.

Llegamos a la puerta donde la luz de los focos me deja ciega. Toda la luz que no hay en la carretera está en ese local. La puerta automática se abre ante nosotras como si fueran las puertas del cielo. Nada más cruzarla, me doy de bruces con una explosión de luz y de color. Enormes estanterías por todas partes, con productos llamativos, cajas y cajas brillantes, carteles que anuncian el tipo de producto y un hilo musical muy animado.

— Ahí está Paco — me advierte Alexia, señalando el mostrador que hay al fondo.

En el lateral hay unas enormes puertas de color negro con un símbolo bien grande.

— ¿Qué hay detrás de esas puertas?

— Espectáculos eróticos y cabinas para mirar las escenas o, masturbarse sin que nadie te moleste.

— ¿Hablas en serio? — Detengo mis pasos, alucinada.

— Paco contrata porno en vivo. Tiene a los mejores actores.

— Alexia, por favor.

— ¿Quieres que vayamos a ver uno? — Mira su reloj.

— ¡No! — Golpeo su brazo.

— Bueno, tranquila. No es para tanto… — Hace rodar los ojos, molesta con mi actitud — . Son muy excitantes. ¡Pregúntale a tu madre!

— ¿A mí madre?

La sigo por el pasillo de los disfraces.

— ¿Puedes dejar de repetir todo lo que digo, a modo de pregunta? — me regaña — . ¡Paco! ¡Paquito!

Alexia y el chico de unos treinta años se saludan efusivamente.

— ¿Cómo estás?

— Tengo la consulta hasta los topes. No me cabe una visita más. Vengo a por material. Paco, te presento a mi mejor amiga Lola.

— Mucho gusto. — Sonríe el de la nave del placer — . Siéntete como en casa, por favor.

— Seguro que sí — mascullo.

Voy tras los pasos de Paco y Alexia, que se cuelan por entre distintos pasillos mientras mantienen una animada conversación.

Paco le cede un carro a mi mejor amiga mientras ella sigue atropellando las palabras.

— Este dildo es una novedad. — Detienen sus pasos — . Me lo trajeron la semana pasada. — Paco alcanza una caja plateada de la estantería — . Se adapta a movimientos más precisos que los últimos que te llevaste. La mujer puede notar sus efectos desde el principio, además de que tiene una textura más rugosa. — Alexia asiente mientras lee los detalles de la caja — . Se supone que han conseguido un efecto más real. Los estadounidenses piensan en todo.

— Ya veo.

— El diseño es más sofisticado que el que te has llevado otras veces. Están cumpliendo con la mirada de mujer.

— ¿Tú qué opinas Lola? — me pregunta mi mejor amiga.

— ¿Yo? — titubeo.

Alexia me planta el aparato delante de las narices.

— ¿Lo comprarías? — insiste en que responda.

— ¿Yo? Ehm… No.

Paco, en un intento de ser atento, baja otra caja del mismo producto, pero en color lila. Me la ofrece mientras me muestra una estupenda sonrisa.

— ¿Qué te parece en ese color, Lola? — me pregunta mi amiga.

— Ehm… Bonito, supongo. Mejor que ese. No lo sé.

— Paco, Paquito... ¿Precio?

— Sabía que venías dispuesta a negociar. — Suelta una sonora carcajada.

Mientras ellos negocian el precio, camino por el pasillo, observando la enorme estantería llena de productos para el placer. Hay dildos rojos, plateados, de látex, sin látex… Uno de ellos con forma de boca de pato. Y ante mi aparece un dildo de tamaño grande, en color verde manzana. Sonrío al pensar que es el color favorito de Mario.

— Si me permites… — Paco me quita la caja que me ha ofrecido antes y me la cambia por la de dildo de color manzana — . Esa película que cubre el pene hace que se deslice con más facilidad por la vagina. La primera vez que una mujer usa este tipo de dildo, especialmente teniendo en cuenta que el tamaño es superior a la media de un pene español, el resultado es brutal, porque se cuela dentro con tan solo la mezcla de la lubricación natural.

— ¿Tanto? — Trago en gordo al imaginarme ese dildo dentro de mí.

— Se puede usar a solas o en pareja. Aunque, yo lo recomiendo en pareja. Doble penetración, por ejemplo.

— ¿Qué? — titubeo mientras observo la enorme pieza.

— Lo que quiere decir, Lola, es que permite una penetración muy versátil, cielo.

Paco y Alexia intercambian sonrisas.

— Versátil — murmuro.

— Entonces, Alexia, ¿uno o…?

— Mejor dos, Paquito. El segundo ya tiene dueña. Me gusta el diseño que tiene. Se lo obsequiaré a una clienta que ha pagado diez sesiones.

Paco baja dos ejemplares mientras sigo mirando el dildo que tengo en la mano. Jamás usé algo así. Gero no creo ni que quisiese usar la palabra versátil en la cama.

— Este va de mi cuenta, Lolita — susurra Alexia quitándome la caja de las manos y lanzándola al carrito de la compra — . Sé que Mario te hace sentir sexy y muy sexual, pero tienes que llevarte al límite, amiga. Deja de pensar en lo que tenías con Gero y atrévete a vivir cosas nuevas.

— ¿Cómo sabes que estaba pensando en…?

— Mario seguro que sabrá hacer un maravilloso espacio a lo que compres en esta tienda, no como ese troglodita de tu exmarido.

— ¿Crees que él…? Madre mía… — Me ventilo con la mano, bajando el calor en mis mejillas — . No lo veo hasta el viernes.

— Entonces, úsalo en casa antes de que te subas a ese tren dirección a Madrid. — Me guiña un ojo, pícara — . Prueba a disfrutarlo sola, y luego disfruta con él.

Toco con el reverso de la mano mis mejillas, que arden como el infierno.

— ¿Yo sola?

Alexia tacha algo de su lista mientras se ríe por lo bajo.

— ¿Hablas en serio?

Cuando va a responderme, suena una llamada en mi teléfono.

Es Mario.

— Ni que me hubiese leído el pensamiento. — Le muestro la pantalla de mi teléfono.

— O quizás se lo he puesto fácil.

Descuelgo inmediatamente.

— Así que de compras — responde a modo de saludo.

— ¿Cómo sabes que estoy de…?

Alexia se ríe a carcajadas.

— No has contestado a mi pregunta — insiste mi adonis.

— ¿Te lo ha dicho ella? — Golpeo el brazo de mi amiga.

— En realidad, me ha mandado una fotografía en la que estabas muy concentrada mirando un ¿vibrador?

— ¿En serio, Alexia? — le regaño, pero no afloja la risa — . Esto…, Mario…, solo estaba mirando mientras ella compraba para las clientas de su consulta.

— ¿Y solo va a comprar ella?

— ¿Qué?

— Reformularé la pregunta: ¿has comprado para nosotros dos?

— Alexia quiere comprarme una tontería, pero…

— ¿Y puedo saber qué es esa tontería?

— Es un dildo de color verde que me ha llamado la atención, pero…

— Perfecto. Simplemente, perfecto. ¡Cómpralo!

— Si ni siquiera lo has visto — pronuncio entre risas.

— ¿Vas a traerlo a casa este fin de semana?

— No sabía que te gustase jugar con algo así.

— ¿Bromeas? — Escapa una sonora carcajada — . Si hace falta lo pago yo. Oye, quizás puedas dar una vuelta más y comprar más cosas.

— La verdad es que no creo que encuentre nada.

— Estoy seguro de que Alexia sabrá aconsejarte perfectamente. Compra lo que más llame tu atención o lo que creas que me va a gustar a mí. Puedes comprarme lo que quieras.

— ¿Tú has usado algún juguete en la cama? — Bajo la voz para que la cotilla de mi amiga no escuche la conversación.

— Sí. ¿Tú no? — pregunta con cierta incredulidad.

— Mi exmarido no era muy partidario de estas cosas.

Alexia se ríe de nuevo. Mis intentos de intimidad con Mario no han valido de nada con sus orejas pegadas a mí.

— ¿Sabes lo peor de esta conversación, Lola?

— No.

— Voy a tener que darme una ducha fría en cuanto llegue a casa. — Suelta sonoras carcajadas. Alexia le sigue — . Me está matando no usar todo lo que compres ahora mismo, en nuestra casa.

— Nuestra casa. — Suspiro, ilusionada con esas palabras.

— Lola, te echo de menos.

— Yo también.

— Oh… — canturrea Alexia.

— ¡Para! — La empujo para que me deje intimidad.

— Lola, ¡entro en el ascensor de la oficina! Se cortará la llamada. Y ya sabes: si algo de esa tienda va a mi cargo, lo pagaré encantado.

Sin más, termina con la llamada.

Sonrío, mirando la pantalla.

— Así que Mario se ha enfadado mucho — se burla Alexia.

— ¿Le has mandado una fotografía? ¿En serio?

— Estabas tan graciosa... — Se encoge de hombros restándole importancia — . Menuda pieza, amiga. Le llamaremos Hulk.

— Idiota.

— ¿Qué te ha dicho de mis compritas?

— Quiere que compre más cosas.

Alexia da saltos de alegría mientras yo niego con la cabeza reprobando la actitud de mi amiga.

— ¿Qué fotografía le has mandado?

— No te la pienso enseñar.

— ¡Alexia!

— Paquito, ¿nos llevas a la zona de lubricantes, querido?

***

— Quizás tengas razón.

— ¿En qué, cielo? — pregunta mientras sigue mirando las bolas de silicona.

— Mario me hace sentir muy sexual. Me apetece pedirle miles de cosas de las que me has contado.

— Eso es porque Gero quería tu lado sumiso, pero con malas intenciones.

— ¿Crees que él me hizo sumisa?

— No lo creo, lo sé. En el mal sentido de la palabra.

— No sé.

— Cuando estabas desnuda frente a Gero, ¿te sentías segura?

— No me desnudaba, Alexia. Dejé de hacerlo porque sabía que miraba mis imperfecciones y las decía en voz alta.

— ¿Y con Mario? — Detiene sus pasos y me muestra una sonrisa de lado.

— Es que él tiene esa forma de mirarme que… Uf… — Suspiro — . Mario me excita mucho. ¡Es una locura!

Emprende de nuevo sus pasos, caminando por el pasillo mientras me deja pensativa.

— Alexia, espera. ¡Alexia!

Vuelvo a ponerme a su altura.

— ¿Cierras los ojos cuando estás a solas con él?

— Vas a tener que ser más clara porque no estoy entendiendo nada de lo que dices.

— Lola, ¿lo haces? ¿Cierras los ojos?

— Sí.

— ¿Los cerraste alguna vez con Gero?

— Ehm… No lo sé… Supongo… No lo recuerdo — titubeo.

— Ya me has respondido, amiga

— ¿Los cierras tú con Jesús?

— ¿Sabes que he estado con muchos hombres, pero con ninguno cerraba los ojos porque no confiaba en ellos lo suficiente como para perder de vista lo que querían hacerme en la cama? — Deja una pausa para que asimile sus palabras — . Ni siquiera en los besos. Sí, amiga, les temía a pesar de disfrutar del sexo. — Abro los ojos al escuchar su confesión. Nunca me dijo esto antes — . Porque las mujeres nos protegemos, cielo. Es algo que normalizamos hacer cuando estamos a solas con un hombre con el que no conectamos. Aunque estemos desatadas en la cama, seamos unas zorras con ellos, hay un sexto sentido que activamos para protegernos de su lado más egoísta. Los hombres, sin embargo, no sienten que deben protegerse de nada con nosotras.

— ¿Sigues protegiéndote?

— Lolita, cuando Jesús llegó a mi vida, simplemente, cerré los ojos y me dejé llevar en el sexo. No sentí el más mínimo miedo de estar entre sus manos. Ese día viví el sexo más brutal que había tenido con ningún hombre. Sí, había estado con los ojos bien abiertos desde que lo hice la primera.

# CAPÍTULO 11. NI OLVIDO, NI PERDÓN

*Narra Mario*

Mi reloj marca las seis de la tarde. Lola estará a punto de llegar a la estación de tren y todavía estoy reunido con Mamen, Sergio, Manuel y Helena. A pesar de ser viernes, parece que nadie tiene prisa por llegar a casa.

— Mario, me gusta mucho como estáis enfocando la campaña — me halaga Mamen — . Lo tenéis todo bajo control. Parece que esta chica, Lola, trabaja muy bien.

— El diseño es más espectacular que cuando lo explicaron por primera vez — continúa Sergio con los halagos — . Enhorabuena. No tengo palabras.

Lola se ha encargado de que nos llegaran las primeras copias de los carteles publicitarios.

Su diseño es arte.

— Mamen, para eso le pagamos — le reprocha Helena — . Con la cantidad de dinero invertido, ¿soy la única que esperaba más?

— Es un buen trabajo — le respondo mientras sigo pendiente de las agujas de mi reloj — . Maldita sea… Lola está bajándose del tren ahora mismo — mascullo.

— ¿Eso es un buen trabajo, Mario? — cuestiona mi ex.

— ¿Lo comparas con la última campaña que dirigiste tú o…? — ataca Sergio.

— ¿Cuándo estará todo listo? — Evita a Sergio para dirigirse a mí de nuevo.

— Antes de lo previsto: el 1 de diciembre.

Sergio, Manuel y Mamen celebran estar a punto de vivir el éxito. Helena, sin embargo, me encara de mala gana, entrecerrando sus ojos para amedrentarme. No aparto la mirada; quiero que se dé cuenta que ya no tiene el más mínimo poder sobre mí.

— ¿Por qué no lo revisa y que quede mejor? — me espeta.

— Helena… — le reprende Manuel, molesto.

— Mario, ¿te ha comido la lengua el gato? ¿Todos contestan por ti? — sigue provocándome, como me advirtió mi amigo y abogado.

— Si no te gustan los carteles, simplemente, no los mires.

— ¿Y estudiamos en la misma universidad? — Fuerza carcajadas. Me crispa ese sonido — . Sabes que eso de ahí no es lo que merece esta empresa. Somos Cócó, Mario. ¿Acaso no sabes en qué posición estamos en bolsa?

— La que no lo sabes eres tú.

Helena se repasa los labios con la lengua sin saber qué contestar.

Se recrea en ser el centro de atención de la reunión hasta que da de lleno contra mi orgullo.

— Entonces, ¿1 de diciembre? — me vitorea Sergio.

— Deberíamos hacer una presentación en sociedad — espeta la víbora — . Una fiesta, en Barcelona.

— ¿Qué? Ni hablar.

— Explícate — pregunta un interesado Manuel.

Niego con la cabeza para que no le dé alas. Solo falta que Helena camele a Manuel y pierda a mi mejor aliado.

— Una… ¿fiesta…? — Sergio me mira con cierta culpabilidad.

— No vamos a celebrar ninguna fiesta — les advierto.

— Mario, me decepciona tu actitud. No sabes trabajar en equipo — me vacila Helena — . Mamen, Sergio y Manuel están deseando hacer una fiesta.

— He dicho que no — respondo tajante.

— ¡Chocolate *party*! — grita con un forzado entusiasmo para contagiar al resto — . Nuestros bombones merecen una fiesta. ¡Y muchas copas de champán!

— Helena, deja de proponer algo que no voy a organizar.

— Si Lola es tan buena en hacer eventos, podrá conseguir una fiesta en condiciones. Descansa, Mario… Ya has trabajado mucho…

— No.

— ¿No la vez capaz de eso?

— Una fiesta no estaría mal — musita Mamen.

Helena se sirve un vaso de agua mientras me muestra una sonrisa de satisfacción.

— He dicho que no.

— ¿Con qué objetivo no quieres hacer una fiesta? — pregunta tímidamente Mamen.

— Mario, se trata de conseguir un mayor impacto de ventas. Quiero conocer a nuevos amigos inversores. Actores, empresarios, *influencers*… — lista mi ex.

Guardo los bocetos en la carpeta sin añadir una sola palabra más. Mi cabeza ya está en esa estación de tren abrazando a Lola.

— Mario, quizás… — titubea Sergio al ver que lo fulmino con la mirada — . Quizás es buena idea.

— Sergio, al fin nos entendemos — lo vitorea Helena.

— Es físicamente imposible organizar un evento de las características que está diciendo nuestra compañera.

— ¿Tendríamos presupuesto para pagar a Lola? — pregunta Mamen.

— Uy, compañera… — se burla Helena.

Manuel, Mamen y Sergio empiezan a hablar entre ellos; los ha convencido. Me acerco a Helena mientras ellos mantienen esa conversación.

— ¿Qué coño pretendes?

— ¿Coño? — Arruga su nariz como muestra de desaprobación — . Antes no hablabas así.

— ¿Qué coño pretendes? — insisto en remarcar la palabra que tanto le incomoda.

— Hundirla.

— Deja a Lola en paz.

Ricardo retumba en mi cabeza: me dijo que no hablase con ella, que vendría a sacarme de mis casillas para perjudicarme en el divorcio, pero Helena se está excediendo y no voy a permitir que haga daño a Lola.

— Mario — llama mi atención Manuel — . Siento decírtelo, pero Helena tiene razón.

— ¿Cómo? — cuestiono por encima de las risas de mi ex.

— Quizás debamos poner el broche de oro a esta campaña. Tenemos presupuesto para un evento de cuatrocientas o quinientas personas.

— Es de locos — pronuncio entre risas de incredulidad.

— Mario, una fiesta puede ser clave para la promoción — aclara Mamen.

Masajeo mi frente. Es horroroso el dolor de cabeza que tengo desde el lunes. Me va a estallar la cabeza. Los pinchazos son cada vez más intensos, me nublan la vista y siento ganas de vomitar.

Aprieto mis ojos con fuerza y escapo el aire por la boca, a trompicones, buscando calma.

— Es una cantidad de dinero que no dañará los beneficios de este año — aclara Manuel.

— Yo creo que Lola puede hacer un evento impresionante.

— También lo creo, Mamen — responde un entusiasmado Sergio — . Son los mejores diseños que hemos visto jamás.

— ¿De cuánto dinero disponemos? — pregunta Mamen.

— Quizás de… Dejadme ver… — Manuel revisa la hoja de cálculo que me sé de memoria — . 35.000 euros.

— Eso es bastante para un gran evento. Canapés, bebida, música… — lista Mamen.

— ¿Pensáis que esto se organiza en dos días? — les recrimino fastidiar la planificación por un capricho de Helena.

— Deja que llame a Pablo. Llegaré a un acuerdo con él.

— Quiero que conste en acta que no me parece adecuado trabajar de este modo. ¡No estoy de acuerdo con ese evento!

Manuel baja la mirada a su montón de páginas y páginas del proyecto. Sergio y Mamen me miran con cara de cordero degollado. Helena tiene a tres sumisos lamiéndole el suelo por donde pisa y se muestra victoriosa.

— Llevo muchas horas dedicadas a este proyecto.

— Te pido disculpas, Mario, si te ha parecido que no valoramos tu esfuerzo — se disculpa Mamen.

— Dejadme a solas con Helena — exijo.

— Mario, creo que es mejor que tú y yo hablemos a solas — me aconseja Manuel.

— ¿No tienes que hablar antes con Pablo? Si ya está decidido lo de la fiesta, ¿qué tenemos que hablar? — Le señalo la puerta — . Espero que el jefe de Lola tenga más cordura en esto y te diga que es inviable lo que pretendéis. Y, ahora, dejadme con Helena a solas.

Sergio y Mamen se limitan a avanzar hacia la puerta sin abrir boca. Manuel les sigue los pasos, cabizbajo. Helena, sin embargo, se acomoda en la silla y sonríe, crecida.

— ¿Qué pretendes con esto?

— Estás muy nervioso, ¿no crees? Cuando estábamos juntos no perdías los nervios tan fácilmente.

— ¿Una fiesta, Helena? — le recrimino la propuesta, amenazante — . ¿De verdad te atreves a pedir algo así sabiendo lo que supone, solo por hacerme daño?

— No te haría esa clase de daño, Mario — pronuncia entre risas.

— ¿De qué vas?

Me repasa de cuerpo entero con una mirada que conozco bien en la intimidad. Le excitan las discusiones. Se lame los labios mientras sigue mirándome de modo seductor.

— Podemos arreglar lo nuestro antes de la conciliación y evitar así el juicio. — Desvía el tema con mucha maestría. Usa esa voz sensual que le nace en las discusiones — . Vuelve a casa, Mario. Deja de jugar a que te suplique. Lo del divorcio es…

— Helena, basta.

— Podemos arreglarlo a nuestra manera. Sin abogados, sin procuradores, sin jueces…

— Estoy hablando de trabajo.

— ¿Le has advertido a Ricardo que no se sienta mal si no consigue nada con mis abogados? Son sumamente buenos. Qué te voy a contar que no sepas.

— Para mi mala suerte, sé demasiado de tu familia.

— Lola es la que no sabe quién es mi familia. Con lo del divorcio has desprotegido a tu capricho.

— Helena, eres muy ruin. No te creía capaz de algo tan rastrero.

— Podría retirar la demanda por abandono del hogar si vuelves a casa esta noche, Mario — insiste en hablar de nosotros — . A tu casa — remarca — . Nuestra casa.

Me hierve la sangre. No me puedo creer que sea tan cínica.

— Hablaré con mis abogados, de camino a nuestra casa, en el taxi, si vienes conmigo al salir de aquí.

Detesto a la mujer que tengo delante.

— No vuelvas a dirigirme la palabra, Helena. Ni para la campaña de publicidad.

— Ya he tasado el piso. No te va a gustar el precio, amor mío.

Me marcho a toda prisa. Mis taquicardias toman fuerza.

***

Efectivamente, Lola está hablando por teléfono e intuyo que no es con Alexia, por su cara de enfurecimiento. Me acerco con cautela.

— Estamos hablando de un evento de dimensiones considerables. — Claramente, es Pablo — . Sé que lo han añadido al presupuesto, pero… — Resopla y fulmina con la mirada — . Solo tengo un mes y toda la campaña por desplegar.

— Lola — musito.

— Pablo. — Suspira sonoramente, muy agobiada — . ¿No ves que es imposible? — Deja caer la cabeza hacia atrás, vista al techo — . Sí, jefe… El lunes hablamos… Sí…

— Lola — llamo su atención.

— Subiré a tu despacho a ver eso tan positivo que ves tú. — Arrastra sus palabras, remarcando molestia — . Sé que confías en mí, pero necesitarías un milagro. No… No… ¿Sabes cuántas fiestas de empresa habrá agendadas para diciembre? — Vuelve la vista al frente.

— Lola — suplico.

— Te dejo, jefe. Adiós… Adiós… — Y cuelga la llamada golpeando su dedo en la pantalla.

Lanza el teléfono sobre la mesa, que impacta en la taza de café que ha vaciado con la espera.

— Lola, escucha — me apresuro a explicarle la trampa de Helena.

— ¿Una puta fiesta, Mario? — me recrimina en tono severo.

Manuel es demasiado eficaz. Creía que el jefe de Lola tendría más cabeza en todo esto.

— No he sido yo el que lo ha propuesto.

— Con el trabajo que tengo encima, ¡queréis una puta fiesta para quinientas personas! Es alucinante.

— ¿Puedes escucharme?

— Madre mía… — lloriquea — . No sé si voy a poder con todo. Estoy cansada, estresada, nerviosa… Encima a Pablo le entusiasma la puta idea de invitar a todos sus contactos. A veces es para matarlo… — Muerde su labio inferior con fuerza, descargando la rabia — . ¡Le encantan las fiestas!

Me agacho para estar a su altura. De cerca, veo sus ojos llorosos.

— Ha sido Helena — confieso.

— Mario, ¿en qué coño pensabas al aceptar algo así? ¡No me lo puedo creer! — Golpea la mesa con el puño.

— ¡No lo he aceptado! Confié en que Pablo diría que es una locura.

— ¿Por 45.000 euros?

— ¿Cómo? — Me llevo las manos a la cabeza, estupefacto.

— Voy a tener que estar todo el fin de semana trabajando. ¿Para qué he venido? — solloza.

— Para estar juntos.

— ¿Organizando una fiesta?

— ¿No vas a saludarme, aunque estés muy enfadada? — suplico — . He venido lo más rápido que he podido para recibirte. Te he echado mucho de menos.

— Perdona, perdona. Es que… — Suspira — . No puedo más — se lamenta.

Me besa en los labios, pero sin ánimo alguno.

No quiero que el trabajo rompa la magia de estar juntos. Ese maldito evento va a conseguir que acabemos enfrentados.

— Lola. — Me acerco de nuevo a sus labios, con cautela — . Te quiero, no lo olvides. Esto es una mierda, lo sé. No te haría algo así — susurro sobre ellos.

La beso con ternura. Se deja llevar por la unión de nuestros labios y parece rebajar la tensión de su cuerpo.

— Tengo el coche fuera. Vamos a casa.

— Estoy muy agobiada.

— El lunes nos enfrentaremos a esa mierda, pero, ahora, somos Mario y Lola, sin más. Olvídate del trabajo.

— Suena maravilloso — solloza.

— He comprado una exquisita cena. Cocinaré para ti, abriré una botella de buen vino y veremos la película que te apetezca. Tumbados, en el sofá, mientras disfrutamos de estar a solas tras una horrible semana de trabajo.

— Sí, Mario. — Se lanza a abrazarme por el cuello — . Quiero ir a casa.

***

*Narra Lola*

Hago crujir el plástico del tapón del rotulador.

Es mi quinta llamada.

— Estaba reunido con los gerentes — responde, al fin.

Los ánimos no acompañan. Lleva una semana irreconocible con ese mal humor.

— Mario, ¿podemos hablar de un tema importante?

— No sé si puedo.

Es como si el Mario con el que empecé a revolucionar el mundo de la publicidad desapareciese por completo y me trajese a este ser que no puede dormir, no come, ni respira. Se ha esfumado su creatividad y deposita toda su confianza en la mía, que también está abrumada con tanta presión de Pablo y de las exigencias de los gerentes de Cócó.

— ¿Para qué te han reunido?

— Están cuestionado la dimensión de los carteles, la cantidad que has pedido, la localización que has decidido y dicen que la imagen en movimiento no es lo que esperaban.

— ¿Qué les has dicho?

— ¿Lo hablamos luego, por favor? Necesito un respiro. Son las seis de la tarde y no he comido nada.

— Mario, has defendido nuestra idea a muerte, espero.

— ¿Crees que no he defendido el proyecto en esas tres horas y media de reunión? ¿Te parece insuficiente, Lola? — Resopla. La bocanada de aire da de lleno en el auricular.

— ¿Tengo que parar la producción?

— He discutido con ellos, pero no vamos a mover una sola coma.

— Mario.

— Oh, no… — responde sin ánimo.

Necesito al Mario al que adoro y quiero con locura, pero se ha distanciado de mí por completo.

— No tengo local — le espeto. Dejo unos segundos para que lo asimile — . Los mejores están reservados. Hay convenciones de empresa, cenas y más cenas… Si no tengo local, no puedo organizar nada.

— No sé si quiero hablar de esto ahora. No me encuentro bien. Me duele mucho la cabeza y el corazón me va a mil por hora. Estoy agotado.

— Pero ¡tenemos que aceptar que tenemos un problema!

— Lola.

— Da igual que alargues esta muerte anunciada. ¡No tenemos sitio para la fiesta!

— Lola. — Escucho su quejido al otro lado del auricular.

Seguramente está masajeando su sien, como ha hecho todos estos días cuando ese dolor le estaba consumiendo las energías.

— Te conozco demasiado bien. ¿Vas a decirme ya lo peor?

Observo las hojas que tengo sobre mi mesa. Tengo los nombres escritos de mi puño y letra. Doscientas personas, de las cuales, solo sesenta son realistas porque han confirmado asistencia.

— Solo tengo sesenta y tres personas confirmadas para la fiesta.

— Mira bien la lista.

— En veinte minutos tengo una reunión con Pablo para hablar de esto. No estoy de broma.

— ¡Si deben ser quinientas personas!

— Es increíble tu actitud.

— ¿Qué actitud?

— ¡La tuya! ¿Te crees que puedo hacer venir a mil celebridades a una fiesta de empresa? ¿Quién coño os creéis que sois?

— No veo que avances y me preocupa.

— ¿Te crees que alguien te hace esos diseños y una puta fiesta, trabajando solo ocho horas al día? ¡Si solo vivo para Cócó!

— Es culpa de Pablo.

— Oh, madre mía… — Detengo mis pasos por el despacho — . Hemos caído como idiotas, Mario.

— ¿Cómo dices?

— Ella, Helena.

— ¿Qué pasa?

— La fiesta era una manzana envenenada. Hemos mordido la puta manzana.

— Basta de manzanas. Tienes que buscar quinientas personas.

— Estás siendo un inhumano.

— Lola, ¿hablas en serio?

— Voy a tener el evento preparado en tres semanas, como está firmado por contrato. Lo haré con o sin tu ayuda, porque para eso me pagas. Te deseo mucha suerte con tus pasos en Madrid porque no voy a ayudarte en tu campaña, como hasta ahora. Tu campaña no es la mía. Adiós, Mario.

No espero su réplica. Cuelgo la llamada y golpeo mi teléfono sobre mi escritorio.

Catalina entra por la puerta del despacho. Su cara es de preocupación.

— Se te escucha gritar desde mi mesa.

— Joder, Cat… — me lamento.

— Lola, ¿qué pasa?

— He discutido con Mario por culpa de la puta campaña. ¡Se cree que soy gilipollas! No puedo con todo esto. No puedo.

— La verdad es que Pablo te la jugado bien.

— Otra… — mascullo — . ¿Qué os ha dado con Pablo?

— Lola, estoy segura de que, si lo hablas con Mario, te darás cuenta de que está en el mismo bando que tú. ¿Puedes escucharme?

— No quiero hablar con él. Es un déspota.

— ¡Venga ya! ¿De dónde sacas tanto orgullo con lo bajita que eres?

— Solo le preocupa la puta campaña. Ni siquiera le he llamado como cliente. Necesitaba hablar con Mario, ¡mi Mario!

— Pero es que es tu cliente. Te paga para organizar un evento, ¿recuerdas?

— ¿Te ha pagado a ti para que lo defiendas? — le recrimino.

— Lola, lo adoras. Todo esto de la campaña pasará, pero lo vuestro seguirá. No sé qué haces hablando conmigo, pudiendo hacer las paces con el hombre que tiene esos labios que llenan un cartel que ocupa metros y metros de la ciudad. Lola… — Ronronea como un gato — . ¿Puedes escucharme? ¿Hola?

— Iré a la reunión con Pablo y cuando vuelva aquí me lo pensaré. Estoy furiosa con Mario.

— No está mal, al menos te lo vas a pensar.

— ¿Qué coño te pasa con Mario? ¿Es tu amigo, ahora? — le recrimino mientras voy directa a la puerta.

— Es tu culpa por hablarme tan bien de él — pronuncia entre risas.

***

Pablo ha citado a su mujer a la reunión. Ha sacado la artillería pesada para organizar esa fiesta del demonio.

Me siento en uno de los sofás. Ellos dos se mantienen en el grande, bien juntitos y sonrientes. Observo a Beatriz: viste con las mejores firmas de ropa de este país, elegante y sofisticada, y con esas joyas de grandes diseñadores.

— A pesar de que mi bella esposa está algo informada de la situación, creo que es bueno que

hablemos bien sobre la estrategia para conseguir una buena asistencia al evento.

— Pablo me ha dicho que necesitáis mi ayuda para conseguir algunos invitados.

— ¿Algunos? — cuestiono la información de Pablo.

Mi jefe no se casó con una pobre que mendigaba por la calle, sino con la hija de un importante empresario y político de este país. Su trabajo es mantener contacto con los peces gordos, a nivel nacional e internacional, para que la empresa suba como la espuma. Ella prepara el terreno y Pablo cierra los tratos en estos sofás. Son una pareja de ases.

— Nos han pedido quinientas personas — aclaro.

— Son muchas personas, esposo.

— No te preocupes, amor mío, porque Lola ya tiene la mitad de los invitados. Para alguien como tú no es un problema contactar con unas doscientas más. Confío en que sabrás dar con las personas adecuadas — insiste en adularla.

— Pablo, solo tengo ses…

— Lola, por favor, deja que mi esposa se encargue de todo — se impone en la conversación.

— ¿Actores? ¿Empresarios? ¿Políticos?

— Todos, querida. Todos — sigue mostrándose cariñoso con ella mientras me da la espalda para que no pueda fijarse en mi cara de estupefacción.

— Lola, ¿te parece que organice una subasta en el evento? — Aparta a su esposo para buscar mi atención.

— Pues…

— Claro que le parece bien — responde él por mí, a toda prisa.

— Puedo organizar una subasta de arte. A las puertas de Navidad es más fácil que quieran cerrar sus números anuales con donaciones.

Me encojo de hombros antes de que Pablo pueda volver a interrumpirme.

— Eres la mejor en las subastas.

Ni siquiera sé qué hago en esta reunión. Pablo no me deja abrir la boca y está maquillando todo el problema que tenemos encima.

— ¿Puedes darle tu lista, Lola?

— Claro. Aquí está. — Le entrego la hoja con todos los tachones.

— Vaya… — Gruñe la esposa del año — . Son pocos los que quedan vivos. — Revisa mi trabajada lista — . ¿Cuántos son?

Pablo mira el trozo de papel y retuerce el gesto en desaprobación. Lamentablemente, se lo dije y no hizo nada por ayudarme.

— Estoy seguro de que Lola se equivoca de lista. ¿Puedes darle la otra?

— En realidad, es la ún… — Pero me fulmina con la mirada callándome en un solo gesto.

— Mientras Lola busca la otra parte de la lista, empezaré con las llamadas.

— Si no me necesitáis, Pablo. — Me pongo en pie.

— Oh, querida, ¿ya te vas? — Fuerza un tono triste — . Si acabas de llegar.

Miro a Pablo. Por lo visto, las normas son que él decide cuando debo hablar.

— Tiene mucho trabajo — responde por mí, otra vez — . Deja que vaya a organizar al equipo.

— ¡Para un día que vengo! Quería charlar con ella sobre la ‘Ciudad de azúcar’ — lloriquea como una niña pequeña a pesar de rondar los cincuenta años.

— Os veréis en la fiesta.

— Eso espero — mascullo.

— Lola, por favor, no te olvides de darme el resto. — Me muestra la única hoja que va a ver por mi parte.

Antes de salir por la puerta, observo cómo mi jefe sigue comportándose como un baboso con su esposa. Ella parece divertirse con ese lado insistente de mi jefe, sin darse cuenta de que la está manipulando para cobrar una estafa. De repente, mis ojos no ven del mismo modo a Pablo. Es como si esa admiración que sentía por él se hubiese desvanecido al aceptar este suicidio de evento. Mario y Catalina tenían razón con el lado ambicioso de Pablo: nunca le importó llevarme al límite y sacar beneficio de ello a costa de mi estrés.

***

*Narra Mario*

Me temo lo peor. Mi teléfono vibra. Es ella.

— ¡Lola! — respondo desesperadamente.

— ¿Cómo te encuentras?

— Siento haberme comportado así. Estoy muy nervioso. ¡Histérico, más bien! — Hago malabares para quitarme la chaqueta que me acalora — . Me duele la cabeza todo el tiempo y ni siquiera me deja pensar con claridad. Perdóname si...

— Mario.

— Sabes que no quería faltarte al respeto, ¿verdad?

— Nos amamos. — Me emociono al escuchar esas palabras — . No podemos dejar que esto nos supere.

— Lo siento, lo siento, lo siento. ¿Podrás perdonarme por haberme comportado como un capullo?

— Nos hemos equivocado los dos. También te pido disculpas por mi forma de tratarte. Es cierto que a otro cliente no le habría hablado así y que te puse en un compromiso.

— Lola, no quiero ser tu cliente.

— No recordaba lo difícil que es para ti ver errores en las cosas. Te está superando más que a mí ver todo lo que está pasando, ¿verdad, chico listo?

— No quiero me trates de forma distinta.

— Quiero entenderte. Si algo te supera, debo saberlo.

— Y yo necesito irme de Cócó. Me está llevando al límite.

— Reconciliémonos con la vida este fin de semana, ¿quieres? Ya tengo los billetes de tren. El viernes, directa desde la oficina.

— ¿Estarás conmigo el viernes por la noche? — pregunto con entusiasmo.

— Solo nos quedan tres días.

Esa noticia provoca que dos lágrimas caigan por mis mejillas, sin esfuerzo. Solo tengo que esperar unos días para verla, pero se me está haciendo eterno.

— Tengo muchas ganas de verte, adonis.

— Y yo a ti.

Más lágrimas caen por mis mejillas, emocionado al escucharla. Por un momento pensé que la perdía. Ella es lo más importante en mi vida, no esa estúpida campaña y ese demonio de fiesta.

— ¿Cuándo tienes la conciliación con Helena?

— El jueves. — Me seco las lágrimas que empapan mis mejillas.
— Entonces, el viernes celebraremos que has ganado esa batalla.
Necesito empezar ya esa vida junto a ella, en Barcelona.

# CAPÍTULO 12. UTOPÍA

Ivone es una excompañera de universidad. A partir de tercero, el destino hizo que nuestros caminos se separasen, hasta que un día, Pablo quiso presentarme a su diseñadora de interiores para sus casas, y resultó ser Ivone. Desde entonces, solo cuento con ella para los eventos que organizo para los mejores clientes de la empresa. Tiene una creatividad impresionante; es resolutiva y tiene muchos contactos.

— Ivone, menos mal que estás aquí.

— He dejado plantados a mis proveedores de telas por ti. ¿Qué te ha ocurrido? Menudo mensaje que me has dejado.

Le cedo la silla a toda prisa. Deja su maletín encima de la mesa, sin quitarme el ojo de encima.

— ¿Quieres un café? ¿Un bollo? ¿Algo salado…?

— Lolita, ¡me va a dar algo!¿Quieres contármelo de una vez?

— Tengo que organizar una fiesta.

— Espera, busco mi agenda y mis catálogos nuevos. ¡Tengo unas novedades que vas a alucinar! Unas piezas que vienen del norte de Europa, con calidades y acabados muy de tu estilo.

— Ivone.

— Tienes que pasarte por mi zona de trabajo. Tengo el taller lleno de nuevas adquisiciones.

Palmea mis piernas, cariñosa. Poco le va a durar el entusiasmo cuando se entere del lío en el que quiero meterla.

— Es una campaña de bombones, una edición exclusivamente para Barcelona.

— Podemos usar mobiliario industrial; madera desgastada, hierro en mate negro, lámparas tenues…

— Es una propuesta muy arriesgada, Ivone.

— ¿Hípster, Lolita? Habla claro — pronuncia entre risas. Detesta ese concepto.

No veo el momento de confesarle mi problema.

Mi única salida es que me haga este inmenso favor.

Me siento una mierda de persona por usar nuestro cariño como moneda de cambio, pero no quiero dejar colgado a Mario con este lío.

— ¿Local? ¿De cuántos metros cuadrados estamos hablando?

Llegó el momento.

Niego con la cabeza.

La tengo muy bien acostumbrada, siempre tengo los deberes hechos.

— ¿Trescientos invitados?

Vuelvo a negar con la cabeza.

— ¿Más de trescientos? ¡Entonces, es una señora fiesta!

— Ivone. — Se le cambia la expresión de la cara al darse cuenta de mi entristecido tono de voz. Me conoce demasiado bien — . Tengo un problema con lo de la fiesta. No es lo que crees.

— ¿Cuál? — Entrecierra los ojos para analizarme.

— Necesito Utopía.

La estructura del edificio, conservada tras el paso de los años, muestra la producción textil de la época. Allí trabajaron mujeres que tejían preciosas telas para la burguesía. La nave tiene enormes salas, a cuál más impresionante. Los dueños se han encargado de transformar algo envejecido, una fría fábrica, en algo idílico.

— Así que Utopía… Vaya, vaya… Es el mejor local que tengo.

Repasa su agenda.

Retuerce el gesto a medida que pasa las páginas. Tiene miles de anotaciones.

— Ivone, ¿puedes mirarme un segundo? Hay algo más.

— ¡Eh, fíjate! — Me muestra una de las páginas de su agenda — . Utopía queda libre para la última semana de septiembre del próximo año. ¿Te da tiempo suficiente a desarrollar la campaña?

— A ver cómo te digo esto… — Suspiro, muy agobiada — . La fiesta es el 1 de diciembre.

— ¡Ah, bueno! Mejor me lo pones. — Pasa rápido las páginas de su agenda — . Entonces sí puedo reservar Utopía con tiempo.

— Es este 1 de diciembre. Me refiero a dentro de unas semanas.

Se le cae la agenda al suelo, estupefacta.

— ¡Tengo un plan, Ivone! Bueno, no lo tengo… Pero ¡lo tendré!

— Menuda encerrona — masculla.

— Ivone, escucha: sé que parece una locura, pero…

— Lolita, sé cómo trabajas y esa fiesta de la que hablas no se hace en dos días. Tienes una mente privilegiada, pero lo que me estás proponiendo es un suicidio.

— Te necesito — suplico.

— ¡Anula esa fiesta!

Sin ella estoy perdida.

Ivone se da cuenta de que me muerdo el labio inferior con fuerza para frenar el lloro, sobrepasada por el estrés.

— No me hagas esto. — Chasquea la lengua en el paladar, con fastidio — . No puedo verte así.

Tengo unas ganas inmensas de llorar.

— Eres metódica, creativa, orientada al detalle… ¿Qué te ha ocurrido?

— No es culpa mía — respondo en un hilo de voz.

— No entiendo nada.

— Pablo me matará como no haga algo decente.

— Pablo me come el coño. Oh, cuánto lo detesto… Es asquerosamente machista. — Gruñe.

— He trabajado mucho para esta campaña. Me estoy dejando la piel.

— Tienes mala cara, cielo. No quería decírtelo cuando nos hemos saludado, pero estás empezando a transformarte en un zombi.

— No estoy durmiendo apenas. Solo pienso en los carteles, en los invitados, en… en… en…

— Eh, Lola — interrumpe mi tartamudeo — . Sinceramente, con lo poco que Pablo valora tu trabajo, que le den por el culo. Ese tal Mike tiene más beneficios que tú, por menos trabajo. Sé de lo que hablo…, he trabajado con él. Pablo lo tiene muy contemplado, no como a ti. — Hace rodar los ojos, remarcando su molestia con mi jefe — . Ya sabes que otras empresas con las que trabajo me han preguntado por ti cuando les muestro tus resultados. Solo tengo que descolgar el teléfono y… .

Me lanzo a abrazarla con fuerza. Me siento aliviada al sentir que me devuelve el gesto.

— Mi niña — susurra mientras me envuelve entre sus brazos — . Eres demasiado buena para esta mierda de empresa.

— Ivone, gracias.

— ¿Por?

— Por no marcharte corriendo cuando te he dicho la verdad.

— ¿Por qué te has metido en esto?

Catalina abre la puerta y espera mi permiso para poder entrar.

— ¿Y ese abrazo, chicas?

— Ven, cariño — le invita Ivone — . Estoy consolando a la petarda de la fiesta.

Catalina cierra la puerta y viene corriendo hacia nosotras.

— ¿Te has enterado de lo que le ha hecho Pablo?

— Lo mataría.

— Mike está sin proyecto, Ivone. A Lola le ha endosado un proyecto que parecen cinco.

— ¿Qué voy a decirle, Cat? ¿Crees que puedo dejarla así? — Me abraza con fuerza — . ¿Utopía, dices?

— Ivone, ¿vas a intentarlo? — La encaro, sorprendida por su respuesta.

Se peina su encrespado cabello. Ese rizo espeso, estilo afro, es parte de su personalidad. Necesito a esa alocada y llamativa cabeza en plena acción.

— Es muy difícil que consiga ese maravilloso local. ¿Sabes lo solicitado que está?

— Dile a tu amigo que le pagaré más — suplico — . Recortaré de otras cosas, si me consigues Utopía.

— Es una locura. Cat, ¿qué ha pasado en mi ausencia?

— ¿Y si se trata de un acto benéfico? — Saco la artillería pesada.

— ¿Cómo? — Frunce el ceño, extrañada.

— La esposa de Pablo quiere organizar una subasta benéfica. Peces gordos soltando el dinero antes de acabar el año. Quizás eso ablandará el corazón de tu amigo y ajustará su agenda. Saldrá en la prensa.

— Y a Helena lo que más le gusta es ser altruista, ¿verdad? — se burla Catalina — . La vida no deja de sorprenderme.

— ¿Quién es Helena?

— La ex de Mario.

— ¿Quién es Mario?

— Te invito a comer y te cuento la segunda parte de este culebrón. Me estoy divorciando de Gero.

— Pero ¡qué coño ha pasado aquí! — Se lleva las manos a la cabeza y abre los ojos como platos — . ¿Divorciando? ¡Dios santo!

— Chicas, vamos a comer — nos anima Cat — . Esto se ha puesto interesante. Tenemos mucho que contarnos.

— Ivone, necesito que todo salga bien. No es solo por mí.

— Es por Mario — aclara Catalina.

— ¿Quién es Mario? — insiste Ivone.

— Necesito Utopía. Te juro que necesito ese local.

— Si el jueves al mediodía no os he dicho nada, es que la cosa está difícil — advierte.

— No pienso ir al baño hasta que nos llames — responde Catalina.

— Piénsate lo de cambiar de trabajo, Lolita — me consuela — . Todo esto huele demasiado a

Pablo. Arg… — Simula una arcada.

— No puedes tener más razón — murmura Catalina.

***

*Narra Mario*

Observo mis manos; siguen temblorosas. Helena se ha convertido en mi peor pesadilla.

Esos martilleos en mi sien son agotadores. Ella los acentúa.

— Clever, es normal que tengas miedo.

— No quiero que sea normal.

— Pasar por un divorcio es duro cuando la otra parte va a hacer daño.

Le muestro mis manos.

— Clever, calma… Voy a ir a por ella, tranquilo. — Apoya su mano en mi hombro en un gesto de cariño — . No quiero que mi mejor amigo se sienta así por su culpa.

— Tengo gravado su perfume. — Froto mi nariz — . Me remueve el estómago cada vez que lo tengo cerca. Ha dejado el pasillo impregnado de ese olor.

— Mario.

— Tengo náuseas.

Abro el grifo de agua fría y mojo mis muñecas para aligerar esa sensación.

— Helena no tiene nada contra ti, por lo que va a tener que inventarse algo. Cuando creas que está mintiendo, tócate las gafas y yo me encargo.

— ¿Qué mentiras? — pregunto alarmado.

Ricardo cierra el grifo y me ofrece papel para secarme las manos.

— La he visto y te aseguro que va a por todas. Quiero que te mantengas firme, Mario. Veas lo que veas cuando estés ahí dentro, no digas nada, solo toca tus gafas para que sepa que está mintiendo, y haré el resto.

— No me encuentro bien. Algo me está pasando, Ricardo. — Mojo mis mejillas con el resto de agua que queda en mis manos — . Me estoy mareando…

— Helenita te ha hecho esto.

— Ricardo, yo…

— Vamos a por ella. — Me quita el montón de papeles mojados y los lanza a la basura con fuerza — . No voy a dejar que te arruine más la vida.

— Ricardo, necesito salir de esto.

— Ahora estás en el camino correcto.

— ¿Lo crees de verdad?

— Absolutamente. Clever, todos estamos a tu lado.

— Gracias, joder... — Suspiro, aliviado de tenerlos a todos ellos.

En cuanto Ricardo me invita a salir del baño, soy más consciente de la presión en el esternón. Reconozco esta sensación de ahogo; hacía años que no tenía que controlar este dolor.

Caminando por el pasillo me envuelve el perfume de Helena. El corazón bombea más rápido, mi respiración se entrecorta y la presión en el esternón se hace más fuerte.

— ¿Has hablado con Lola?

— Sí — respondo en un hilo de voz.

— ¿Está bien?

— Hoy tenía una reunión muy importante con la diseñadora de interiores que organiza la fiesta. En parte, mi cabeza también está allí con ella. Me siento horrible por no ayudarla con todo esto. Ojalá pudiese…

— ¿Cuándo las a volver a ver?

— Mañana viene a Madrid.

— Entonces, piensa en eso para tomar fuerzas en la conciliación. Tira de eso que sientes por ella.

— Si pienso en ella…, yo… — Freno mis ganas de echarme a llorar.

— Amigo, lo que hay al otro lado de la puerta es el paso a tener una vida con Lola.

— Lola — sollozo.

A pocos pasos de la puerta, Ricardo se hace con una carpeta cargada de papeles que tienen *post-it* azules sobresaliendo de las hojas.

— Ricardo, ¿crees que yo…?

— Ahí dentro no soy Ricardo, soy tu abogado — advierte en tono severo —. Luego nos iremos a tomar unas copas, pero, ahí dentro, no quiero ni una sola frase fuera de lugar que pueda joderme todo el trabajo que he hecho. No hagas nada que pueda entorpecer mi discurso. Calladito cuando te provoque.

— ¿Va a provocarme?

— Ya lo creo. Señor Vila, usted primero.

Guardo mis manos en los bolsillos del pantalón para que Helena no pueda ver el temblor que persiste en ellas.

Ricardo se encarga de cederme el paso en la puerta.

En cuanto pongo un pie en la sala, el perfume de Helena me azota. Me tambaleo ligeramente.

— Mario — musita Ricardo.

— Ay — balbuceo.

Veo a una Helena totalmente cambiada: despeinada, viste con ropa holgada y sin maquillar.

Ricardo toma mi brazo y me guía hacia la silla que queda justo delante de ellos. Sigo alucinado con la imagen de mi ex mientras poso mi culo en el asiento.

— Buenos días, señor Vila — saluda el letrado conciliador.

Quién es esta mujer que tengo delante. No reconozco a la persona con la que me casé.

— Señor Vila. — Ricardo me regaña por no responder al saludo.

No puedo dejar de mirar a Helena.

— Señor Vila — masculla Ricardo.

— Hola — respondo sin firmeza.

Tomamos asiento.

Helena tiene los ojos rojos e hinchados. Es evidente que ha estado llorando durante horas. Aunque eso mismo le pasó en nuestro matrimonio, siempre cubrió las muestras de tristeza con maquillaje, joyas y ropa llamativa. Hoy, sin embargo, no tiene luz.

— Hemos redactado un acuerdo — comienza el abogado de Helena —. Si no ponen impedimento, procedo a leerlas…

— Mi cliente no firmará nada que salga de su despacho — interrumpe Ricardo, tajante —. Esto es una conciliación para acordar puntos comunes. — Remarca la última palabra.

— Y nosotros hemos incorporado esos puntos comunes — responde con condescendencia el abogado de Helena.

— Eso está por ver.

Pensaba que Ricardo sería mucho más cauto, pero su tono agresivo marca territorio a marcha forzada.

La conoce muy bien. No se soportan desde que los presenté. Los años han alimentado que ambos se odien con más ganas.

— Exigimos que la conciliación sea *express* para no alterar la salud mental de mi cliente. — El abogado de mi ex se hace con un documento de su carpeta — . Por ese motivo hemos solicitado este proceso extrajudicial para llegar a un acuerdo en el menor tiempo posible.

— Ya me dirá cómo ha logrado que sea todo tan rápido, abogado. No conozco otros casos en los que, en menos de 1 mes, se haya llevado a cabo una conciliación de estas características.

— Tenga por seguro que queremos lo mejor para su cliente, abogado.

Contengo la respiración, asustado. No quiero firmar nada.

El contrario desliza el documento por encima de la mesa y lo deja delante del letrado, incluyendo el campo de visión de Ricardo y el mío. Reconozco el sello del centro de salud.

— La señorita Sánchez ha sido diagnosticada con un cuadro de ansiedad grave a causa del abandono del hogar del señor Vila.

— No use esa acusación. Mi cliente interpuso la demanda de divorcio dentro del plazo de treinta días permitidos desde su marcha — replica Ricardo.

— La señorita Sánchez está en situación de desamparo y desprotección por la marcha de su cliente. Si dejase que leyese el acuerdo, entonces…

Ricardo niega con la cabeza con vehemencia.

— Van a tener que probar ese desamparo y desprotección.

— Su cliente no se ha hecho cargo de los pagos económicos. Eso es desamparo y es desprotección.

— Tenían una cuenta común para los gastos, hasta que la señorita Sánchez decidió cambiar la domiciliación bancaria de los pagos de las facturas de la casa. ¿Quiere que le diga la fecha de ese cambio? — Arquea una ceja, retándole a decirlo en voz alta — . El mismo día que mi cliente se fue a pasar la noche a un hotel para evitar el malestar de convivir con la señora Sánchez tras una discusión en la que ella le amenazó con arruinarle la vida.

Ni siquiera sabía que, tras todo ese llanto desesperado y sus suplicas para que me quedara, ya estaba trazando el plan para vengarse de mí por marcharme de casa.

— El señor Vila hace uso indebido de un cargo de responsabilidad en el departamento que comparten — contraataca el contrario — . Ha estado menospreciando a mi cliente en la toma de decisiones, a razón del proceso de divorcio y de su relación personal.

— ¿Afirma que mi cliente está abusando de su cargo con la señorita Sánchez?

— Exijo que haya tratos diferenciados entre su vida personal y la profesional.

— No ha respondido a mi pregunta.

— Cíñanse a la posibilidad de acuerdo — nos advierte el letrado — . Estamos reunidos para llegar a un divorcio de mutuo acuerdo.

— Increíble — mascullo.

— ¿Cómo dice, señor Vila? — cuestiona el abogado de Helena.

— Procedamos con los puntos del posible acuerdo — corta el letrado conciliador.

Ricardo anota algo rápidamente en su libreta en cuanto el abogado de Helena se hace con las hojas del informe y las guarda en la carpeta.

Mi mejor amigo rebusca en sus maletín y deja sobre la mesa cuatro paquetes de pañuelos.

— Llore cuanto necesite, señorita Sánchez. Tengo cinco paquetes más en mi maletín.

— ¿Qué pretende, abogado? — le recrimina el contrario —. ¿Quiere endurecer nuestro acuerdo?

Me remuevo en la silla, inquieto. No comprendo su estrategia. ¿Acaso Ricardo quiere vacilarle? ¿Burlarse? ¿Desafiarlo? No quiero firmar un acuerdo que me arruinará la vida.

— ¿No puedo ser amable con su cliente?

— Procedan, abogados — interrumpe el letrado.

— La tasación del piso en común es incorrecta — afirma Ricardo.

— Es la que corresponde.

— Es una cuantía por debajo del precio de compra y de mercado.

— La tasación ha sido llevada a cabo por un profesional con certificación homologada.

— Dirá, más bien, por un arquitecto que trabaja habitualmente para el señor Sánchez, padre de su cliente.

— Al señor Vila se le citó y no se presentó — evade la pregunta de mi mejor amigo.

Ricardo me mira y frunce el ceño. Me toco la montura de las gafas para advertirle de que eso jamás llegó a pasar. Si pudiese hablar, juro que le haría tragar esas palabras al abogado.

— ¿Por qué vía se le comunica la cita para la tasación?

El abogado contrario mira a Helena para darle paso.

— Se lo dije personalmente, en su despacho — responde mi ex.

Lanzo las gafas encima de la mesa. Ricardo asiente y sonríe de lado. Me las devuelve para que siga con nuestro código.

— ¿Suele intentar acercarse a su despacho para hablar con él de temas personales, señorita Sánchez?

— No respondas — le advierte su abogado.

— ¿La citación, entonces, fue de palabra? — insiste Ricardo.

Helena sigue pendiente de mi reacción. Muerdo mi labio inferior con fuerza para callar lo que pienso de su ruin actitud.

— Letrado, no responden a ninguna de mis preguntas — se queja Ricardo.

— Aclaren el procedimiento que se siguió para citación, abogado — obliga el conciliador.

— La señorita Sánchez va a comprar el cincuenta por ciento de la parte del señor Vila, como pedía su abogado, cumpliendo con la voluntad de acuerdo. Consta así que mi cliente no pretende…

— Y, nuevamente, no responde a la pregunta — protesta Ricardo.

— Abogado — le reprende el letrado.

— Es la persona que va a pedir la hipoteca la que pide esa tasación — le responde, al fin —. Mi cliente no tiene la obligación formal de citar al señor Vila para la tasación. Se le avisó por deferencia.

— ¿Deferencia? — Ricardo escapa una risa sarcástica —. No se preocupe, el señor Vila pedirá otra tasación. Su cliente va a tener que permitir la entrada para que se efectúe. Oh, perdón, si también es la vivienda de mi cliente — ironiza en las falsas disculpas.

— Consta en acta que se llevará a cabo otra tasación del piso que tienen en común — confirma el letrado.

— El procedimiento seguido ha sido acorde a la legalidad — insiste el abogado contrario.

— ¿A un valor inferior? — cuestiona Ricardo.

— Su cliente no es el comprador.

— La próxima vez, señorita Sánchez, no debe usar el trabajo como medio para llegar a mi

cliente, especialmente, para tratar asuntos personales como la venta de la vivienda en común.

— Fue su cliente el que propuso el encuentro — espeta el abogado de mi ex.

— ¿Cómo dice? — le reta Ricardo.

Me recoloco las gafas en un gesto brusco.

Ricardo me observa de reojo.

El letrado deja de anotar lo que está sucediendo para fijarse en el abogado de Helena.

— Su cliente ha pedido encuentros a solas para hablar de temas personales con la señorita Sánchez, en horas de trabajo. Ella se vio obligada a aceptarlas.

— ¿A qué hemos venido exactamente? — se molesta mi amigo.

Muerdo mi lengua para no dejar escapar una sola palabra.

Me duele la garganta de no dejar salir las respuestas. Siento una fuerte tensión en mis cuerdas vocales.

— Su cliente pidió quedarse a solas con el fin de llegar a un acuerdo fuera de este proceso.

— ¿Se quedaron a solas, señorita Sánchez, para tratar motivos personales o profesionales?

— Sí.

— Sí, ¿qué? — insiste Ricardo — . Sea más precisa.

— Es habitual que busque encontrarse conmigo a solas en el despacho o en la sala de reuniones. Hasta se lo pide a sus compañeros de trabajo, sin reparo, echándolos de la reunión para que nos quedemos solos.

— Sigue sin darme el motivo. — Ricardo deja escapar una leve risa de suficiencia.

— Mario me habló de temas personales.

Mi amigo niega con la cabeza mientras rebusca en sus carpetas.

Me incorporo de la silla, irguiéndome ante Helena.

— Fue muy vehemente en el trato — continúa mintiendo — . No me sentí cómoda, ni segura.

— ¿Cómo te atreves? — Me pongo en pie, con ímpetu.

Helena se sobresalta.

El letrado se tensa al ver mi visceral reacción.

— Abogado, si no puede controlar a su cliente...

— Señor Vila — masculla Ricardo.

— No fue por temas personales, Helena, y lo sabes.

— Si nos disculpan un momento. — Ricardo le pide permiso al letrado.

Me toma del brazo y me obliga a salir de la sala. Me empuja, prácticamente, fuera de la reunión. Cierra la puerta en cuanto pongo un pie en el pasillo.

— Mario, basta de hacer el gilipollas — me recrimina, enfurecido — . Eres más inteligente que todo esto. Contrólate. — Me increpa con el dedo, amenazante — . Esa actitud te perjudica. Pueden decir que es habitual en ti esa postura agresiva con ella. ¿Entiendes lo que eso significa?

— Está mintiendo — mascullo — Yo… Yo… Yo le dije de quedarnos a solas por… por… Ella ha intentado joder a… a… a… — Me apoyo en la pared y cierro los ojos para buscar la calma — . Esto no me está pasando… ¡Ricardo, fue ella la que me pidió que volviese a casa!

— Helena te conoce demasiado bien, Clever. ¡Ese es el puto problema! ¡Te tiene estudiado, joder!

— Quiero irme de aquí — suplico — . No puedo con esto. No puedo verla. Me siento… Me… Me… Me… — Se me nubla la vista. Estoy a punto de estallar en un mar de lágrimas — . Sácame de esta, por favor — sollozo.

Ricardo palmea mi mejilla, en un gesto cariñoso.

— Acabemos con esto de una vez. Cierra la boca, aunque te hierva la sangre. Aprieta los puños dentro de los bolsillos para descargar esa rabia. Lo que quieras, pero no vuelvas a reaccionar a sus provocaciones porque ha venido a desestabilizarte para que firmes cualquier mierda.

— Quiero firmar. Me da igual perder dinero. ¡Vámonos de aquí!

— No te mereces ese trato abusivo. Es mucho dinero, Mario.

— Ricardo, yo… — Aspiro y expiro el aire, incapaz de controlar mis taquicardias.

— Dime la verdad: ¿te quedaste con ella a solas o también se lo ha inventado?

— Eché al equipo de la sala de reuniones porque quería pararle los pies por la que ha montado con la fiesta de Cócó.

— ¿Sacaste tú el tema del divorcio?

— No, ¡claro que no! ¡Fue ella!

— Es tu palabra contra la suya.

— ¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Acaso no me crees?

— En mi mundo, no jugamos a creencias, sino a hechos. Y los hechos son que pediste quedarte a solas con ella y nadie escuchó vuestra conversación.

— ¿Qué coño significa eso?

— No seguiste mis instrucciones.

— No podía permitir que jodiese a Lola.

— Te dije que te haría una encerrona. Aquí la tienes, acusándote.

— ¿Yo tengo la culpa de que ella desvíe el tema y me insista en volver a casa?

— La tienes en no hacerme caso — responde tajante. Me quedo petrificado — . Te dije que la evitases, Mario. Acabas de verle los colmillos a Helena y te has llevado el primer mordisco. Estabas advertido.

— Ricardo, escucha.

— Vamos dentro. Mantén la boca cerrada.

Se marcha directo a la puerta de la sala.

Camino hacia su posición sin mucha firmeza, mareado por culpa de las náuseas y del dolor de cabeza.

Abre la puerta y me cede el paso.

Entro en la sala, hecho un flan.

Ricardo me sigue pasos atrás.

Volvemos a sentarnos uno al lado del otro.

Se hace un silencio en la sala mientras Helena, su abogado y el letrado me miran.

Mi ex mira a su abogado. Él niega con la cabeza.

Ricardo se hace con un sobre de color ocre. Elige unas fotografías y las posiciona encima de la mesa, bien ordenadas. Aparentemente, es una secuencia. En una de ellas se ve a Helena, riéndose con sus amigas, sentadas en una terraza de un bar de copas, sirviendo una botella de vino. En la siguiente, ella es la que bebe de la copa.

— ¿Es usted, señorita Sánchez?

Reconozco a Eva, Vanesa, Tatiana y Abigail, sus mejores amigas. Todas divorciadas y sangrando a sus ex. Odiaba esas conversaciones que tenían en casa.

— Son fotos tomadas hace exactamente dos viernes — aclara Ricardo.

— Las fotografías pueden estar tomadas en cualquier fecha — le advierte, con

condescendencia, el abogado de Helena —. Y le recuerdo que no estamos en un jui…

—Mire aquí. — Ricardo señala la pantalla de la farmacia donde se indica la hora, el día y la temperatura —. No me subestime, abogado. Ellas mismas han puesto la fecha y la hora en bandeja.

—¿Para qué presenta estas fotografías? — pregunta el letrado conciliador.

Ricardo vuelve a buscar dentro del sobre de color ocre y muestra más fotografías. Esta vez, hasta Helena se incorpora para fijarse en ellas de cerca.

—A la que sirve una copa de vino es la doctora Collado, la misma que firma el diagnóstico de ese informe médico que no va a volver a mostrarnos. Quizás pensó que no me daría cuenta al dejarlo rápidamente en la mesa, pero…

—No invalida el contenido del informe que la doctora esté en un bar con mi cliente — le rebate el abogado —. Y le recuerdo que estuvo de baja médica tras la visita al sistema de salud público.

—Cierto. ¿Sabe qué doctora la visitó ese día?

Se hace un silencio incómodo en la sala.

Helena mira a su abogado. Este se mantiene con la boca cerrada.

Ricardo está tensando la cuerda.

—Señorita Sánchez, ha etiquetado en el *post* a su doctora, que tiene una cuenta pública — explica mi mejor amigo —. Cualquiera puede acceder a ella, por lo que, legalmente, puedo leer hasta el más mínimo detalle del historial de la *influencer*. Lo más interesante es que su diagnóstico y la baja médica es firmada el mismo día que este *post* en redes sociales. ¿Acaso celebraban algo en esa terraza?

—¿Qué insinúa? — le reta el contrario.

—Abogado cíñase a la voluntad de acuerdo y evite ese tipo de apreciaciones — le reprende el letrado.

Ricardo se hace con una hoja impresa.

El letrado deja de anotar para fijarse en mi mejor amigo.

—En el *post* dice «Qué bien nos lo pasamos hoy, chicas. Esto hay que repetirlo. Los traumas, con alcohol, son menos traumas. ¡Qué nos sirvan más del mejor vino! He llegado a casa con una buena dosis de felicidad» — lee en una perfecta entonación —. Ese comentario está a su nombre, señorita Sánchez. No se ha molestado en ponerle fantasía a su registro en las redes sociales. Tiene nombre y apellidos reales. La doctora Collado responde: «Helena, eres estupenda. Siempre nos lo pasamos genial contigo, amiga. ¡Qué les den a los hombres! Te mereces a alguien mejor que tu ex. Enséñale quién manda» — sigue leyendo. Abro los ojos como platos al escuchar eso —. ¿Quién manda, señorita Sánchez? — fuerza la duda Ricardo.

Helena mira con rabia a mi amigo. Si antes lo odiaba, ahora lo enterraría vivo.

—No se moleste en borrar estos comentarios; tengo suficientes copias en papel y un vídeo en el que puede verse la navegación sin manipulación alguna, por el contenido del perfil de la señorita Collado — advierte Ricardo.

Cierro los puños con fuerza dentro de los bolsillos del pantalón.

—Sigo «Vamos a pasarlo bien en ese piso, mi niña. Consíguelo y yo traigo el mejor champán», responde otra de sus amigas. — Ricardo hace una pausa para observar a Helena. Las aletas de la nariz de mi ex se mueven a más velocidad, enfurecida —. Consíguelo… — parafrasea mi amigo. Vuelve a su hoja impresa —. Otro comentario dice «Los hombres son mejores tras el divorcio, Helena. Entonces, se bajan los pantalones más rápido que cuando

estaban en la cama. Mi exmarido nunca se había arrodillado tanto ante mí después de quitarle sus bienes». Risas, risas, risas — pronuncia en tono irónico.

Helena mira a su abogado. Está al límite.

El letrado conciliador observa la escena y deja de anotar en el acta. Está tan sorprendido como yo, que no puedo ni pestañear.

— Esta parte es importante: — insiste Ricardo en tener toda la atención — : «Chicas, ya sabéis que Mario siempre comió de mi mano. Está todo ganado». Ese comentario es suyo, señorita Sánchez.

Contengo la respiración.

Helena fulmina con la mirada a Ricardo.

— Mario… ¿Vila? — le pregunta.

El abogado de Helena niega con la cabeza en un gesto desaprobador.

— No habrá divorcio de mutuo acuerdo — exige mi mejor amigo.

— Recuerde que eso siempre beneficia a ambas partes.

— No hay avenencia, letrado — insiste Ricardo.

— Un divorcio contencioso dificulta el entendimiento entre ambas partes — advierte de nuevo el letrado.

— Accedemos a ello — confirma el abogado de Helena.

Me dejo caer en el respaldo de la silla. Esa palabra me ha acabado de rematar.

— Consta en acta que se termina este acto sin avenencia — anuncia el letrado.

— Emprenderemos acciones legales contra la señorita Sánchez por los daños morales causados a mi cliente. Se ha hecho público su divorcio y las intenciones de vejar al señor Vila durante el proceso de acuerdo. — Muestra la copia impresa de la captura del *post* — . Por otro parte, solicitamos una modificación de las cláusulas abusivas que han redactado el bufete de abogados de la señorita Sánchez, entre las cuales consta una indemnización por abandono del hogar que mi cliente no ha ocasionado. Añadiremos que la señorita Sánchez ha actuado con ensañamiento, provocando en mi cliente el mayor sufrimiento posible.

— Eso va a tener que demostrarlo — responde el abogado de Helena, tajante y severo en el tono.

— Haré mi trabajo. Haga usted el suyo — responde irónico.

Ricardo guarda todos sus papeles y fotografías en el sobre mientras siente la mirada de todos sobre sus hombros.

Helena se pone en pie, alzándose con soberbia.

Su abogado presiona con su mano la espalda de mi ex para que se dirija a la puerta.

Rodea la mesa mientras sigue fulminando con la mirada a Ricardo.

Mi amigo sigue trasteando con su maletín sin alzar la vista para no topar con los ojos de Helena.

En cuanto ambos se marchan por la puerta, Ricardo alza su mano para mandarme mantener la boca callada.

— No — me exige silencio — . Letrado, un placer — se despide.

Este asiente a modo de despedida.

— Gracias — digo en cuanto siento que soy un maleducado.

El letrado vuelve a asentir.

Ricardo se dirige hacia la puerta. Sigo sus pasos lo más rápido que me dan las piernas, que me tiemblan de la tensión del momento. Estaba aterrado.

Giramos por uno de los pasillos, a paso decidido. Ricardo alza su mentón, crecido y distante en el trato conmigo.

Nos cruzamos a Helena y a su abogado.

Ricardo alza aún más su mentón, altivo en el gesto.

En cuanto nos acercamos al *hall*, mi amigo baja el ritmo de sus pasos y vuelve a ser el tipo desgarbado que es conmigo.

— Le he dado bien por el culo. — Gime más que habla.

— ¡Si vamos a juicio! — protesto — . ¡Es justo lo que no quería! Un contencioso es largo y cuesta mucho más dinero.

— No has entendido nada, Mario. Haremos la tasación, les enviaré una propuesta de reunión ante notario para llegar a un acuerdo y no tendremos que ir a los juzgados. Ese abogado es gilipollas. Madre mía, presentarse con un informe falso… ¡Se ha cubierto de gloria! Es tan fácil de desmontar… Helenita no ha elegido un abogado especializado en divorcios, como yo. No les conviene que lleguemos a juicio.

— ¿Cuánto va a durar esto?

— No mucho, créeme. En un par de semanas enviaré la propuesta.

Salimos por la puerta.

En mi cabeza retumba la palabra «contencioso».

— Se me ha puesto la polla dura, Clever. Oh, sí… — Gime — . La cara de Helena ha sido muy excitante.

— ¿Tengo que alegrarme de que se te ponga dura? — le recrimino su divertimento con la situación — . ¡Has iniciado un contencioso!

— Ay, Mario, qué poca fe tienes en mí. — Detiene sus pasos en seco — . Mira quien tienes esperándote.

Giro la vista al frente y veo a Meli, sentada en una de las repisas que da a las escaleras. Se pone en pie en cuanto me ve llegar con Ricardo.

Salgo corriendo hacia ella y me lanzado a abrazarla con todas mis fuerzas. La alzo del suelo mientras ella escapa sonoras carcajadas.

— Meli — sollozo.

— Te quiero, bobo — pronuncia entre risas.

— ¿Qué haces aquí?

Ricardo se mantiene en la retaguardia.

— ¿Este es tu abogado? — se burla.

— Melisa, siempre tan amable. ¿Por qué no me hablas en inglés un poquito?

— Yes — le vacila.

Mi hermana estira de la solapa de la chaqueta de traje de Ricardo y le obliga a darle un abrazo. Él se deja llevar.

— ¿Le has pateado el culo a Helena? — Lo empuja para encararlo.

— Soy un pésimo abogado. No sé hacer mi trabajo.

Melisa escapa sonoras carcajadas y lo agita con ayuda de la solapa de la chaqueta.

— ¿Qué haces aquí? — insisto en saber.

— Ayer por la tarde, cuando te llamé para saber cómo estabas por esta mierda, me dijiste que estabas tranquilo, así que como hermana tuya que soy, no te creí en absoluto. Compré el primer vuelo a Madrid para comprobarlo por mí misma. Ricardo me dijo la hora de la conciliación. — Le guiña un ojo, pícara en el gesto.

— ¿Dónde te quedas a dormir? — se burla Ricardo — . ¿Quieres que eche a tu hermano del piso, por ti?

— En tres horas debo volver al aeropuerto. Ida y vuelta.

— Melisa, dime la verdad: ¿has venido por mí?

— Richard, ni lo sueñes.

— Te sienta bien el embarazo, inglesita. Estás preciosa.

— Siempre tan galán. — Se lleva los dedos a la boca para simular que vomita.

— Sabía que podías estar aún más radiante que de costumbre.

— ¿Vais a invitarme a comer, mendrugos?

— Yo no pago la cuenta. Las embarazadas comen por dos.

— ¡Richard, no has pagado la cuenta en tu vida!

— No voy a cobrarle honorarios a tu hermanito.

— Oh, vaya, los honorarios — se burla ella.

— Melisa dime cosas bonitas.

Ver a mi hermana aquí me emociona. Ha sido un día de mierda y con esta sorpresa me he sentido afortunado de tenerla a mi lado. Mi madre, mi padre y mi hermano ni siquiera me han preguntado por lo de hoy. Tampoco me llaman desde hace días.

— ¡Mario, la embarazada tiene hambre! — llama mi atención Ricardo, que avanza pasos junto a Meli.

— ¡Voy! ¡Esperadme! — Salgo corriendo para alcanzarles.

***

*Narra Lola*

Catalina y yo estamos ansiosas. Ivone no ha dado señales de vida en toda la semana. Sé que eso es inusual en ella.

— Lola, si no fuese Utopía, ¿qué vamos a hacer? — pregunta Catalina.

— Hacer el evento en la puta calle.

— ¿En diciembre?

— Compraré abrigos con los 45.000 euros — me burlo.

Reviso mi teléfono mientras espero la llamada entrante de Ivone.

— ¿Qué tal está?

— Mario debe estar ahora mismo en la conciliación con Helena.

Mi cabeza está dividida. Cuando he hablado con él hace media hora, estaba muy nervioso y me ha dejado preocupada. Le costaba mucho pronunciar las palabras; parecía ahogarse. Ojalá pudiese estar allí con él, dándole la mano en este paso.

— Hola. — Una cabeza teñida de colores se asoma por la puerta: es Mai — . ¿Ha llamado ya?

— No, cariño.

— ¿Puedo pasar y esperar con vosotras?

— Claro — respondo con ternura.

— Cariño, siéntate aquí. — Catalina le ofrece la silla que está a nuestro lado.

Las tres permanecemos en silencio, frente al escritorio. La tensión se puede cortar con un

cuchillo.

De repente, se asoma por la puerta la otra parte del equipo.

— ¿Podemos escuchar la llamada de Ivone? — pregunta uno de los diseñadores.

Catalina me mira y me sonríe en un gesto de emoción.

Los animo a acercarse. Se arremolinan detrás de mi mesa.

— ¿A qué hora va a llamar? — pregunta Sara.

— Dijo que lo haría al mediodía. Ella suele ir a comer a la una — respondo sin ánimo.

— Yo creo que van a ser buenas noticias. Todos conocemos a Ivone — nos anima Roger.

Empiezo la cuenta atrás. Ivone es la mujer más puntual del planeta. No perdona su hora de comer para respetar la digestión.

—P utos nervios — se queja Mai.

— Tranquila, mi arcoíris.

— Es mi sueño hacer una fiesta en Utopía — dice en un suspiro J.J.

Veo la llamada entrante de Ivone.

Suelto un grito de entusiasmo.

Todos se tensan ante mí. Respondo a la llamada y activo el altavoz con las manos temblorosas.

— ¿Lolita?

— ¿Cómo estás? — Me tiembla la voz.

— Bien, cariño. ¿Y tú?

— Confiando mucho en ti, la verdad. — Me muerdo el labio inferior.

— Siento no haberte respondido los mensajes. No quería jugar con tus esperanzas. Ha sido una negociación muy dura.

— Está todo el equipo al completo, en mi despacho, deseando saber las buenas o malas noticias. — Estás en altavoz.

Acaricio las puntas de los mechones de colores de Mai para relajarme.

— ¿Con ese equipo de impresentables? — pronuncia entre risas.

— Yo soy la impresentable más veterana — se burla Catalina.

— ¿Pablo?

— No, no está. No sabe nada de tu llamada, ni le he mencionado lo de Utopía. De hecho, no sabe que sigo buscando local.

— ¿Y ese cabrón no te ha preguntado?

Pablo no deja de enviarme correos electrónicos a todas horas. Cada vez añade más cosas a la fiesta. Por lo visto, Beatriz está exigiendo demasiado, a favor de sus invitados. Tenemos ciento treinta y tres personas confirmadas, en su mayoría empresarios y políticos, que participan en la subasta. Mi jefe ha sido muy cortante conmigo en todas las comunicaciones. Siento que está viviendo este proyecto como una gran decepción hacia mí por ponerle los pies en el suelo.

— He hablado con Tomás — dice Ivone — . Creedme que no ha sido fácil venderle el problema.

Mis días en Imagine solutions han llegado a su fin. Me da la sensación de haber estado engañada diez años de mi vida, no solo en lo personal. En parte, necesitaba este proyecto para cambiar mi mirada y mis decisiones. He sido sumisa con Gero, pero también he sido sumisa con Pablo.

— Hemos hecho un puzle, Lolita.

— Cuéntame.

— Hay que mover fechas. De momento, tienes disponible el día 5 de diciembre, de las siete a las doce de la noche, para las dos salas pequeñas de Utopía. No puedes invitar a más de doscientas personas, porque el aforo no lo permite.

— De acuerdo.

— La entrada de todos ellos no puede coincidir con el otro evento que tienen organizado en la sala principal. La condición es no mezclar fiestas — insiste en el orden, tajante.

Mai me mira desde su posición, entristecida.

— Menuda mierda — masculla J.J.

— Entonces, no vamos a poder estar todos — protesta Sara.

— El que pueda ir, que nos represente a todos — los anima Roger.

— Nada de música — murmura Maika.

— Ivone, ¿qué hay de la otra fecha? — indago.

— ¿La… otra fecha? Malas noticias, como siempre.

Catalina frunce el ceño al ver que suelto una sonora carcajada. Conozco a mi amiga y les está tomando el pelo a todos.

— ¿De qué se ríe la jefa?

— Yo qué sé — le responde Maika a Roger.

Mai observa mi risueña expresión.

— ¿Qué hacéis el día 6, zarrapastrosos?

— ¿El 6? — murmura Mai.

— ¡A partir de las diez de la noche, tenéis la sala principal de Utopía! — grita Ivone, entusiasmada — . ¡Disponible hasta las tres de la madrugada! ¡Aforo de más de quinientas personas! Incluye la zona al aire libre y todas las malditas salas pequeñas del puto local. ¡Os he conseguido Utopía! ¡No solo un día, os lo he conseguido dos días! Invitad a los jodidos peces gordos y a los gerentes para el *networking* el día 5, y los más *top* y los gerentes para que el día 6 tiemble el suelo bajo sus pies.

Mai se lanza a abrazarme con fuerza; Sara, Maika y Quim saltan y gritan lo más que pueden, Catalina besa la mejilla de Roger mientras este suspira tras el mal trago, y J.J baila por mi despacho. Ivone se ríe al otro lado del teléfono, imaginándose la escandalosa escena.

— ¡Andrajosos! — grita para provocarlos — . ¡Os la debía de la última fiesta! Me dejasteis a cargo del gilipollas de Pablo.

— ¡Te la devolveremos! — se burla Sara.

— ¿Cuándo nos vemos, Ivone? — Me pego al teléfono — . Necesito ir ya a Utopía. ¡Me muero de ganas de empezar!

— El martes de la semana que viene te quiero en la puerta de Utopía, con las ideas claritas, nena. Tomás me ha dado 45 minutos para que debemos una vuelta para organizar esa fiesta.

— Vale. Puedo hacerlo — intento convencerme de ello.

Cuando Mario sepa que hemos conseguido uno de los mejores locales de Barcelona, va a sonreír de nuevo. Me muero de ganas de contárselo.

— Mai, vendrás conmigo — la invito al encuentro con Ivone.

— ¿De verdad? — Abre los ojos, alucinada.

— Te necesito.

Mi chica de cabellos arcoíris ha estado en muchos festivales, locales okupas, conciertos en Londres, *raves*… Necesito su lado callejero para crear un ambiente único en ese local con tantas posibilidades.

— ¡Andrajosos, entro a comer al restaurante! ¡No quiero un solo error! — advierte.

Todos gritan y silban acercándose lo más que pueden a mi teléfono. Ivone cuelga la llamada mientras aún se ríe a carcajadas.

— Tengo Utopía… — musito, asimilando que tengo local.

— Tienes Utopía. — Me abraza por la espalda Catalina.

## CAPÍTULO 13. ETERNAMENTE TUYA

No puedo dejar de mirar mi reflejo. Todo en mí tiene otro aspecto.

— ¿En qué piensas? — pregunta Mario mientras enrolla la toalla en su cadera.

— Me veo distinta. No sé explicar esta sensación.

Colocándose a mi espalda, me envuelve con sus brazos, aún empapados de la ducha de agua caliente.

— Inténtalo.

— Es una sensación maravillosa. Con... Con él... Con..

— ¿Con Gero? — me ayuda a responder.

— Sí.

— Puedes decirlo, no pasa nada.

Me siento incómoda al recordar al hombre que me trató tan mal durante años.

— Me ocurre lo mismo, Lola. — Recoloca un mechón detrás de mi oreja, delicado con la caricia.

— Hace meses no hubiera compartido baño con él, no hubiera entrado acompañada a la ducha y, mucho menos, hubiera sonreído así después de tener sexo. Mario, cerraba la puerta del baño con el pestillo para que Gero no me viese desnuda. Ni siquiera sé cuándo empecé a hacer eso… Viví siete años incómoda en mi propia casa. Es absurdo.

— A lo que te pasa ahora se le llama confiar.

— ¿Confiar? ¿Y ya está?

— Sí. — Se encoge de hombros para restarle importancia a su respuesta.

— ¿Por qué estás tan seguro?

— Porque yo también me escondía en el baño de mi propia casa, para evitar a Helena. Creo que los dos usamos el mismo espacio, en distintas casas, para alejarnos de las personas a las que no queríamos. Por eso te entiendo tanto.

Mario se marcha del baño mientras se seca sus cabellos con la toalla. Me deja a solas con mi nuevo reflejo en el espejo.

— Confiar — musito.

***

«Lola, sé que estás en Madrid buscando un respiro estos días, pero acabo de recibir un burofax de los abogados de Gero. Piden una respuesta inmediata. Están dispuestos a aceptar los acuerdos que les envié por escrito, evitando así la necesidad de una conciliación. Añaden que no le pongas la denuncia (no con estas palabras, evidentemente no son gilipollas), si él te cede su mitad del piso, solo con el trámite de ponerlo todo a tu nombre, sin pagarle nada de esa mitad del inmueble. Sentía que era importante enviarte este mensaje. Espero que entiendas que es trascendental que tomes una decisión sosegada, para el lunes. Haz lo que te haga sentir cómoda. Si necesitas hablar, te llamo, hija. Te quiero. Mamá».

***

Le prometí a mi adonis traer los churros calentitos para el último desayuno juntos. He cruzado las calles a toda velocidad solo por cumplir con mi promesa.

— ¡Mario, ya estoy en casa! — aviso en cuanto abro la puerta.

Entonces, lo veo tumbado en el suelo.

— ¡Mario!

Me lanzo de rodillas para ponerme a su altura.

— ¡Mario! ¿Qué te ha pasado? — Lo zarandeo.

— Mm… — balbucea.

— Mario, por favor, ¿qué te ocurre? — Vuelvo a zarandearlo.

Le cuesta respirar.

— Lola — balbucea.

— Levanta… Amor, levanta… Por favor… — suplico.

Estiro su brazo. pero no responde a mis tirones. Es un peso muerto.

Miro a mi alrededor, buscando mi teléfono.

— Mierda, mierda, mierda. ¿Dónde he dejado el puto teléfono?

Correteo por la cocina. Golpeo todos los botes, platos y sartenes que encuentro a mi paso.

Al escuchar otro gruñido de Mario, giro mi vista hacia él. Entonces, veo que su teléfono está en el sofá. Voy a por el aparato a toda prisa.

— Ya está mi amor, ya está. Aguanta — murmuro.

Me arrodillo a su lado e intento colocarlo de lado. Al moverlo, me doy cuenta de una mancha de sangre en el suelo. Lo giro por completo y doy con la herida sangrante en su ceja derecha.

— Mario. — Miro de cerca el corte.

Gruñe en cuanto toco la herida con la yema del dedo.

— Tu madre está de guardia. — Busco el contacto de Carmen en el teléfono de Mario.

— Lo… — Palpo la cara al ver que palidece por momentos y que no puede pronunciar mi nombre.

— Aguanta, amor. Aguanta.

Carmen descuelga al tercer tono de llamada.

— ¿Hijo?

— ¡Carmen, envía una ambulancia a casa! ¡Es Mario! ¡Está sangrando! ¡Me lo he encontrado en el suelo!

— ¿Qué le ocurre? ¡Qué pasa! — pregunta histérica.

— Una ambulancia. — Lloro desconsoladamente — . Por favor… — Me estiro sobre Mario y lo abrazo — . Carmen, no puede respirar — balbuceo, presa del llanto — . Amor, por favor, aguanta — suplico entre sollozos.

# AGRADECIMIENTOS

En este segundo libro, quiero agradecer a mis personajes de la trilogía Adonis por la libertad que, sin saberlo y sin existir en la vida real, me han brindado. Mario, Lola, Alexia, Gero y Helena han sobrellevado miles de cambios en los 8 años de revisión, sin perder su esencia, en lo más mínimo. Me han visto madurar, dar volantazos en mi propia vida y me han dejado aprender a conocerme a mí misma hasta hoy, en mis 38 años.

Mario se ha convertido en parte importante de mi vida, Lola me ha dado fuerzas para seguir luchando a muerte por las mujeres, y Alexia podría haber sido mi alma gemela en otra vida. Gero y Helena han sido mis rehenes para contar historias silenciadas que no debemos seguir permitiendo que se escondan tras las lágrimas de otros.

Si alguna vez te sientes como
algunos de mis personajes,
en manos de alguien que te daña día tras día,
debes salir de eso y empezar una nueva vida.
No aguantes faltas de respeto.
El amor debe fluir.

Busca el teléfono de ayuda a las
víctimas de violencia de género,
y cuéntales lo que te está pasando.
Son contactos confidenciales y
hay buenos profesionales detrás.
Cada buen consejo juega tiempo a tu favor.